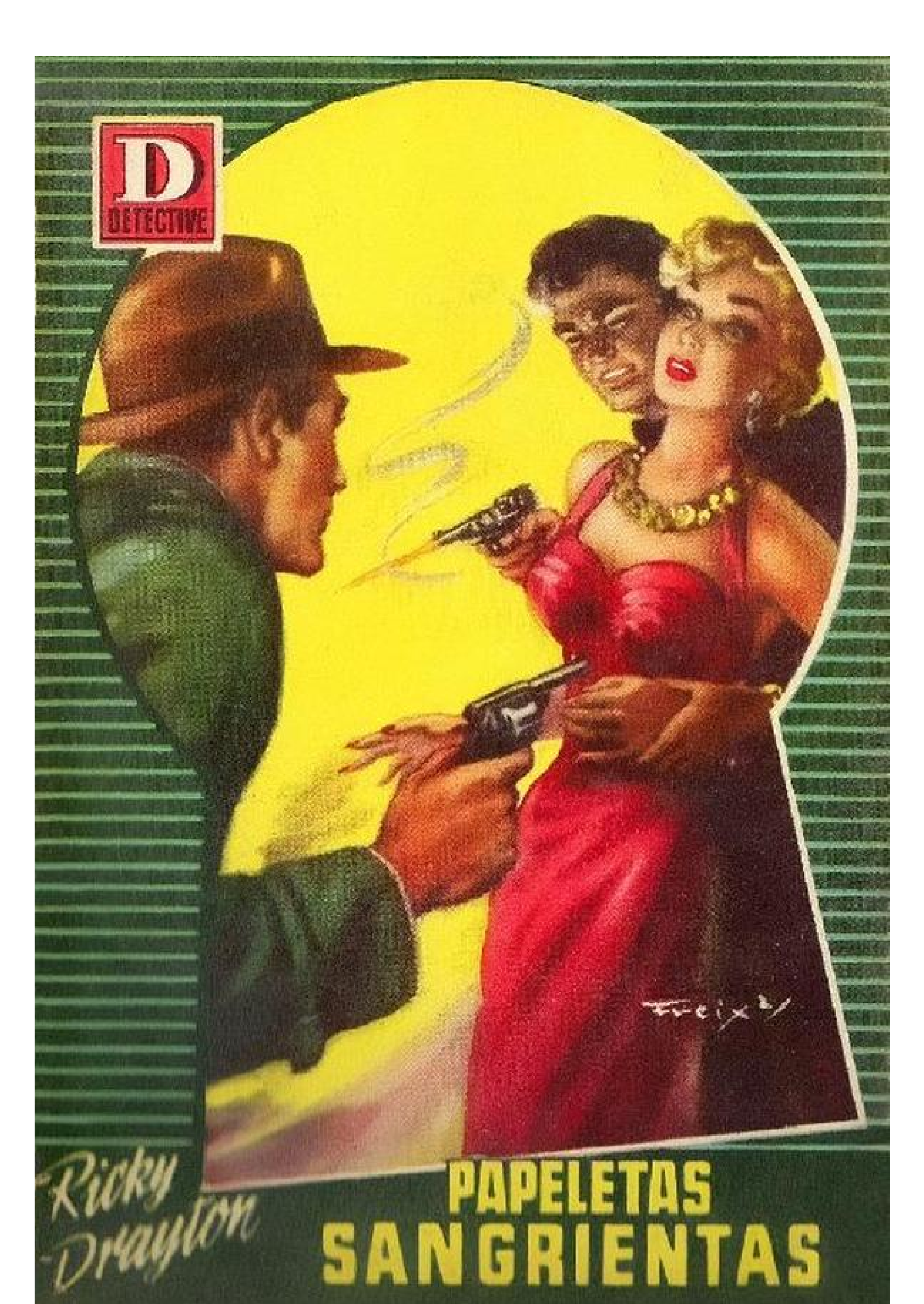

D
DETECTIVE
Freixas
Ricky Drayton
PAPELETAS SANGRIENTAS

RICKY DRAYTON

PAPELETAS SANGRIENTAS

1ª EDICIÓN
DICBRE. 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

THE BIG FIX

Versión castellana de:

J. PANÉ ARGELICH

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


¡Papeletas sangrientas
por
RICKY DRAYTON
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

La profesión de periodista es una profesión maldita. Ésta era la conclusión a que llegaba a la 1’30 de la madrugada, absorto, con la vista fija en el teclado de mi máquina de escribir, aburrido, pensando cuánta falta me hacía un buen trago de *whisky* y cuán pocos cigarrillos me quedaban, mientras todo el mundo que no tuviese una profesión perra como la mía estaba en la cama, en los lugares de recreo nocturnos o pelando la pava con un angelito en el porche frontal a la casa… En una palabra, en cualquier sitio menos en la redacción de un periódico.

Si cuando menos, pensaba, a alguien le diese por matarse en una pelea… sólo para romper la monotonía y el vacío de noticias. Mi mirada se posó, remisa, sobre Reagan, el jefe de la sección de crímenes, que estaba encorvado sobre el teléfono vociferando instrucciones a algún infeliz enviado especial que había sido mandado a la intemperie en busca de algún cuento. Estuve acariciando por un momento la idea de estrangular a mi jefe con mis propias manos, sólo para acabar con la calma chicha en las noticias nocturnas, pero finalmente decidí que semejante faena superaba a lo que mi trabajo valía. A pesar de que en aquellos momentos me estaba desencantando bastante mi empleo. Hacía más de una semana que no había habido un buen asesinato en la ciudad. Ningún personaje del mundo del crimen había disparado sobre mí; no me habían lanzado ningún cuchillo, ni se había intentado estrangularme ni sumergirme en el agua con la sana intención de ahogarme. Ninguna dama hermosa había acudido a mí, jadeando en demanda de ayuda. Ni había podido echar una triste ojeada a un brazalete de diamantes robado. Desde luego, la vida se estaba poniendo tediosa.

De pronto, Reagan dejó el auricular en su sitio violentamente como si tuviese algún resentimiento personal con el teléfono, y pasó furioso por delante de mí.

—Ponte a la mesa de noticias por unos minutos, Ricky —dijo—. Voy a echar un trago.

—Deja un poco para mí —repliqué yo—. Acuérdate que también yo tengo seca la garganta.

—De eso es de lo que te preocupas tú —me espetó altivamente, mientras se dirigía hacia la puerta.

Fui a ocupar entonces el puesto que Reagan había dejado vacante, y estuve charlando un rato con los ayudantes del jefe, que estaban ante la larga mesa de al lado. Unos minutos después, sonó estridentemente uno de los aparatos. Cogí el auricular y contesté, aburrido:

—Noticias.

—¿Reagan? —preguntó una voz.

—No, Drayton al aparato. ¿Quién es usted?

—¡Hola, Ricky! —repuso la voz—. Aquí Johnny Vulcan.

Vulcan era uno de nuestros reporteros más recientes; un muchacho la mar de simpático. Me acordé que había salido en busca de material informativo por su propia cuenta.

—Hola, Johnny —respondí—. ¿Qué hay de nuevo?

—¡La noticia más sensacional que hayas oído jamás, hermano! Afina el oído y anota. Esta ciudad está siendo… ¡He! ¿Qué diablos…? —Aquí Johnny se interrumpió. Oí su exclamación de sorpresa, ahogada, y hubo un momento de silencio. Luego continuó diciéndome—: No cuelgues, Ricky. Aguarda un segundo, por favor. Enseguida hablaré contigo.

Seguí con el auricular en una mano, mientras con la otra encendía un cigarrillo. De pronto me hirió los tímpanos el ruido de un golpe en el otro, extremo del hilo; un golpe que parecía hecho con un instrumento al caer sobre una mesa. Medio segundo después, se produjo otro ruido que reconocí indudablemente: un tiro de revólver. Luego se cortó la comunicación.

Sostuve la línea hasta que me puse al habla con la central.

—Localíceme esta llamada, por favor —indiqué.

Pocos minutos más tarde una señorita me informaba:

—La llamada ha sido hecha desde el número 45 − 69 Southside.

El abonado es el juez Benson.

Solté el auricular y le grité a Harley Weston, el redactor de Notas de Sociedad que estaba haraganeando por allí cerca:

—¡Ve a buscar a Reagan en el bar de Joe! Dile que yo he tenido que salir.

Cogí mi sombrero y me lo puse de un golpe.

Mi descapotable de dos asientos estaba aparcado frente a la redacción. Cogí el volante y me dirigí hacia la parte alta de la ciudad. El juez Benson era el alcalde; que hubiese habido tiros en su casa tenía que ser forzosamente algo gordo. Conocía muy bien la situación de la casa. Tal vez Johnny se encontraba en algún apuró. Mi pensamiento no se apartaba un instaste de él mientras conducía el coche zigzagueando por entre la multitud de automóviles y tranvías, sin hacer apenas caso de las señales de tráfico. Johnny era un muchacho algo misterioso. Se presentó un día en la oficina hacía aproximadamente un mes, pidiendo trabajo. A Reagan no le escapa casi ningún detalle, y él, como yo, me figuro que debió de notar los talones gastados del muchacho, sus puños raídos, las manos ásperas del trabajo y los pantalones sin planchar. Sin embargo, Johnny Vulcan se presentó soltando el disco que suelen utilizar todos los periodistas cuando necesitan un empleo: explicó que tenía madera de gran periodista y que el colaborar en el periódico representaba más bien el deseo de hacernos un favor a nosotros que la necesidad de trabajar, y otras zarandajas por el estilo. Pero Johnny recitó el disco mucho mejor que la mayoría suelen hacer, y Reagan lo aceptó a base de una semana de prueba.

Johnny Vulcan era un buen reportero; al cabo de la semana formaba parte de la plantilla del diario. A mí me fué simpático su aspecto, y pronto nos hicimos la mar de amigos, pero nunca pude enterarme de muchas de sus cosas íntimas. Había viajado bastante, según contaba, y algunos detalles que explicaba referentes a Nueva York, *Chi*[1], Los Ángeles y *Frisco*[2], daban carácter de veracidad a sus afirmaciones. Yo conocía muy bien los lugares que él mencionaba, de modo que sabía bien de qué estaba hablando el chaval. Me lo imaginaba como un periodista trotamundos; uno de esos tipos inquietos que trabajan seis meses en una población y luego sienten deseos de conocer otras. Evidentemente, dió con un hueso en el periódico, como suele ocurrir siempre a los recién

llevados, pero él pronto se despabiló por su propia cuenta.

Una de las razones por las que Reagan le ofreció el empleo en aquellos días, fué precisamente porque nos encontrábamos solo a pocas semanas de las elecciones municipales de la ciudad, y esto siempre significa trabajo extraordinario para el periódico. No es que esperásemos mucha excitación: el juez Benson estaba bastante convencido de que sería reelegido. El viejo zorro era muy respetado, y era casi seguro que sabría encontrar empleos en el municipio para sus compañeros, puesto que, a mi entender, la política se reduce a eso. Además, la mayoría de los compañeros del juez eran ciudadanos solventes, aunque, por aquellos tiempos precisamente me habían asaltado algunas dudas sobre la rectitud de la administración pública. Algunos detalles contribuían a dar la impresión de que detrás del Ayuntamiento había una mano aviesa que movía los hilos, claro que, si era así, aquella mano tiraba de los hilos con tal suavidad, que apenas se dejaba notar.

Una de las cosas que olían a chamusquina era que unos cuantos garitos de juego que tenían que haber sido cerrados por la policía, continuaban operando y obteniendo pingues beneficios. Y uno o dos tipos que habían entrado a formar parte de la administración ciudadana empezaron a vivir de un modo más fastuoso de lo que les permitían sus asignaciones.

Sin embargo, casi todo el mundo continuaba considerando al juez Benson como el político más recto en aquellas latitudes y muchísimo más preferible que Wesley Brannigan, el abogado picapleitos que se presentaba como candidato frente a él. Wesley había defendido a tantos granujas y gente del hampa, que habría sido imposible para él no haber recogido una serie de relaciones en el mundo del crimen. La verdad es que parecían gustarte tales compañías, puesto que se le veía con frecuencia en los establecimientos nocturnos con un gran cigarro y una aguja de corbata con un diamante, codo a codo con algún personaje que merecía estar en la sombra.

Yo corría con la esperanza de ganar la carrera a los policías que también se dirigirían en aquellos instantes a casa del juez Benson, de manera que tendría una buena tajada del notición cuando llegase allí y, particularmente, por lo que se refería a Johnny Vulcan, sin que me estorbasen. Pero una profunda desilusión acechaba en mi

camino, según pude comprobar al desembocar en la gran avenida donde estaba la casa del juez y verla totalmente llena de coches de policía. El edificio estaba también repleto de uniformes azules.

El capitán O’Rourke, de la Brigada Criminal, apoyaba su corpulenta figura en el más grande de los coches de la Jefatura de Policía mientras hablaba utilizando un micrófono de mano. Unos cuantos policías más le rodeaban, pero la mayoría de ellos los vi en la sala frontal de la casa a través de una ventana abierta. Revoloteaban por la habitación como moscas, y de vez en cuando les veía iluminados por los agresivos disparos de magnesio del fotógrafo de la policía. De pie en el porche, con una bata encima de su pijama, estaba el juez Benson. Desgreñado su escaso cabello blanco y sin los pantalones rayados y el reloj de cadena, el juez tenía un aspecto patético; una frágil criatura que en nada se parecía al imponente personaje que recibía los saludos de los urbanos y policías en las escaleras del Ayuntamiento. O’Rourke separóse del micrófono cuando yo dejaba el coche aparcado detrás de todos los de la policía. Me dirigí hacia el capitán. Le saludé afablemente. Él me contestó enseguida pero con cierta acritud.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunté.

—Bonito personal tenéis en vuestro diario —me espetó O’Rourke ásperamente—. Ese hacha de reportero vuestro, Johnny Vulcan ha entrado en la casa del juez, le ha descerrajado el arca, se ha llevado algunos documentos particulares y cincuenta mil pavos en billetes de Banco, y ha derribado de un tiro al criado.

—¿Muerto? —pregunté.

—Sí; nunca he visto un muerto más muerto que ése.

Con O’Rourke entré en la habitación donde estaba trabajando el fotógrafo Joe. El juez Benson seguía detrás de nosotros musitando palabras ininteligibles. Supongo que en su excitación debía de haberse olvidado la dentadura postiza.

—¿Y en qué te fundas para asegurar que se trata de Vulcan? —le

pregunté a
O’Rourke.

—El juez le vió huir —repuso él.

El juez Benson murmuró algo que yo pensé debía de ser una confirmación de lo declarado por mi amigo. Luego habló con mayor claridad:

—Me he despertado con el tiro —explicó—. Bajé las escaleras enseguida y vi a un hombre que salía corriendo de mi despacho y se alejaba por el pasillo. Le he reconocido: era el nuevo periodista de vuestro diario. Precisamente el otro día le concedí una interviú.

Era la primera noticia que tenía de tal interviú. Por lo menos no había aparecido en los periódicos.

—¿Dónde le vió usted… por primera vez, quiero decir? —le pregunté.

—Aquí mismo —repuso el juez—. Me visitó sin que lo esperase ni mucho menos una tarde de la semana pasada diciéndome que deseaba familiarizarse con los círculos políticos de la localidad.

—Lo que hacía era familiarizarse con el círculo de su casa de usted; esto es lo más probable —terció
O’Rourke
con acentuada ironía.

—Es muy posible, capitán —replicó el juez—. Ahora recuerdo bien que cuando estuvo aquí abrí el arca para sacar unos papeles, de modo que debía fijarse en su exacta situación.

—Sí, utilizando la interviú como una excusa para asaltar la casa, desde luego —murmuró, como para sí,
O’Rourke.

No tuve otro remedio que confesarme que las cosas presentaban mal cariz para Johnny Vulcan.

Estábamos ahora ya en la habitación, donde los policías revoloteaban como moscardones alrededor de un bulto repulsivo en el suelo. Separáronse cuando nosotros entramos, de modo que mis ojos se posaron enseguida sobre el cuerpo inerte del criado. Una bala disparada a corta distancia le había penetrado por un lado de la cabeza saliéndole por el otro lado y llevándose consigo la mayor parte de la cara. Su ojo derecho, frió como el de un pez, nos miraba con fijeza, pero el izquierdo y un trozo de cara de varias pulgadas a su alrededor, era una horrible brecha sangrienta. La rica alfombra

estaba empapada de sangre, y los paneles de nogal de una de las paredes, aparecían salpicados de manchas rojas. La puerta del arca de caudales estaba abierta de par en par: la cerradura había sido forzada.

—Esto es el trabajo de un técnico —comentó O'Rourke, al acercarse a mirarla—. La puerta de entrada ha recibido el mismo tratamiento. Es todo un tío ese muchachito vuestro, Johnny Vulcan.

—Creo que estáis, equivocados —afirmé—. Has de saber que Vulcan me había llamado por teléfono a la redacción unos momentos antes de dispararse el tiro. Empezó a hablar y se ha interrumpido bruscamente. A continuación, he oído el disparo. Después alguien colgó el aparato. Dime ahora: ¿Crees que un fulano que está a punto de pegarle un tiro a alguien va a llamar antes por teléfono a su despacho?

—Esto no prueba nada —me espetó O'Rourke —. No lo probaría aunque me lo creyese, que no lo creo. Claro está, es natural que, tratándose de un compañero tuyo quieras que resulte inocente ese maleante. Lo comprendo, pero me parece que tendrás que procurarte una historia más potable que ésa, amigo Drayton.

Yo sabía que nada lograría discutiendo con el terco poli irlandés, de modo que desvié la cuestión hacia otro lado.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—Habrá ido a esconderse por los barrios bajos, supongo. El juez Benson le vio subir a su coche y marchar hacia aquella dirección. En cuanto el señor juez ha llamado a la Jefatura he mandado personal a todas las carreteras, estaciones ferroviarias y aeródromos, así como al muelle. No creo que pueda salir de la ciudad. No dará un solo paso en este sentido sin que le metamos mano.

O'Rourke acompañó sus palabras con un gesto característico: fué curvando lentamente sus gruesos dedos hasta cerrar su gigantesco puño. Comprendí que era sólo cuestión de tiempo el que Johnny cayese en las redes de la justicia; eso era tan seguro como si ya estuviese cogido en el interior del puño de

O’Rourke.

Un agente vestido de paisano, que había estado andando por allí con un cristal de aumento, se acercó a nosotros.

—Ninguna huella, capitán —informó—. El sujeto debía de usar guantes, puesto que ningún rastro ha dejado en el tirador del arca.

Esto lo oí sólo a medias, puesto que en aquel momento estaba echando otra prolongada mirada al cadáver. Y no por complacencia, precisamente. Aquella masa de carne y sangre que había sido el criado del juez Benson, no era de las cosas que me gusta mirar prolongadamente. No obstante, había algo que reforzaba mi convencimiento de que allí había un asunto bastante complicado. Pensaba en el hecho de que el pobre hombre hubiese recibido el tiro por la parte posterior de la cabeza, y ahora estuviese con los pies encaramados a la puerta y la cabeza hacia el teléfono.

—¿Cómo estaba tendido el fiambre? —pregunté a
O’Rourke
—. ¿De espaldas al suelo o de vientre?

—De vientre.

—O sea, en la misma postura que ahora.

—Exactamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada; una idea que se me ha ocurrido.

La idea era la siguiente: si el criado yacía de cara al suelo, en dirección al teléfono, debía de estar de frente al aparato cuando recibió el tiro por detrás. Y Johnny Vulcan estaba telefoneando. La exclamación de sorpresa que profirió mientras hablaba conmigo, parecía indicar que el criado le había interrumpido. Y me preguntaba yo: ¿es que habría algún criado que permaneciese quieto, de cara al teléfono, mientras un salteador de pisos daba la vuelta con cuidado a su alrededor para colocarle una bala en el occipucio?

Eché un vistazo por la habitación. Si el criado estaba de cara al teléfono, habría estado de espaldas al arca de caudales. De ahí deduje que alguien más debía de estar junto al arca cuando Johnny estaba hablando conmigo por teléfono. Aquel *alguien más* debía de ser el que le largó el tiro al criado.

Me guardé la idea para mí. No había por qué comunicar a
O’Rourke
mi teoría, cuando el obstinado capitán empezaba por poner en tela

de juicio, rotundamente, el relato que le había hecho acerca de la conversación truncada con Johnny Vulcan.

Ya sabía yo lo que tenía que hacer en aquellos momentos. No era otra cosa que descubrir aquel misterioso *alguien más*, antes que la poli diese con el paradero de Johnny Vulcan.

O'Rourke

parecía haber leído casi mis pensamientos cuando dijo:

—Si ese Johnny Vulcan fuese inocente, ¿habría utilizado guantes, del modo que sin duda ha hecho?

—Supongo tendría sus razones, para ello —le espeté.

A decir verdad, sin embargo, aquel punto era precisamente el que me estaba intrigando a mí.

Capítulo II

Poco después salí hacia mi oficina con la intención de volver luego para hablar privadamente unas palabras con el juez Benson.

Me imaginaba que Johnny Vulcan debía de haber tenido buenos motivos para tomarse tal interés por el juez, y me propuse descubrir cuáles eran esos motivos. De todos modos, no se me podía alejar de la mollera la idea de que ningún maleante hallaría una preparación más hábil de su faena que la de ir primero a la casa presentándose como un reportero para interviuar a la víctima. Y esto podía muy bien ser lo que había hecho Johnny. Tuve entonces que recordar también que cuando Vulcan llegó al periódico un mes atrás, se encontraba sin una gorda. Sin duda no le habrían venido del todo mal cincuenta millares de pavos. Pero, de todos modos, ¿es que esa cantidad no le viene bien a cualquiera?

Cuando me acercaba a la oficina miré el reloj, y vi con placer que solamente faltaba hora y media para que la última edición se fuese a la cama. Había telefoneado a Reagan desde la casa del juez, y estuvo de acuerdo conmigo en no darle demasiado realce a la noticia del asalto con asesinato. Nos limitaríamos a una simple nota diciendo que un ladrón desconocido había matado al criado del Alcalde llevándose la pasta de su arca. Ningún diario gusta de chillar a grandes titulares cuando uno de sus reporteros está reclamado por asesinato, aun cuando la noticia se extendería con bastante rapidez.

Resolví darle esquinazo a mi mesa yendo a tomar aquel trago que antes había echado de menos. Entré en el bar de Joe, pegado a la casa del diario, y me senté ante el mostrador.

—Hola, Ricky —saludó Joe haciendo deslizar hacia mí un vaso de *rye*[3] sin que se lo pidiera. Joe conoce mis gustos.

—No te vayas —le dije.

Joe se inclinó encima del mostrador con los ojos centelleándole ante la perspectiva de saborear las primicias de un notición. Joe es un eran charlista, y nada le gusta más que codearse con los periodistas que forman la mayor parte de su clientela. Muchas veces me preguntaba cuándo dormiría el fulano. Nunca había entrado yo en el bar, en cualquier hora del día o de la noche, sin que Joe estuviese tras el mostrador, a punto de servirme el vaso de *rye* despierto como una ardilla y ansioso de conversación.

—Conoces a Johnny Vulcan, ¿no? —Comencé.

—¡Ya lo creo que sí, Ricky! Viene aquí con frecuencia. Es un tipo simpático; un muchacho de clase más que regular. Desde luego me gusta que se haya quedado en el periódico.

—Si. Yo también. Pero dime: ¿No viene nunca por aquí con alguna dama? Una en particular, por ejemplo…

—Sí. Ricky; tiene una chavala formidable. Alta, de cabello rojizo. Supongo que tú solo llamarías *auburn*[4]. Ojos verdes. Y además viste estupendamente.

—¿Sabes su nombre por casualidad?

—Sí. Francine Lester. Johnny le llama Frankie… Les gusta jugar a «Frankie y Johnny», allá en la *juke-box*. Suelen gastarse siempre un poco de calderilla de este modo.

—¿Sabes por dónde vive la chica?

—En algún punto situado entre las calles Siete y Doce. La dirección exacta no la sé.

Joe pareció avergonzado al hacer esta confesión. Al hombre le fastidia sobremanera dejar de saber algo. No obstante, su rostro sé iluminó otra vez cuando sugirió:

—De todos modos la podrás encontrar en el listín. Se que tiene teléfono porque Johnny la llama muchas veces desde aquí. Pero, vamos a ver; ¿a qué vienen todas estas preguntas, Ricky? ¿No se las podrías Hacer al mismo Johnny?

—No te preocupes, Joe —le dije—. No me propongo robarle la novia a Johnny, se trata solamente de que el muchacho se encuentra en estos momentos en algún aprieto.

—¡Hombre, cuanto sentiría que le ocurriese algo malo! ¡Johnny es un chico admirable! ¿Qué le pasa?

—Ya te lo explicaré algún día, Joe. De momento, ¿qué te parece si me dieses otro vaso?

Mientras Joe iba a por la botella de *whisky*, yo cogí el listín de teléfonos, y busque la letra «L»; luego recorrí las columnas hasta que llegue a *Lester*. En la ciudad había un puñado infernal de Lesters, según pude comprobar. Al fin encontré a Francine Lester, domiciliada en un gran bloque residencial de la Séptima Avenida, por lo visto, Johnny no se contentaba con poca cosa, puesto que aquel barrio era de lo más distinguido de la ciudad. Ello hacía pensar en un nuevo motivo para reventar un arca en busca de cincuenta mil pavos, pero yo rechace semejante idea.

Uno de los grandes inconvenientes de ser periodista es que uno pierde toda sensación del tiempo. Trabajando a una presión febril durante las primeras horas de la madrugada, empieza uno a olvidarse de que la mayoría de los mortales están conciliando el sueño precisamente en aquellos instantes. Un diario tiene que salir a la calle al día siguiente, motivo por el cual uno no se para a pensar lo que significa llamar por teléfono a algún pobre diablo a las tres de la madrugada, cuando uno está cocinando su reportaje. Del mismo modo no me detuve a considerar la molestia que podía causar a Francine Lester, al coger el coche y dirigirme hacia el apartamento de la amiga de Johnny, cuando la primera luz del alba empezaba a clarear.

El ascensor me llevó hasta su piso, donde estuve apretando el botón del timbre largo rato sin conseguir resultado alguno. Al fin oí ruido de pisadas y prisas en el interior y observé que la puerta se abría cautelosamente. Joe no había exagerado al describirme a Francine como una chica de calidad. Su cabellera pardo rojiza aparecía flotando sobre sus hombros. La muchacha no llevaba ningún maquillaje en aquellas horas, pero nada podía ocultar las suaves curvas de sus mejillas, el amplio arco de su boca, la fina línea de sus cejas y las brillantes y verdes esmeraldas de sus ojos. Llevaba una *négligée* negra, con encaje, sobre una camisa de dormir de gasa, también negra, y calzaba zapatillas con plumas escarlatas. También, como había dicho Joe, la dama era alta, y su cuerpo tenía las justas dimensiones y curvas proporcionadas a sus largas piernas y arrogante cuello.

Tenía la voz ronca, con un acento ligeramente nasal difícil de

identificar en cuanto a procedencia.

—¿Qué ocurre? —preguntóme.

—¿Me permite entrar? —solicité—. Soy Ricky Drayton, un amigo de Johnny Vulcan.

La joven se llevó una mano a la cara.

—¿Le ocurre algo a Johnny? —inquirió alarmada.

—Eso me temo —repuse, al tiempo que pasaba al vestíbulo del apartamento.

En conjunto se trataba de un pisito coquetón, provisto de todas las chucherías y muebles de buen gusto que delataban a las claras cierta abundancia de «parné». No dejaba de extrañarme cómo lograba Francine los medios para amueblar una casita como aquélla, aunque pensé luego que cuando una dama tiene una cara y un cuerpo como el de Francine, el dinero debe de fluir hacia ella muy generosamente. El apartamento daba señales de estar ocupado también por un hombre, puesto que descubrí una pipa sobre un cenicero, varios ejemplares del *Esquire* sobre la mesa, y un sombrero «fedora» colgado en la percha del pasillo.

Francine siguió detrás de mí, enlazando y desenlazando las manos en una actitud que podía muy bien ser ansiedad aun cuando más bien parecía simple nerviosismo.

—¿Qué le ha sucedido a Johnny? —volvió a preguntarme, en el mismo tono de voz.

—Eso quisiera saber yo —declaré—. Precisamente confiaba en que usted estaría en situación de decirme algo que me ayudase a aclarar el asunto. Le voy a decir lo que yo sé hasta ahora —le hice un relato breve de los acontecimientos de la noche, y terminé preguntándole—: ¿Conoce usted alguna razón que pudiese aconsejar a Johnny meter las narices, de noche, en casa del juez Benson? ¿Sabe si, el muchacho tiene algunos amigos que pudiesen haberle acompañado allí?

—No sé que tuviese otros amigos, fuera de mí. Como usted debe de saber, Johnny hace solamente un mes que está en la ciudad — contestóme la dama.

—Sí, lo sé. ¿Cómo se conocieron ustedes?

Francis sonrió con franqueza, de un modo que me gustó extraordinariamente.

—Me descubrió en un bar —replicó—. ¿Qué otra cosa puede

hacer un sujeto en una ciudad extraña?

—Según parece, estaba trabajando en algo relacionado con el juez Benson —expliqué yo—. En la oficina nunca habló de nada de eso, probablemente por miedo de que algún, facineroso le robase la idea que pudiera tener. ¿Le habló a usted alguna vez del asunto?

—No —se apresuró a contestar—. Ni una sola palabra.

—Escúcheme, *Miss* Lester —le dije entonces, en un tono contundente—. Johnny está en peligro. En un gran peligro. Si deja de contarme algo de lo que sepa, no hace sino empeorar la situación de nuestro amigo. Los polis están convencidos de que ha sido él quien ha matado aquel hombre y se ha llevado la pasta. Yo creo que no ha hecho nada de eso, pero su desaparición complicará el asunto, de manera que si no puedo encontrar algo que le descargue antes que la policía le eche mano, lo más probable es que reciba un serio disgusto.

Los verdes ojos de la dama se llenaron de lágrimas.

—No quisiera de ningún modo hacer o dejar de hacer algo, en perjuicio de Johnny, *Mr*. Drayton, pero le digo con franqueza que no veo la forma de ayudarle. A mí nunca me ha hablado de su trabajo.

Sus manos se movían inquietas entre sí, y yendo hacia su cuello. Algo le preocupaba hondamente a la dama, me imaginaba yo.

Eche una ojeada lentamente alrededor. Fué en el suelo, en un rincón, donde descubrí algo que me llamo la atención: una máquina de escribir portátil. No me parecía Francine la clase de dama capaz de entretenerse tecleando una máquina, y el pisito en cuestión no tenía el aspecto de ser mantenido con el sueldo de una taquimeca. Me imaginé, pues, que la portátil debía pertenecer a Johnny. Me acerqué a ella, y la recogí.

—Es mía —dijo Francine, rápidamente.

—¿Ah, sí? ¿Me permitirá que le eche una mirada? Estoy muy interesado en máquinas de escribir, puesto que me gano los garbanzos aporreándolas, ¿sabe?

Sin aguardar su respuesta, deposité la máquina en la mesa y levanté la tapa. En el carro había una hoja de papel, que tenía algunas palabras escritas. Saqué el papel y le eché una mirada. Había una lista de nombres: *Benson, Perceval, Brennerman, Marks, Watkins*, seguía un espacio en blanco, y luego las palabras *Golden*

Slipper. Otro espacio, a continuación del cual se leía el interrogante *¿Perceval-Frascati?*

—¿Esto es suyo? —interrogué, mostrándole la hoja de papel.

Ella quedó turbada por un instante.

—Johnny debe de haber estado usando mi máquina —explicó inmediatamente—. No me acordaba.

Le señalé entonces la lista de nombres.

—¿Esto significa algo para usted? —le pregunté.

Ella meneó la cabeza negativamente, y me devolvió el panel. Lo leí otra vez. Para mí encerraba algún significado, sin duda alguna. *Benson* podía ser el juez Benson, *Perceval* me sonaba también. Fulton Perceval era el director de la campaña a favor del juez para las próximas elecciones, y *Brennerman* y *Mark* eran sus dos ayudantes. Es decir, él les llamaba así por lo menos, aun cuando a mí me parecían más bien una especie de «guardia de corps». En cuanto a *Golden Slipper* era un elegante club de noche, de la parte alta de la ciudad y el cual, a pesar de su reputación como centro de vicio y juego ilegal, medraba provechosamente ante las narices de las autoridades sin que nunca recibiese la desagradable visita de la policía.

Watkins era el único nombre que no me decía nada, pero pensé que tal vez me lo diría más tarde. El detalle más interesante de la hoja era la frase tan bien señala con interrogantes. *¿Perceval-Frascati?* Como he dejado dicho, Perceval era el dirigente de la campaña de propaganda de Benson. Y Joe Frascati era un nombre muy conocido en el mundo de los «sin ley»; pertenecía al rey del *Big Fix*, un sistema de estafa, chantaje o coacción, por medio del cual los *racketeers* adquieren el control de políticos débiles o sin escrúpulos, ganándose a través de ellos el de ciudades enteras y aun Estados.

Se daba generalmente por sentado que Joe Frascati había organizado una docena de elecciones en el país en otros tantos años, y algunas ciudades se distinguían por su mala fama en cuanto al crimen y al vicio, a causa de que la mitad del personal de plantilla de la policía municipal cobraba de la «nomina» de Frascati, mejorando su salario con la pasta que Frascati adquiría en su amplísima red de salones de juego ilegales, organizaciones de estafadores, métodos para burlar impuestos y otras lindezas por el

estilo. Si Johnny Vulcan había logrado descubrir alguna ligazón entre Fulton Perceval y Joe Frascati, había dado, sin duda, con un asunto realmente importante. Tal vez su visita al domicilio de Benson se debía a querer descubrir alguna prueba; acaso la encontró en el arca, no pudiendo entonces resistir a la tentación de llevarse los cincuenta mil pavos.

En cuanto a Frascati, había desaparecido de la circulación, como si se lo hubiese tragado la tierra, desde que se iniciaron las investigaciones de la Comisión Criminal del Senado sobre las sucias actividades de los políticos. Aquella nota misteriosa que Johnny Vulcan había mecanografiado, podía significar que los *racketeers* andaban otra vez a la carga, ahora con Perceval como tapadera.

Me dirigí entonces hacia la radiogramola. En la plataforma oscilante había un disco. Leí el título, sonreí, y puse en marcha el aparato. La fogosa voz de la negra se oyó:

> *Franky and Johnny were lovers*:
> *Lordy how they did love*:
> *Swore to be true to each to each other…*[5].

Francine se acercó de un brinco y levantó la aguja, produciendo un estridente chirrido. A continuación se volvió airadamente hacia mí, y me dió una soberbia bofetada.

—¡Maldito seas! —gritó—. ¡Sal inmediatamente de aquí, canalla, hijo de perra! ¡Sal de aquí!

Reconocí su acento a medida que se hacía más intenso su furor. Chicago puro.

Cogí el sombrero y me largué. Al llegar a la puerta, me volví y dije:

—Caso que tu memoria mejorase… me refiero en lo de Johnny… ya sabes dónde me puedes encontrar.

Mientras el ascensor me devolvía a la planta, estuve reflexionando que una dama que se ponía fuera de sí cuando uno le tocaba el disco favorito de su amante, tenía tal vez algo en la conciencia. Esta idea me acompañó en todo el camino hasta mi apartamento. Cuando me metía en la cama, estaban ya repartiendo la leche.

Temprano por la mañana (esto es, a las 10'30), cogí el coche y me planté en casa de Benson. Me acerqué cautelosamente, puesto que no quería tropezarme con
O'Rourke.
Pero, al parecer, el corpulento detective no andaba ya por allí; sólo vi un policía con cara de aburrido que paseaba por la acera delante del edificio, como una señal de que la autoridad no se había olvidado de los acontecimientos de la noche anterior.

—He de ver al juez Benson; es muy urgente —le dije a la doncella que abrió la puerta.

La muchacha estaba nerviosa, como si no estuviese acostumbrada al oficio.

Benson me recibió después de hacerme esperar unos diez minutos en el vestíbulo, supongo yo que sólo para demostrarme quién era el alcalde en la ciudad.

—Dejando aparte lo del robo —le planteé enseguida, yendo al grano— ¿sospecha usted, señor juez, que Vulcan pudiese haber metido las narices aquí por cualquier otro motivo?

—¡De ningún modo! —replicó el viejo personaje, con acento de gran indignación.

—El otro día le interviuo a usted —proseguí—. ¿Cuál fué el tema principal de la conversación?

—Cuestiones de interés general, relacionadas con la situación política del momento.

—¿Deteniéndose principalmente en las relaciones existentes entre Fulton Perceval y Joe Frascati? —le interrumpí.

Por un instante el juez se puso pálido, pero se rehízo con tal rapidez que no pude tener la certeza de si había llegado a reaccionar siquiera.

—No sé a qué se refiere, joven —repuso, mirándome entre sorprendido e intrigado.

—¿Qué eran los papeles particulares que ha echado usted de menos en su caja de caudales? —inquirí.

—En realidad —protestó el hombre— no acierto a ver por qué he de dejarme repreguntar por usted. ¡Se trataba de papeles *particulares*, y basta! Esto concluye el asunto.

—Supongamos por un momento que le metan mano a Vulcan —insinué—. Y supongamos que la policía los lee: ¿qué pasa entonces,

señor alcalde?

El juez Benson se erizó.

—¡Es usted un tipo impertinente! —barbotó—. Esta mañana estoy muy atareado; ahora mismo he de bajar al Ayuntamiento. Tenga la bondad de perdonarme.

Esto era la invitación a largarme, pero a mí no se me despacha tan fácilmente.

—¿Quién es Watkins, señor juez? —interrogué.

—¡No puedo perder un minuto más escuchando sus estúpidas preguntas! —replicó el juez, levantándose de su sillón tras la mesa escritorio.

Enseguida empezó a meter papeles en una cartera de piel de cerdo y, unos segundos después, levantó los ojos sorprendido de verme todavía allí. Pero yo no tenía prisa alguna. Encendí un cigarrillo. El juez estaba buscando algo que no podía encontrar. Musitando unas maldiciones pulsó un timbre de la pared y, casi inmediatamente, acudió la doncella que me había recibido en la puerta.

—¿Está por ahí *Miss* Julie? —le preguntó Benson.

Julie, recordé, era la hija mayor del alcalde; un plato de lo más suculento.

—Creo que no estará levantada todavía, señor —repuso la doncella.

Benson frunció el entrecejo y ordenó:

—Pues dile que se levante; creo que ya es hora. Y pregúntale donde me ha metido la carpeta del proyecto de iluminación de las calles.

—Su hija no suele levantarse temprano, por lo visto, señor juez —comenté jovialmente—. Claro, anoche se acostaría tarde, la pobre… Por cierto que no recuerdo haberla visto andar por aquí cuando esto estaba lleno de policía.

—Tenía una cita —contestó el juez, tensamente—. Y no me quedé a esperarla cuando la policía hubo salido.

Entonces la dulce doncellita vino otra vez, doblemente inquieta y nerviosa que antes.

—¡Señor! —exclamó—. ¡*Miss* Julie no está en su cuarto! ¡Y su cama no presenta señales de haber sido utilizada!

Me encaré con el juez, arqueando las cejas.

—¿Con quién ha dicho usted que tenía la cita? —le pregunté.

—¡No he dicho con quién ni mucho menos! ¡Váyase de una vez al diablo con sus impertinencias!

—¿Va usted a la policía? —insistí.

—¡No! ¿Por qué tengo que ir? Esto no tiene importancia.

Pero el hombre no puso demasiado convencimiento en estas palabras. No obstante, como vi que no podría arrancar ya nada más de él, le dejé con sus quebraderos de cabeza y regresé a la oficina.

Antes del atardecer hay algo que huele a tumba en la redacción de un periódico. Cuando llegué allí, casi no había nadie más que Reagan que, como de costumbre, vociferaba y vomitaba interjecciones en su auricular. Al entrar yo, levantó los ojos.

—¡Hola, Ricky! —me saludó—. ¿Qué tal andas con eso de Vulcan?

—Perfectamente… espero.

Me senté en mi mesa, cogí el teléfono y llamé a Jefatura.

—Póngame con O'Rourke —pedí, cuando me dieron línea. Y al acudir el capitán al aparato, le dije—: Aquí Drayton. ¿Qué hay de nuevo en el caso Vulcan?

Pude recoger una nota de triunfo en la voz del policía cuando me espetó en respuesta:

—Tengo noticias para ti, referentes a *Mr*. Vulcan. Esta noche hemos visitado su hospedaje, he recogido sus huellas digitales y las he mandado por radio a Washington. Tú precioso *Mr*. Vulcan no es otro que John Valencia, antes, Sing-Sing. Según parece, fue periodista en Chicago por una temporada, se lió allí con alguna fulana de mala vida sobré las cuales, escribía, y al fin pasó una temporada en la sombra cumpliendo. Y nunca dirías por qué…

—¿Qué?

—Rotura de cajas fuertes —replicó O'Rourke, con notoria satisfacción.

—¿Y cuando salió? —pregunté.

—Hace un par de meses. Entonces desapareció. Supongo que estaría preparando el viaje hacia acá.

—El hecho de que hubiese cambiado de nombre y volviese a su labor periodística, creo que es un indicio de que trataba de volver por el buen camino —sugerí.

—¿Eso crees? Pues no parece que se hubiese esforzado mucho…

—Dime, O'Rourke —inquirí entonces—. ¿Allá en Chicago estaba liado con alguna gentuza especial?

—Seguro. Dos fulanos cayeron al mismo tiempo que él, aunque con mayores condenas. Valencia obtuvo una pena reducida por haber ayudado a la policía. De todos modos no pudieron meterles mano a los capitostes. Por eso es por lo que creo yo que Valencia decidió no volver a *Chi*; el jefe le habría buscado las cosquillas por haber traicionado a los otros dos compinches.

—¿El jefe? ¿Quién era el jefe?

—Joe Frascati —repuso O'Rourke.

Cuando colgué el auricular, estaba pensando que realmente la vida está llena de sorpresas. Aunque todavía me esperaba otra a mí antes que hubiese transcurrido la mañana.

—¿Dónde está Harley Weston? —le pregunté a Reagan.

Tenía necesidad de unos datos breves de aquel mercader de chismes de la pluma venenosa.

—Supongo que estará rondando por sus dominios —contestó Reagan—. Prueba de buscarlo por el *Caprice*, el *Cocktail Onion* y el *Roasted Nut* en primer lugar.

Éstos eran los tres lugares más distinguidos de la hora del aperitivo, y aquéllos en los que Harley gustaba de ir a escarbar la basura de las maledicencias.

En los dos primeros que probé, me dieron la misma respuesta:

—*Mr*. Weston acababa de salir ahora mismo.

Y cada vez tuve que echar una copa estando ambas veces a punto de pelearme con los camareros que trataban de obligarme a engullir un cóctel que tenía el noventa por ciento de agua de hielo, precisamente cuando lo único que me apetecía era un buen vaso de *rye*. Pero al fin di caza a Weston en el *Roasted Nut*. El hombre resplandecía de elegancia y delicadeza desde su larga boquilla de marfil hasta sus zapatos negros de piel de cabritilla. Cuando entré

en el bar, pude oír su voz cortante soltando graciosidades como guijarros en las ondas de la conversación. Estaba rodeado de un grupo de oyentes admiradores, entre los cuales formaban la mayoría damitas con cara de crío a las que siempre que las veía me daban ganas de darles una zurra. Naturalmente, no era cosa fácil sacar a Weston de allí. Si hay una cosa que le gusta a Harley con locura, es verse rodeado de un grupo de papanatas boquiabiertos.

Me costó otra consumición (y el granuja escogió nada menos que una delicadeza llamada «Diosa Verde»), atraerle la atención por unos instantes.

—Escucha, lengua de víbora —le dije—. Tú sabes todo lo que pasa en esta ciudad. Julie Benson tuvo una cita anoche. ¿Quién era el interfecto, y dónde se celebró la entrevista?

—¿Julie Benson, la hija del alcalde?

—La misma.

—¡Ah, sí! Anoche se divirtieron mucho, según tengo entendido. La chica fué al *Golden Slipper* con Fulton Perceval, y se puso hecha una cuba.

Como digo, la vida está llena de sorpresas. El *Golden Slipper* era otro de los nombres escritos en el papel que encontré en la máquina de escribir de Johnny Vulcan.

CAPÍTULO III

Me acerqué lentamente a la cabina telefónica del fondo del bar, y llamé al Ayuntamiento preguntando por el alcalde. Cuando Benson se puso al aparato, le di el nombre de mi diario, no el mío y le dije:

—¿Hay algo de verdad, señor juez, en el rumor de que su hija se ha fugado con Fulton Perceval?

Tal como esperaba, el hombre estalló en una negativa feroz, colgando inmediatamente el aparato.

A continuación llamé a casa de Benson, y reconocí la voz de la doncella nerviosa, que fué la que me contestó.

—¿Podía hablar con *Miss* Julie? —le pregunté.

—Lo siento, señor, pero *Miss* Julie está indispuesta y no puede, hablar con nadie —repuso la muchacha.

—Eso es lo que el señor juez le ha indicado que contestase, ¿verdad? —le espeté.

—Sí… no, señor. Es la verdad.

—Muy bien, gracias.

Colgué el aparato. La momentánea vacilación de la doncella me enteró de todo lo que deseaba saber. La hija del juez no había aparecido y, por algún motivo, el padre intentaba evitar que el caso se hiciese público. La cosa se presentaba bastante complicada, así que decidí aplicar el tratamiento Drayton: echar un buen trago. Discutí con el camarero hasta que al fin le convencí de que tenía que ser un buen vaso de *rye* en lugar de algo que contenía una retorcida botella con el rótulo *Plaything*
Passion's
[6]. Una vez en posesión del vaso, duramente ganado, lo cogí y fui a sentarme a una mesa de un rincón.

Mis ojos se posaron sobre los parroquianos con desagrado. Allí la

concurrencia estaba dividida en dos grupos: los «societarios» y los «melenudos», y todos ellos hablaban de sí mismos en tonos muy agudos, molestos y desagradables. No era la clase de compañía que yo prefiero.

Sin embargo, descontándome a mí, quedaba allí otro individuo que también desentonaba en el ambiente. Era un tipo que vestía muy llamativamente; tenía el aspecto rudo de un boxeador y llevaba un escaparate de joyería en sus gordos dedos. Unas patillas negras, bien cuidadas, parecían fuera de lugar en su maltrecho rostro, y los hombros muy anchos parecían constreñirse gracias al elegante corte de su chaqueta cruzada. Le conocía; se llamaba Brad Carlson y era un rey del juego, de Reno; un millonario para el cual las bolitas de plata de la ruleta de su famoso país nativo hacían oír una dulce música en los cinco o seis salones de juego de que era propietario. Ignoraba qué debía de estar haciendo el individuo en Nueva Orleans. Sentado solitario en su mesa, iba bebiendo con indiferencia sorbos de alguna bebida de fantasía, y miraba como esperando a alguien. Yo resolví esperar también con él.

No fué larga mi espera; un minuto más tarde vi que levantaba su voluminoso cuerpo cuando una dama se acercaba a su mesa. Y toda una dama era, desde luego. Con un vestido verde muy ajustado a sus formas, zapatos de tacón de seis pulgadas, y sombrerito muy coquetón ladeado sobre sus rizos pardo rojizos, Francine Lester tenía, vestida, el mismo buen aspecto que cuando iba con su *négligée*, según pude observar.

Carlson no la invitó a sentarse. En lugar de eso la cogió del brazo, y se la llevó fuera del establecimiento. Salí detrás de ellos, y llegué a la acera justamente a tiempo de verles subir a un «taxi». Me deslicé a mi coche, y les seguí. Estuve corriendo tras ellos bastante rato sin poder descubrir que se dirigiesen a un punto determinado; daba la impresión de que se paseaban por la ciudad sin objetivo alguno. Tal vez, pensé, no deseaban sino charlar a solas sin que nadie les molestase. Desde luego, el interior de un «taxi» chirriante es un lugar excelente para una charla íntima con una dama.

Me di cuenta también que mi persecución podía notarse fácilmente; una cosa es seguir a un «taxi» por una ruta determinada, de modo que aparezca casual el que otro siga el mismo trecho, y otra cosa totalmente distinta es seguir dando vueltas y pasar por la

misma calle dos o tres veces. Si alguno de los dos miraban por casualidad por la ventanilla trasera, ya tenían que haberme visto forzosamente. Así, pues, decidí dejarles tranquilos y me dirigí derechamente al domicilio de Francine. Aparqué en una esquina, a cierta distancia de la casa, y aguardé sentado a que la dama apareciese. Llevaba consumidos tres «Luckies» cuando el «taxi» llegó. Al pasar pude ver que Brad continuaba acompañando a Francine, pero cuando ella se apeó, él no se movió del «taxi», que se fué a continuación. Salté de mi descapotable, y cogí a Francine por la muñeca cuando estaba a punto de entrar en el bloque residencial.

—He de decirte unas palabras, Frankie —le expuse, mientras me la llevaba hacia el otro lado de la calle, donde había dejado mi coche.

—¡Suéltame! —protestó ella, pugnando por librarse de mí.

Pero yo le retorcí bruscamente la muñeca de un tirón que la puso pálida y le hizo morderse los labios.

—¿Vienes a las buenas o prefieres que te arranque el brazo? —le pregunté amablemente.

—Llamaré a gritos a un policía —me amenazó.

—Te guardarás muy bien de hacer tal cosa, Frankie —repliqué —. He de hacerte unas cuantas preguntas. Y es mejor que me las contestes en privado que en la Jefatura de Policía.

La muchacha me lanzó una mirada que reflejaba un pánico genuino.

—Muy bien. Drayton —dijo—. Hazme el favor, pues, de aflojar un poco esa mano, ¿quieres?

Aflojé la presión sobre su muñeca pero continué con los dedos en el mismo lugar dispuesto a apretar otra vez en cuanto la damita intentase hacer alguna tontería. Pero no hubo necesidad; se dejó llevar a mi automóvil, y subió en cuanto se lo indiqué. Me senté tras el volante, apreté el botón de arranque y me dirigí hacia mi apartamento.

Sammy, el portero, me entregó un paquete de correo a mi llegada. En el ascensor empecé a revisarlo. La mayor parte eran facturas, pero me llamó particularmente la atención un abultado paquete. La dirección estaba escrita con la caligrafía de Johnny Vulcan, y llevaba el matasellos del distrito correspondiente a los barrios bajos de la ciudad. Acomodé a Francine en mi apartamento,

y le dije que me sirviese algo de beber mientras yo abría el paquete. Contenía una carta de Johnny y unos pliegos que parecían un estado de cuentan de un banquero. Mi atención fué a la carta en primer lugar.

«Estimado Ricky:

»No vengas por mí. Yo no maté a aquel criado ni me llevé la pasta del arca de Benson. No puedo, sin embargo, explicar cómo ocurrieron las cosas, y no puedo esperar que nadie se lo crea aunque se lo explicara. Espero que tú me creerás, Ricky, pero comprendo que apenas podría estar resentido de ti si también tú me tomases por un asesino y un ladrón profesional. No dudo que mis antecedentes habrán salido a luz a estas horas, lo cual hará más complicada para mí la explicación de los hechos. Acaso pueda esconderme por una temporada, aunque supongo que O'Rourke me echará la mano encima al fin y tendré que pasar por el tubo. Una de estas cosas ha de ocurrir, desde luego. No obstante, aquí tienes lo que me encontré en la caja de Benson. Esto es precisamente lo que yo buscaba. Como puedes ver, se trata de una serie de abonos hechos en la cuenta del juez por Fulton Perceval. Enigmático, ¿no?

»¿Quién ha oído nunca hablar de un político que reciba buenos fajos de billetes de manos de un empleado suyo? Yo me imagino que esto demuestra que Benson está dirigido por Perceval, y esto constituye la mitad de mi teoría. La otra mitad es la siguiente: Perceval no es otro que Frascati, el chantajista de Chicago. Te diré en qué fundo mis sospechas. Como probablemente sabes, yo estuve liado con la tropa de Frascati allá en *Chi*. Estando en la

sombra ya oí decir que Frascati había desaparecido de escena. Ya sabes lo que sucede con los parroquianos de la cárcel; a veces se enteran de muchas más cosas estando allí que estando fuera. Y oí el rumor de que Frascati había cambiado de cara por medio de la cirugía plástica y que se estaba preparando para hacer su reaparición en algún otro lugar de los Estados Unidos. Esto podía muy bien ser, Ricky. Y lo que me hace creer que así ha sido, y lo que me impulsó a investigar la amalgama Benson-Perceval es que los dos compinches de Perceval. —Brennerman y Marks—, trabajaban con Frascati en *Chi* en los viejos tiempos.

»Haz de esta información el uso que consideres más conveniente. Pero no te rompas la cabeza tratando de librarme de esa acusación de asesinato. Esto no es posible, hermano. Y quizá es mejor que sea así. Yo quería obrar reciamente después de salir de la cárcel; quería volver al jaleo del periodismo y hacerme un nombre famoso y un ciudadano respetable por mi propio esfuerzo. No me ha salido bien. Genio y figura hasta la sepultura… Acaso sea verdad.

»Hasta la vista, Ricky. Sigue conservando limpia la nariz.

»*Johnny*».

Pasé rápidamente los ojos por el estado de cuentas bancario. Vi que durante los últimos seis meses el juez Benson había recibido cheques mensuales de Fulton Perceval de un millar de dólares cada uno. Esta cantidad era bastante extraordinaria viniendo del propio jefe de propaganda de un político.

Me dirigí al mueble bar, me serví un vaso, y ofrecí otro a Francine que permanecía quieta en su sillón. La damita estaba demasiado asustada en aquellos instantes para hablar por propia voluntad, según pude ver.

Le creí a Johnny en su afirmación de que era inocente de la

acusación de asesinato y del robo de la pasta del arca. Después de todo, ¿qué iba a ganar mintiéndome a mí, si sabía que los policías tampoco le creerían? De su carta se desprendía que el muchacho estaba cubriendo a alguien. Mi pregunta era: ¿para proteger a qué clase de persona sería capaz de sentarse en la silla eléctrica Johnny Vulcan? La respuesta era obvia: una dama. ¿De qué dama se trataba? Mis ojos vagaron por la salita, hasta posarse en Francine. Ella sabía que la estaba mirando. Canté entonces suavemente:

Frankie and Johnny were lovers.
Lordy how they did love.
Swore to be true to each other.
True as the stare above.
He was her man… She done him wrong[7]

En las últimas palabras recalqué la nota.

Frankie se puso en pie de un brinco.

—¡Cesa de cantar esa canción maldita! —gritó.

Yo permanecí en mi sitio.

—Tú le has causado daño, Frankie —le dije—. Le has jugado una mala pasada, pero no te ha salido bien, querida, Johnny es un chaval demasiado bueno para que tenga que diñarla por ti, aunque se empeñase en ello. ¿Quieres que te diga una cosa? Los policías van en busca de Johnny, pero también van detrás de ti. En el domicilio del juez encontraron un mechón de pelo pardo rojizo; es sólo una cuestión de tiempo el que descubran que el pelo procede de tu linda cabeza.

Todo esto era falso, ya lo sabía, pero comprendí que había dado en el blanco cuando observé que Frankie palidecía de miedo.



y me dió una soberbia bofetada

—Mira, cariño, por la postura en que quedó aquel criado está fuera de duda que Johnny no le podía haber matado. Johnny estaba hablando conmigo desde el teléfono cuando tú llegaste allí. Tú lo seguías, supongo. Él se llevó los papeles del arca del juez, pero tú viste también la pasta que había allí, Frankie. Claro, como eres muy avariciosa, fuiste por ella. Johnny cubrió el micro-teléfono con la mano, y discutió contigo: te dijo que soltaras el fajo, pero tú no quisiste. Llegó el criado, vió a Johnny en primer lugar y se encaró

con él. A ti te había trastornado la idea de llevarte la pasta, y temías que el criado te lo impidiera. Por eso disparaste contra el hombre cuando se enfrentaba con Johnny. Y lo hiciste desde el rincón obscuro donde te encontrabas, al lado de la caja fuerte. Johnny soltó el aparato y los dos huisteis inmediatamente. Él te hizo salir a ti primero, de manera que el juez Benson, que bajó al oír el tiro, le vió y le reconoció. ¡Has echado una dura sentencia sobre los hombros de tu amante por esos miserables cincuenta mil dólares, Frankie! ¿Estás satisfecha de tu gesto?

La joven rompió a llorar.

—¿Qué piensas hacer?

—Entregarte a la justicia —repuse—. Encerrarte a ti, y hacer de manera que
O'Rourke
ordene a sus sabuesos que dejen a Johnny en paz.

Diciendo estas palabras me dirigí al teléfono. Ella se lanzó hacia mí, cayendo de rodillas a mis pies.

—¡No hagas eso! —suplicó, levantando hacia mí su rostro anegado en lágrimas—. ¡No hagas eso, por favor! ¡Tengo miedo de morir! ¡Por Dios, Ricky, no me entregues a la policía!

Y empezó a desgarrarse la ropa, en su desesperación, hasta dejar al descubierto un hombro perfectamente coloreado, color crema.

—Me portaré bien contigo, Ricky —prosiguió diciendo, tras una breve pausa—. Nos marcharemos los dos, y olvidaremos este asunto. Haré lo que sea por ti; ¡lo que sea! ¡Pero no me pongas en la cárcel!

Me fastidió bastante su actitud.

—Esto tenías que haberlo pensado antes… Cuando disparaste sobre el criado.

Intentó levantarse y echarse encima, pero yo le di un empujón enérgico. Antes de librarme de ella alargó la mano, y dejó en mi mejilla cuatro rayas rojas. Sin demasiada cortesía la lancé contra el suelo. Allí quedó, agachada como una fiera, clavando en mí sus ojos entre la maraña de su pelo rojizo que se le había desparramado por la frente. Entre tanto, yo continuaba marcando el número de la Jefatura de Policía. De pronto, la muchacha se levantó otra vez de un salto, se apoderó del teléfono y lo arrojó al suelo. A continuación se lanzó hacia la ventana abierta. Al pasar por delante de mí pude

agarrarla por la falda, pero como su impulso era muy fuerte, quedé plantado con un trozo de ropa en las manos contemplando durante un segundo cómo su cuerpo permanecía equilibrado sobre el alféizar de la ventana, de modo que solamente veía sus zapatos, las medias y unos jirones de ropa vaporosa. Inmediatamente corrí hacia ella, la cogí por la cintura y la llevé al interior, depositándola en un sofá sin miramiento alguno, bruscamente. Todavía intentó levantarse otra vez, pero le di un puñetazo en la mandíbula que la tumbó de nuevo sobre los cojines. Entonces permaneció quieta.

Un intrigado policía estaba hablando al otro extremo del hilo:

—Diga… diga…

Recogí el teléfono, y le pedí:

—Póngame con el capitán
O'Rourke.

Se oyó un *clic*, un zumbido y luego, otra voz que contestó:

—Brigada Criminal.

—¿Está
O'Rourke
ahí? —pregunté.

—En estos momentos está fuera. ¿Quiere usted algún recado?

—Soy Ricky Drayton.
O' Rourke
me conoce muy bien. Vengan ustedes inmediatamente a mi domicilio —le di la dirección y proseguí—: Tengo en mi poder la dama que mató al criado del juez Benson, además de algunas pruebas que indican lo que Vulcan estuvo haciendo en el arca de caudales del juez. A mi modo de ver, es algo que huele a corrupción política —dirigí una mirada a Francine, y observé que continuaba sin sentido—. Cuando ustedes lleguen aquí —indiqué al policía—, es mejor que utilicen el mismo truco que yo he usado con la dama. Díganle que encontraron un mechón de su cabello, anoche, en casa del juez. Así apostaría diez contra cinco a que la chica se rendirá por completo, y les contará toda la historia.

—Al momento estamos ahí, *Mr*. Drayton —dijo el policía.

Añadí un poco más de licor al vaso, y me senté para esperar, vigilando al mismo tiempo que Frankie no repitiese su intento de dar la zambullida por la ventana.

Al poco rato oí fuertes pisadas en el corredor, seguidas de una

llamada a la puerta.

—Abran a la policía —dijo una voz.

Me acerqué a la puerta, y abrí. Lo primero que vi fué el cañón de una pistola que me apuntaba al vientre.

Miré hacia arriba, a la cara del tipo que empuñaba el cacharro, esperando ver algún policía excesivamente caracterizado por un celo excesivo. Pero la facha que vi no era otra que una cara grasienta en la que brillaban unos ojos de cerdo y que pertenecía Spike Brennerman, uno de los esbirros de Fulton Perceval. Unos pasos más atrás, en el corredor, vi la flexible figura coronada por el rostro aceitunado del otro miembro del dueto: «Knuckles» Marks. Spike me empujó hacia adentro con el mismo cañón del revólver, y me hizo una seña muda para que me sentase. Observé que manejaba el arma como hombre acostumbrado a ella, por lo que obedecí.

«Knuckles» Marks, con las manos en los bolsillos de su traje azul oscuro, miró por la habitación hasta fijarse en Frankie, tendida en el sofá.

—Así, pues —murmuró—, has zumbado a la dama. Bueno, nos habrás ahorrado trabajo —a continuación me miró, y al verme los arañazos de la cara, añadió—: Y te ha señalado la facha en defensa propia. Mejor todavía. El médico forense no dejará de observar con satisfacción los trozos de tu piel en sus uñas. No hay nada mejor que las pruebas científicas. —Marks sacó la mano derecha del bolsillo de su americana y vi entonces brillar en ella un erizado juego de «brass knuckles»[8]—. Te estoy viendo pronto en el papel de asesino de señoras —concluyó, con el mismo tono de voz suave.

A continuación, mientras Brennerman me mantenía bajo la vigilancia de su cacharro. Marks cruzó hasta el sofá e incorporó a la desmayada dama hasta dejarla sentada. Los «knuckles» de bronce centellearon en su diestra describiendo breve círculo, y chocaron horriblemente con un pómulo de Frankie. Esto era sólo el principio. Cerré los ojos horrorizado, y no es que sea fácilmente impresionable, desde luego. Por fortuna la dama estaba sin sentido cuando empezó la terrible operación; sin duda falleció a los pocos instantes. Hubo bastante con una brevísima sesión. Nunca he visto la destrucción de un ser de un modo tan rápido y completo como Frankie fué destruida en aquel breve espacio de tiempo.

Todavía respirando pesadamente y con una débil sonrisa de satisfacción, Marks se quitó el mortal instrumento y lo arrojó al suelo, a los pies de Frankie. Luego sentóse en el brazo del sofá, y me contempló con ojos divertidos.

—Supongo estás preguntándote por quién se hace todo esto —dijo—. Bien, tienes derecho a saberlo. Esta dama nos estaba fastidiando. Trabajaba para Brad Carlson, y a nosotros no nos gusta *Mr*. Carlson, ¿sabes? El tipejo quiere poner a Wesley Brannigan en el Ayuntamiento para poder dominar la ciudad. Por eso esa damita estaba liada con tu compinche Johnny Vulcan. Frankie se imaginaba que Vulcan descubriría algo para comprometer al juez Benson y echarle fuera de la Alcaldía. A nosotros no nos gustaba el plan. El juez es nuestro hombre. Por eso fué una buena noticia, para nosotros la de que Vulcan te pasó a ti la información que sacó del arca de Benson. Ahora me haré cargo de esos papeles, si no te sabe mal.

Con el cañón del revólver de Brennerman haciéndome cosquillas en el oído, tuve que someterme a un hábil cacheo realizado por Marks, quien no tardó en descubrir la carta y el estado de cuentas del banco, todo lo cual había metido en el bolsillo interior de mi americana. Marks se lo guardó igualmente en un bolsillo interior.

—Ha sido una magnífica oportunidad para nosotros el que O'Rourke estuviese casualmente fuera de la Jefatura, cuando tú has llamado allí. Entérate de que has estado hablando con un amigo nuestro, en lugar de un policía.

En aquel mismo instante sonó en la calle una sirena de coche de policía. «Knuckles» fué a la ventana, y se asomó a la calle.

—Ahora es él —anunció.

Unos minutos más tarde se abría la puerta para dar entrada a un policía que me era totalmente desconocido, vestido con el uniforme de teniente. Tenía, sí, la facha arrogante y dura de un policía malo. Con lo malo que ha de ser, además, un policía falso.

—Hola, Watkins —le saludó «Knuckles».

¡Watkins! ¡El otro nombre de la lista de Vulcan!

—Será mejor que no nos entretengamos, muchachos —dijo Watkins, con acento seco—. Yo me encargaré de este paquete. Bajad por la parte de atrás; he dicho a mi personal que suba aquí dentro

de un par de minutos. Y algunos de esos papanatas que tengo abajo en el coche, no están en el ajo. ¿Tenéis los papeles?

—Sí.

—¡Entonces, pitando!

Watkins sacó su revólver, mientras «Knuckles» y Brennerman se dirigían hacia la puerta. Me di cuenta entonces que Brennerman no había abierto la boca durante toda la sesión. En el momento en que iban a desaparecer en el umbral, «Knuckles» se volvió al recién llegado para advertir:

—La dama le ha arañado la cara antes de llegar nosotros. En las uñas tiene trozos de su piel. Supongo que éstas son todas las pruebas que necesitas, ¿no es así?

—Perfectamente —contestó Watkins, al punto—. Ahora largaos.

—Ésta no le saldrá bien, Watkins —le dije, cuando los otros dos hubieron desaparecido—. Así que, pretendéis cargarme el muerto, ¿eh? Pues piensa que con lo que he de declarar ante el tribunal, haré que una Comisión Investigadora de la capital del Estado te meta mano a ti en primer lugar.

—¿Tribunal? ¿Quién habla de tribunal? El tribunal lo tienes aquí mismo, y te juzgara por un intento de fuga. ¡Ponte sobre el alféizar de la ventana!

Entonces vi claramente el plan. La idea consistía en liquidarme antes que los policías que esperaban abajo subiesen. Sin duda el falso teniente habíase guardado para sí lo que yo le dije por teléfono, excepto el pasarles la información a Brennerman y a Marks. En cuanto a los policías que aguardaban en la calle, era probable que creyesen que Watkins estaba simplemente investigando la queja sobre algún fulano que le zumbase a una dama. Y por lo visto iba a recibir un balazo por intento de fuga, antes que le pudiese explicar a nadie lo ocurrido.

—¡A esa ventana, enseguida! —repitió Watkins.

Diciendo esto se acercó, y me hundió el cañón del revólver en las costillas. Yo avancé lentamente hacia la ventana, empujado así por él. El alféizar estaba a unos tres pies de altura del suelo.

—¡Sube! —ordenó Watkins, en tono tajante.

Me cogí de una mano al hierro donde colgaba la cortina, y levanté un pie hasta el alféizar.

—¡Arriba! —insistió Watkins.

Sujetándome en la cortina tomé impulso para subir. La recia barra que sujetaba los cortinajes se arrancó, y la gruesa tela de terciopelo, densa y pesada, nos envolvió a los dos. En la sofocante obscuridad me acerqué a Watkins, y fui en busca de la mano con que empuñaba el arma. Logré agarrarle por la muñeca y desviarle el revólver en el mismo instante en que él apretaba el gatillo. A continuación luchamos a la arrebatiña, tambaleándonos y descargando puñetazos ciegos que quedaban amortiguados por los pliegues del recio tejido. Caímos, pero antes de llegar al suelo yo pude desprenderme y girarme rápidamente, de modo que logré quedar encima de él con una rodilla hundida en el vientre de Watkins.

Por un momento él quedó desconcertado, inmóvil, y yo aproveché la oportunidad para cogerle por las orejas y golpearle la cabeza contra el piso, como si con ella quisiera hacer un agujero en él. Cuando le tuve totalmente quieto, salí de entre los pliegos del terciopelo. De paso tropecé con el revólver, y lo recogí.

Permanecí unos instantes mirando el bulto cubierto con la cortina, sin saber qué hacer. Había ganado aquella batalla, pero la situación no estaba todavía despejada para mí. Dentro de unos segundos los policías de la calle estarían arriba, y el hecho de que hubiese zumbado a su teniente, me colocaría en una situación más delicada aun. Con la prueba ante sus ojos, además, de que acababa de matar a golpes de «knuckles» de bronce a una dama y, a continuación, había agredido a un policía al tratar de escaparme. Ninguno de ellos escucharía mis alegaciones en el sentido de que Watkins era un policía falso. La única prueba que había tenido en mi poder sobre la existencia de algo sucio en la administración de la ciudad —el estado de cuentas bancario que Johnny Vulcan había sacado de la caja de Benson— se la habían llevado. «Knuckles» Marks y Spike Brennerman.

Sólo había un camino bueno a seguir. Éste no era otro que el de seguir adelante con la comedia. Me puse en el bolsillo el revólver de Watkins, y tomé la misma dirección de los dos esbirros, o sea la puerta trasera del edificio.

CAPÍTULO IV

Calculé que llevaba, una ventaja de diez minutos antes que los policías diesen la voz de alarma para perseguirme. A partir de entonces sabría qué era sentirse en el papel de un hombre perseguido por la policía… Perseguido por asesinato. Y por el asesinato, además, cometido brutalmente en la persona de una mujer indefensa. Cuando la policía sigue la pista de un individuo acusado de haber matado a una dama con *brass knuckles*, generalmente usa el procedimiento de disparar primero y hacer preguntas después. Por eso consideré que tenía que andarme con pies de plomo si quería evitar que fuese el plomo el que me agujerease el cuerpo a no tardar.

Dejando mi coche, con el cual difícilmente podía impedir que me reconociesen, cogí un *taxi* y le dije al conductor que me llevase a toda máquina a casa del juez Benson. Tenía la esperanza de encontrarle en casa, y por lo que conocía de las costumbres del alcalde, era muy probable que el hombre se tomaría las cosas con calma retirándose en sus habitaciones durante la tarde. Cuando el *taxi* me dejó en la calzada de la casa del juez, me apeé de un salto, arrojé una moneda al taxista y pulsé el timbre de la puerta. Empujé a un lado la conocida doncella nerviosa que vino a abrirme, y me fui directamente al despacho del juez. Tal como había esperado, le encontré dormitando ante la chimenea, con un vaso de coñac medio vacío en una mesita, a su lado. Le di un ligero puntapié a sus pies calzados con zapatillas, apuntándole el revólver de Watkins en cuanto refunfuñó abriendo los ojos. Me miró asustado, primero a mí y luego todavía más asustado al revólver.

—Sí, señor Juez —le dije—. Soy yo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó, con voz temblorosa.

—Sólo hablar unas palabras —repliqué—. En estos momentos estoy en una situación comprometida. Marks y Brennerman, junto con vuestro policía falso, Watkins, me han echado encima una acusación de asesinato. Les llevo ahora sólo una pequeña ventaja de tiempo. Usted puede ayudarme.

—No sé de qué me está usted hablando, y no le ayudaría aunque pudiese —repuso Benson.

—¿No? —pregunté yo, aspirando profundamente.

Estaba pensando poner en práctica mi segundo truco del día; una afirmación basada en suposiciones, y enlazando los hechos del modo más conveniente. Medité unos breves instantes, y resolví ir adelante con ello.

—Fulton Perceval, conocido también por Joe Frascati —declaré— le raptó su hija anoche. ¿No es así?

Como el juez no contestara, proseguí diciendo:

—Frascati ha estado pagándole a usted un millar de pavos mensuales, a cambio de determinados servicios. Algo relacionado con la protección de sus intereses en el *Golden Slipper* y emplear a su incondicional, Watkins, en la Policía. Y si usted gana las próximas elecciones y está en la Alcaldía por otro período, él será el verdadero dueño de la ciudad, y nombrará su propio Jefe de Policía y su fiscal del Distrito. Esto lo he visto ya otras veces: forma parte de los métodos usados por Frascati. El granuja se imaginaba que le tenía a usted atado de pies y manos, señor juez. Claro, le pagaba bien y por eso usted tenía que bailar al son de su música. Sí, ya sé que en el último instante tuvo usted un remordimiento de conciencia. Claro está que nadie sospecharía que usted tuviera siquiera conciencia, pero yo quiero creer que sí que la tiene. Me acuerdo de cuando era usted un sujeto corriente: el honrado Juez Benson. Esto ocurría antes que se liase con Frascati. Por eso no quería presentar su candidatura para la reelección. Está así el asunto, ¿verdad, juez?

Benson movió la cabeza, asintiendo débilmente, por lo que comprendí que mis suposiciones pisaban terreno firme. No era muy difícil acertar cuando uno conocía los métodos empleados por los golfos de altura cual Frascati.

—Sí, es como yo digo —proseguí—. Usted decidió abandonar, cosa que no le habría gustado un pelo a mister Frascati. Por de

pronto, él es el que finanza su campaña electoral; tiene dinero invertido en la administración de Benson. Y, por otra parte, si usted retira la candidatura, con ello deja la vía expedita a Wesley Brannigan. Y Wesley no es un político honrado como usted lo fué un día. A él le pueden comprar. Está ya vendido a Brad Carlson, el jugador de Reno, que también se propone conquistar el dominio de esta ciudad. Si Carlson consigue convertirse en el poder que mueve los hilos del Ayuntamiento, Frascati ha perdido la partida. Por eso le irrita la idea de que usted deje de presentarse para la reelección. Y le irrita tanto, que cuando le dijo usted que no quería continuar, que estaba dispuesto a abandonar el puesto. Frascati resolvió raptarle la hija para obligarle a cambiar de opinión. Julie está bien, y lo estará en tanto que usted continúe callando y haciendo lo que tío Joe Frascati le indique.

—No sé cómo diablos se ha enterado usted de todo eso, pero dígame: ¿qué quiere que haga? —me preguntó el juez, temblando de pies a cabeza.

Me dirigí a la máquina de escribir que tenía al lado de su mesa escritorio, y puse en el rodillo una hoja de papel.

—Quiero que me firme la declaración que voy a redactar para usted —le dije.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Si no quiere, amigo mío, lo siento por Julie. Mire, no olvide que he visto con mis propios ojos el estado de cuentas bancario que Johnny Vulcan le quitó de su caja fuerte. En cuanto le sople esto a mi diario, en la capital del Estado van a nombrar inmediatamente una Comisión Investigadora. Y si le digo a mi diario que usted no presenta su candidatura para la reelección… bueno, ya sabe usted lo que Frascati le tiene reservado a Julie.

—Pero si firmo esta declaración, ocurrirá exactamente lo mismo.

—No exactamente. Verá usted. No me propongo hacer uso del documento enseguida. Este caso me lo guardo para mí. Me gustará, sin embargo, poseer una declaración de usted en la que se precise que Watkins es un granula, y que figura en la nómina de Frascati junto con Marks y Brennerman. Esto será para mí una especie de seguro de vida; ¿comprende? Lo enviaré a mi director en un sobre lacrado, con instrucciones de que solamente podrá abrirse en caso que la policía me eche la mano encima. En realidad, sólo he de

utilizarlo como último recurso si corro realmente el peligro de verme cargado con el mochuelo de ese asesinato que ellos me han endosado. Así, pues, ya ve usted que le ofrezco una oportunidad. Si es humanamente posible, rescataré a su hija al mismo tiempo que cogeré a Marks por haber asesinado a Francine en mi domicilio. Elija usted, Benson. O firma y sigue con la esperanza de ver otra vez a Julie, o no firma y tiene la seguridad de que todo lo que yo sé será pronto del dominio público. Si hago esto, no daría tan sólo un centavo falso por la vida de Julie.

El juez meditó unos instantes.

—Firmaré —dijo, al fin.

Yo empecé a escribir en la máquina:

> «Por la presente, declaro que el teniente Watkins, que trató de arrestar a Ricky Drayton por el asesinato de Francine Lester, está pagado y trabaja a las órdenes de Joe Frascati, alias Fulton Perceval.
>
> »Declaro también que durante los pasados seis meses he recibido del mencionado Joe Frascati, seis mil dólares en concepto de soborno y a cuenta de favores que se le han hecho desde el Ayuntamiento.
>
> »Declaro además que el periodista Johnny Vulcan obtuvo de mi caja de caudales la prueba de mis transacciones con Joe Frascati. Si Frascati creía que dicha prueba estaba en poder de Ricky Drayton, es natural que Frascati hubiese dado instrucciones al teniente Watkins para complicar a Ricky Drayton en una acusación de asesinato».

—Puede que esto no se ciña a los mejores términos legales —dije—, pero creo que podrá ayudarme bastante a salir del lío en que me han metido. Firme usted, Benson.

Mientras el juez estaba firmando hice un sobre para Reagan, en el periódico, y escribí la siguiente nota:

> «Estimado Reagan: No abras el sobre adjunto en

> ninguna circunstancia, a menos que te lo pida yo directamente, o tenga que comparecer ante el tribunal, por el asesinato de Francine Lester».

Firmé y lo metí en el sobre que contenía el de la declaración de Benson. Le puse un sello del cajón del juez, y me dirigí nuevamente a él, diciéndole:

—Voy a echar esto inmediatamente al correo. No se preocupe, señor juez; tenga la seguridad de que no haré uso de ello si no hay una verdadera necesidad.

Y salí. No ignoraba que en aquellos momentos era un reclamado por la justicia, y que todos los policías de la ciudad poseían el detalle de mis señas personales. Lo que tenía entonces que hacer, y hacerlo deprisa, era apoderarme de Frascati, Marks o Brennerman, y hacerles hablar de uno u otro modo.

Pensé que el lugar más probable para dar con los angelitos sería el *Golden Slipper*. El caso estaba en encontrar la forma de llegar allí, sin que los policías me echasen la garra encima por el camino. Me decidí por coger un *taxi*. Eché una mirada al reloj, y vi que era la hora en que las ediciones de la tarde estarían ya en la calle. Sin duda los diarios de la oposición la gozarían con la publicación de la noticia: «Johnny Vulcan y Ricky Drayton reclamados por asesinato». Si me acompañaba la suerte, sin embargo, podía encontrarme con un taxista que aún no se hubiese parado a leer un periódico. Con esta esperanza llamé al primero que pasó por delante de la casa de Benson. El conductor se limitó a echarme una mirada de aburrimiento cuando le dije que se dirigiese al *Golden Slipper*. Me recosté en el mullido asiento con un suspiro de satisfacción. Cuando nos acercábamos a la zona de los establecimientos de recreo nocturnos, indiqué al taxista que parase ante la primera oficina de Correos. Mi propósito era meterme en la misma boca del lobo con la esperanza de poder salir de ella sólo con algún que otro rasguño. Peo no quería exponerme innecesariamente hasta el punto de dar ocasión a Joe Frascati para apoderarse del «seguro de vida» que el juez Benson me acababa de firmar. El *taxi* paró más adelante y el conductor volvió la cabeza para decirme:

—Aquí tiene una oficina de Correos, compadre.

Le di las gracias, le indiqué que aguardase un poco, y me apeé.

En el exterior del edificio no había buzón alguno, por lo que tuve que entrar para depositar el sobre dirigido a Reagan. Cuando llegué a la puerta de la oficina al salir, observé asustado que mi racha de suerte se había cortado súbitamente: el taxista había aprovechado la breve parada para comprar el diario de la noche a un muchacho que vociferaba por allí cerca. El hombre estaba echándole una ojeada con creciente interés, devorando los titulares. Desde detrás pude leer:

> «Periodistas asesinos en fuga. Drayton reclamado por haber matado a una mujer a golpes de puño inglés».

Debajo de los titulares se reproducía mi retrato sonriente, que había sido recortado de una ilustración de mi propio periódico. Inmediatamente me metí otra vez en la oficina de Correos. Como el edificio se prolongaba hasta la esquina del bloque, pude salir por una puerta lateral que daba a una calle estrecha. Bajé el ala del sombrero sobre la frente, y me levanté el cuello del abrigo. De pronto, empezó a llover. El agua caía en uno de los chaparrones característicos del clima caprichoso de la cuenca del Mississippi. Estuve contento de la Lluvia en aquellos momentos, puesto que me daba una excusa para bajarme más el sombrero y levantarme más el cuello del abrigo, mientras todo el mundo se veía obligado a bajar la cabeza sin preocuparse de mirar la facha de los demás transeúntes.

Muy pronto la calle quedó hecha un torrente. El espesor del agua era de media pulgada sobre la acera. Empecé a andar sin rumbo, impulsado por el afán de alejarme de aquel «taxi». Luego me dirigí hacia el *Golden Slipper*.

A pesar de la lluvia, las calles no eran lugar adecuado para mí, según pude descubrir. Los policías abundaban más que nunca. En el próximo cruce que tenía delante vi una pareja de ellos que escudriñaban todos los rostros de los que pasaban. Me detuve, y eché una mirada atrás con la idea de volverme. Pero otro policía avanzaba por la acera, a pocos pasos de mí, haciendo pendular con indiferencia su bastón de noche. Un pequeño café griego se ofrecía

tentadoramente al otro lado de la calle. A su entrada se apiñaba mucha gente de diverso aspecto y condición que se había refugiado allí a causa de la lluvia. Las pequeñas mesas del interior aparecían ocupadas también. No obstante, observé antes de entrar que el propietario, un tipo gordo con cuatro hilos de pelo negro cuidadosamente repartidos con fijador para cubrir en lo posible su grasienta calva, estaba absorto en la lectura del diario que contenía mi retrato.

El policía que me iba a la zaga se encontraba ya muy cerca empujándome inexorablemente hacia los otros dos situados en el cruce de enfrente. No podían ir adelante ni atrás, y permanecer donde estaba era puro suicidio. De pronto oí el nunca como entonces agradable chirrido de un tranvía. Subí corriendo, y me saqué enseguida el pañuelo como para enjugarme la cara. Después de sacar el billete subí al piso de arriba, y me acurruqué en un rincón. Algún personaje bien educado había dejado allí un diario, que recogí agradecido, utilizándolo también como pantalla para la cara. Se trataba de un periódico, y sentí curiosidad por ver cómo se las habían arreglado los directores para tratar del caso de Johnny y el mío. También ellos le dedicaban la primera página. Daban escuetamente la noticia del asesinato del criado de Benson y el más brutal de Francine Lester. Decían que Johnny y yo habíamos desaparecido, y estábamos perseguidos por la policía. Luego venía un suelto de letra negrita:

> «Los reporteros de crímenes como Drayton y Vulcan tienen que correr muchos riesgos y despertar el odio de muchos granujas sin escrúpulos para ofrecerte a ti, lector, los reportajes que te gusta leer. Nuestros compañeros realizan un servicio público al poner al descubierto escándalos y negocios sucios. Para llevar a cabo su labor, han de mezclarse inevitablemente con la escoria del mundo del crimen. Es imposible explicar ahora sus acciones, hasta que ellos mismos comparezcan con la relación de los hechos. Este periódico tiene absoluta confianza de que lo harán así, y demostrarán, plenamente que son inocentes de los

> terribles crímenes de que se les acusa, revelando al mismo tiempo a los ojos de la opinión pública, una nueva lacra que significa una amenaza para la sociedad».

Daba gusto leer aquel poema. Era alentador comprobar que la casa tenía todavía fe en mí. Esperaba que Johnny Vulcan, donde quiera que estuviera, lo leería también.

El tranvía me iba acercando a los barrios bajos de la ciudad, en tanto que me alejaba del *Golden Slipper*, que era precisamente adonde yo quería ir. Miré por la ventanilla. No veía ningún policía, por lo que bajé por la escalera que crujía bajo mis pies, y salté a la acera.

Avanzando por el laberinto de calles, puse proa otra vez a la parte alta de la ciudad. Tenía la ropa chorreando. Cada vez que divisaba un policía a través de la cortina de agua, tenía que desviarme por una callejuela lateral o pararme en el portal de una casa, hasta que la figura cubierta con el negro y reluciente impermeable, había pasado hacia adelante.

Poco a poco, fueron encendiéndose los faroles de las esquinas, y la iluminación aumentaba a medida que me iba acercando al barrio alto de la ciudad. Al fin vi que me encontraba a corta distancia del *Golden Slipper*. Entonces dediqué mayor atención al estado de mi ropa, cuyo aspecto deplorable se hacía más evidente en cuanto puse el pie en la amplia avenida donde brillaban los rótulos con luz neón y los escaparates deslumbradores. Tan calado estaba por la lluvia, que debía resultar imposible reconocerme.

A cada esquina me parecía que eran más numerosos los rapaces que blandían mi retrato y vociferaban mi nombre. De pronto me encontré con que mi presencia llamaba la atención, como si estuviese asistiendo a un entierro en pijama. Todos los ojos parecían atravesar la cortina de la lluvia para posarse en mi cara, todos los labios parecían repetir las palabras: «Drayton perseguido por asesinato». Me di cuenta de que empezaba a marearme. No había comido desde hacía muchas horas, y llevaba demasiado tiempo andando bajo la lluvia que me penetraba hasta los huesos, hasta la médula, produciéndome un escalofrío que se extendía hasta la cabeza.

Repentinamente quedé sin respiración, y noté que el corazón, golpeaba furioso contra mis costillas. Me apoyé en el portal de un establecimiento del que salía una musiquilla que me hería los tímpanos. Cerré los ojos por un instante. Deseaba entregarme, cesar de ser un hombre que se enfrentaba a contra un millón, pero recordé la promesa hecha al juez Benson en el sentido de que me libraría de la burda acusación, y que encontraría a su hija si ello era humanamente posible. No es que me importase mucho lo que pudiera sucederle al juez, pero sabía que si me entregaba a la policía, Reagan abriría la carta que le acababa de enviar, con lo que todo se habría terminado para Julie Benson. Y no creía justo que la damita sufriese las consecuencias de las debilidades de su viejo progenitor.

Abrí entonces los ojos, en el preciso instante en que un policía se dirigía hacia mí. Seguramente debía tomarme por un vagabundo, y no pensaba hacer otra cosa que echarme de allí. Mi aspecto general le daba motivos de sobra para ello. Sin embargo, a medida que el hombre se iba acercando vi que me miraba con mayor atención. Empezó a levantar la mano y exclamó:

—¡Ea, tú…!

Instintivamente me metí en el establecimiento, y avancé por un laberinto de mesas y barracas de feria, abriéndome paso con los codos entre el público que llenaba la sala. El policía andaba de puntillas para no perderme de vista. Acaso se arrepentía de haber sido demasiado impetuoso, con las ganas de efectuar su primer servicio del día, al venir directamente hacia mí. Ni esperanza de poder burlarle dentro de aquel garito atestado de gente.

Al fondo de la sala me paré ante una de las barracas, en cuyo dintel campeaba el siguiente rótulo: «Laberinto de los Espejos. Un millón de carcajadas por diez centavos». Pagué el billete, y entré. Al mismo instante miré hacia atrás y vi que el policía no estaba ya lejos. Me eché entonces a correr, lo cual me demostró ser un error. De buenas a primeras, di de cabeza contra la pulida superficie de un espejo situado en ángulo en mi camino y que reflejaba un largo pasillo. Escarmentado, avancé entonces más despacio. A cada esquina me veía ante una docena de imágenes mías reflejadas desde diversos ángulos. Y todas ellas eran igualmente feas. En mis ojos reconocía la mirada del animal perseguido que había visto muchas

veces en los bribones en fuga.

De pronto, al doblar una esquina me enfrenté con una imagen que no era precisamente ninguna de las mías. Estaba mirando a los azules ojos del policía, que entonces vi era un tipo joven y con cara de fresco. En la mano empuñaba el revólver que me estaba apuntando. Giré sobre mis talones, y empecé a correr. Oí la detonación como una bomba a mi alrededor, y me extrañó no sentir a continuación la quemazón de la bala al desgarrarme la tripa. En lugar de esto vi cómo la figura del policía se disolvía en una cascada de cristales. Lo que había visto era su imagen, del mismo modo que él había disparado contra la mía.

Esto me dió una idea. Saqué el revólver de Watkins, y con la culata golpeé el espejo que tenía cerca de mí. Me metí por la brecha abierta, y me encontré al otro lado del laberinto: un pasillo zigzagueante que había detrás de los espejos. La oscuridad era completa allí, pero esto era mucho mejor para orientarse que la locura de direcciones opuestas y salidas engañosas producidas por el reflejo de los cristales. Al fin llegué ante una ligera puerta mampara. Abrí, y me asomé al exterior. Me encontraba a unos pocos pies de la entrada del laberinto, cerca de la gente que había acudido allí atraída por el disparo. Sonreí al oír un par de tiros más: al parecer, el policía iba perdiendo los nervios, y disparaba contra sí a diestra y siniestra en aquellos malditos y enloquecedores espejos.

Inmediatamente empezaron a entrar otros policías en el recinto de las barracas de feria. Yo disimulé y me entretuve ante un calidoscopio metiendo un níquel en la ranura y pegando luego los ojos a los lentes con las manos cubriéndome las mejillas. Apenas se hubo encendido la luz del aparato, sincronizando la vista con una musiquilla ramplona, noté que una recia mano se ponía encima de mi hombro.

—¡Ahora empieza el espectáculo de verdad! —dije para mí, al tiempo que cerraba el puño izquierdo con intención de hundirlo en el estómago del policía y escapar de un brinco hacia la salida.

Pero mi sorpresa fué mayúscula al notar que la voz del hombre no era la de un policía; era la voz bien timbrada, indolente, de un negro auténtico del Sur, que decía:

—¡Tranquilízate, Drayton; soy amigo tuyo!

Me volví, y miré la cara del individuo. ¡Y no tuve que levantar

poco la cabeza para ello! El fulano debía, de tener sus buenos siete pies de altura, con un cuerpo magnífico y una piel reluciente como las botas de un policía en día de desfile. El negro vestía muy elegantemente un traje de color marrón, bajo el cual destacaba la blanca camisa y la corbata de seda. Del brazo le colgaba un abrigo de piel de camello, que me ofreció enseguida.

—Ponte eso —me indicó.

Obedecí sin hacer objeción alguna. Los policías iban en busca de un individuo vestido con harapos mojados; el abrigo de piel de camello era un contraste estupendo para desorientarles.

—Ven conmigo —me dijo el negro.

Nos deslizamos entre la multitud hacia el exterior. El policía de la puerta apenas si nos echó una mirada. En la acera aguardaba un automóvil con el motor en marcha. El negro me empujó hacia el departamento trasero, sentóse a mi lado, y el coche arrancó inmediatamente.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Quién diablos se ha acordado de mí en estos instantes para echarme una mano?

El chófer se volvió un instante para mirarme con una sonrisilla. Tenía una cara alegre y redonda, con un cigarro sin encender que le colgaba en un ángulo de su ancha boca.

—Te llevamos a ver al jefe —dijo.

—¿Y quién es el jefe, si se me permite saberlo?

—Claro que se te permite —terció el negro, ofreciéndome un cigarrillo que sacó de un estuche de platino con iniciales—. Nuestro jefe es… *Mistuh* Brad Carlson.

CAPÍTULO V

El automóvil se dirigía hacia la parte alta de la ciudad donde estaba la zona residencial. Pasamos ante el elegante bloque de apartamentos donde vivió Francine Lester y donde Johnny Vulcan solía visitarla. Paramos a un par de bloques más arriba, ante un edificio de mejor aspecto todavía, y si chófer carilleno viró hacia un garaje subterráneo, abarrotado de coches riquísimos.

Criados con uniforme se hicieron cargo del coche. Los tres viajeros subimos por un ascensor hasta el piso más alto de la casa. Cortésmente pero con firmeza, mis acompañantes me empujaron por una puerta. Me encontré en una habitación fastuosa, demasiado ostentosa para mi gusto, lo mismo que los anillos de diamantes y los trajes de Brad. Allí todo respiraba auténtica riqueza. El negro me dejó con el tipo de la cara de luna y desapareció tras unas doradas cortinas de terciopelo que colgaban de una arcada.

—Está aquí, jefe —anunció respetuosamente.

—Buena faena, Tiny —replicó la voz de Brad—. Salgo enseguida.

Poco después apareció el magnate cubierto con un batín de seda de color gris pálido y con un pañuelo de cuello sujeto por un broche de diamantes que representaba el valor de mi salario durante veinte años. Me hizo una señal para que me sentase, y dijo al personaje de la cara redonda:

—Willy: trae algo de beber para nuestro huésped.

—Enseguida, señor. ¿Qué le gustaría tomar, mister Drayton?

—*Rye* —contesté con voz crespa.

Nadie habló hasta que hube vertido dos o tres pulgadas de *whisky* en mi frío estómago. Entonces me sentí mejor. Metí mano en el bolsillo y pesqué un paquete de cigarrillos hecho papilla. Me

quedé mirándolo tristemente. Brad sacó al instante un cigarro de nueve pulgadas del bolsillo de su batín.

—¿Me hace el favor de aceptarlo? —preguntóme con una sonrisa.

Acepté, y Tiny se adelantó con una cerilla encendida.

—Supongo que debe de estar preguntándose por qué me he tomado tantas molestias por usted, ¿verdad? —me planteó inmediatamente Brad Carlson.

—Sí, eso he estado pensando.

—Voy a explicárselo. Al leer la noticia me he imaginado que le querían cargar a usted el mochuelo del asesinato que ha tenido lugar en su apartamento. He visto en ello la marca de Frascati. Ya hizo otra vez un truco semejante en L.
A. Así,
pues, veo que Frascati quería desembarazarse de usted, ¿eh? ¿Y por qué? Porque usted sabía algo sobre unos documentos que su compañero de usted, Vulcan, sacó de la caja de Benson… Yo se lo dije a Francine Lester, una muchacha que trabajaba con nosotros y que tenía el encargo de manejar a Vulcan, pero la estúpida criatura lo echó todo a rodar por la miseria de cincuenta billetes grandes. Si se hubiese limitado a ayudar a Vulcan, dejando de lado lo que no le importaba, a estas horas sabríamos qué otra cosa salió de aquella caja, y Wesley Brannigan estaría a mitad de camino del puesto de alcalde.

—¿Y qué le importa, a usted quién ocupe el Ayuntamiento? —preguntó a Carlson.

El hombre estiró sus largos brazos, con lo que tuve ocasión de ver el derroche de brillo que los diamantes producían bajo el resplandor de la luz eléctrica.

—Reno se iba haciendo demasiado pequeño para mí —repuso—. Aquella ciudad está casi por completo en mis manos. Ahora me hace falta extender mis dominios.

—¿Quiere usted decir que se propone trasplantar aquí sus garitos, apoderarse de la Jefatura de Policía y el Ayuntamiento, para hacer a su antojo todos los chanchullos con las fuerzas de la autoridad y la administración pública? —le espeté.

—Algo, algo por el estilo, amigo —replicó Carlson, con una sonrisilla—. Veo que tiene buenas entendederas.

—¿Y por qué ha escogido usted esta ciudad? —pregunté.

—Frascati —fue la lacónica respuesta.

A continuación me explicó cómo Frascati le había arrebatado una vez con sus malas artes una cadena de hoteles a lo largo de la costa del Pacífico, que no eran otra cosa que centros de juego ilegal. Por eso ahora quería tomar el desquite haciendo una sonada a su rival al luchar por el control de la ciudad, donde el *racketeer* italiano estaba ya moviendo los hilos.

—En cierto modo es una idea divertida para mí —añadió Carlson—. Me gustó el plan de echar al juez Benson fuera de Nueva Orleans, revelando, a través de Johnny Vulcan, la noticia de que el probo alcalde estaba en la nómina de Frascati. Con ello pondríamos en su lugar a Wesley Brannigan, que es un hombre más dúctil para mí de lo que Benson haya sido nunca para Frascati.

Simulé cierta admiración, y comenté:

—Estoy viendo que sabe usted andar solo, Carlson. Muchos hombres no se atreverían a desafiar a Frascati en su propio campo.

Carlson hizo chasquear sus dedos repletos de brillantes, haciendo una mueca despreciativa.

—Bien, lo que no veo es el papel que yo pueda desempeñar en ese tinglado… —planteé luego.

Carlson hizo una seña a Willy para que volviera a llenar mi vaso, y se inclinó hacia mí, diciéndome en voz baja:

—Se me ha ocurrido pensar que usted sería la primera persona en la que Johnny Vulcan depositaría su confianza. Si usted no sabe dónde se encuentra Vulcan, tiene sin duda los papeles que él robó de la caja fuerte del juez Benson. La campaña electoral empieza mañana, y yo he de tener esa prueba contra Benson…, pero deprisa.

—Siento causarle un desengaño, Carlson —declaré—, pero ni sé dónde está escondido Vulcan ni poseo ninguno de esos papeles.

—¿Qué no, dice? —sonrió Carlson feamente—. ¡Pues tanto peor para ti, amigo mío! ¡Encárgate de él, Tiny!

Con esta orden emitida en un tono seco y enérgico, el corpulento negro, que estaba de pie detrás de mi sillón, se agachó hacia mí y me cogió los brazos por detrás, sujetándomelos fuertemente. Carlson me propinó una furiosa bofetada con el dorso de la diestra. Los gruesos anillos de sus dedos abrieron surcos en mi carne, y creo que llegaron a lastimarme los huesos debajo de ella. Acto seguido

repitió el tratamiento en la otra mejilla.

—¡A mí no me vengas con mentiras, Drayton! —Vomitó entre dientes—. ¡Obedéceme! De lo contrario, te podría resultar bastante mal.

Inclinóse otra vez para descargar otro golpe, pero en el mismo instante yo doblé las piernas contra el borde del sillón, y le coloqué con fuerza los dos pies en la boca del estómago. El canalla retrocedió tambaleante, resoplando y escupiendo con las manos puestas en el vientre. Desvié entonces mi atención hacia el negro, el cual, por un momento, parecía horrorizado de ver a su jefe tratado tan irrespetuosamente. La presión del negro sobre mis brazos disminuyó. De un brusco tirón quedé libre, y salté hacia una mesa en la que había un recio florero que arrojé a la cabeza del negro cuando éste se lanzaba detrás de mí. El vaso se rompió en su cara; cristales y flores quedaron esparcidos sobre la rica alfombra, y el negro cayó de rodillas.

Willy, que hasta entonces había estado junto al mueble-bar, salía de su sorpresa, y sacó un revólver del bolsillo. Me parapeté detrás de un sofá, a tiempo justo de esquivar la primera bala, y empuñé mi revólver. Asomé la cabeza por el otro extremo del sofá, pero las balas de Willy me tenían sitiado. Estaba metido en una trampa. Un objeto salvador se ofreció inesperadamente a mis ojos: el hilo eléctrico de la lámpara de pie, la única que iluminaba la sala en aquellos instantes, pasaba por debajo de la alfombra y tomaba la corriente en un enchufe situado junto al suelo, cerca de donde yo estaba arrodillado. Di un tirón al hilo, y la sala quedó totalmente a oscuras.

Sin perder un instante me lancé hacia la puerta. Algo interceptaba mi camino, y por lo voluminoso del obstáculo comprendí que se trataba de Tiny. Cuando se disponía a estrecharme entre sus brazos, blandí el revólver y le descargué un culatazo en la cabeza. Se oyó un fuerte chasquido, y el negro se desplomó emitiendo un gemido. El ruido atrajo sobre mi cabeza unos cuantos trozos de plomo silbante. Disparé una de mis balas hacia el punto de donde salían los fogonazos, y con la mano libre continué tanteando el terreno hacia la puerta, mientras me preguntaba qué le ocurriría a Brad Carlson, puesto que debía de haberse recobrado ya de mi puntapié en el estómago. De pronto mi

mano tocó, no precisamente el tirador de la puerta, sino algo que tenía el tacto de un abrigo de caballero. Unos dedos muy ensortijados se cerraron en mi muñeca y al ladearme para disparar, aquella mano brutal me dió un tirón que creí me arrancaba el brazo de raíz. Vacilaba sobre mis pies, cuando recibí un formidable puñetazo en la mandíbula. Mientras la oscuridad se poblaba de lucecitas de color, un breve instante antes de hacerse más densa la oscuridad, oí cómo mi revólver se disparaba sin objetivo alguno.

El choque de algo frío en mi cara, que luego se me deslizaba entre el cuello de la camisa, me hizo mover la cabeza y abrir los ojos. Frente a mí estaba Willy sentado, acariciando tiernamente el revólver que tenía apuntado a mi pecho. El fuego amenazador de sus ojos me penetró hasta la médula. Tiny estaba sentado no lejos de mí, mirándome con cara de resentimiento, mientras apretaba contra sus sienes un pañuelo empapado de sangre que, además, lo goteaba por la nariz, procedente de una profunda herida que tenía entre los ojos. Carlson estaba de pie a mi lado. En una mano tenía el jarro que acababa de vaciar en mi cara. En la otra empuñaba el cacharro que yo había quitado al teniente Watkins.

—Eres un tipejo bastante difícil, muchacho —comentó Carlson, placenteramente—. Mira, ahora hablaremos un poco. ¿O prefieres tal vez que te liquidemos de un tiro? Willy es un excelente tirador. Es capaz de colocarte una bala en cada rodilla y en cada hombro sin herirle de gravedad; solamente lo necesario para causarte un dolor infernal.

Observé entretanto que Willy se relamía, y acariciaba el gatillo del revólver. No ignoraba yo que Carlson hablaba en serio y quería enrolarme en su negocio. No me quedaba, pues, otro remedio que fingir obediencia si quería salir con vida de aquel lugar. Y lo único que me salvaba era la declaración firmada por el juez Benson y que había sido mandada por correo a Reagan. Ciertamente no me proponía dejar caer el documento en manos de Carlson y sus esbirros; esto habría significado una muerte indudable para Julie Benson. Sin embargo, pensé que podía utilizar la confesión como un medio de ganar tiempo. Sin nada que poder ofrecer estaba allí impotente, desarmado, en territorio enemigo y rodeado de verdugos.

—Oye, Carlson —le dije—: he decidido jugar tu carta.

—Ahora veo que empiezas a mostrarte inteligente.

—No es cuestión de inteligencia —continué—. Te dije la verdad al declarar que no sabía dónde estaba Johnny Vulcan. Ojalá lo supiese. También es verdad que él me envió los papeles encontrados en la caja de Benson. Pero los hombres de Frascati me los arrebataron después de matar a Francine Lester. Sin embargo, yo sé lo que eran aquellos papeles; bastan para alejar de la escena política a Benson para toda su vida. Además tengo una confesión firmada por Benson en la que declara que se dejó sobornar por Frascati con unos cuantos miles, y que Watkins es un policía nombrado por el italiano.

—Déjeme usted que le tumbe de una vez —terció Tiny, con cara sombría—. No dirá sino mentiras.

Carlson me miró fijamente en los ojos.

—¿Hablas con sinceridad, Drayton? —me preguntó.

—Seguro —repuse, correspondiendo a su mirada con la misma firmeza.

—Te creo. Dime ahora dónde está esa confesión. Entrégamela enseguida.

—Eso no es tan fácil —objeté—. La tengo en mi oficina, a buen recaudo.

—¿Quieres que me trague tal embuste?

—Te lo puedo demostrar —repliqué—. Déjame telefonear a mi despacho desde aquí. Si tienes un aparato supletorio, puedes escuchar mi conversación. Le encargaré a Reagan, mi jefe, que recoja esa confesión para nosotros.

Carlson parecía estar dudando, pero asintió al fin, refunfuñando:

—Bueno; yo escucharé en el teléfono de mi dormitorio. Vigílale bien, Willy.

Mientras Carlson se dirigía a la puerta del dormitorio, yo fui al teléfono, en tanto que Willy no dejaba ni un segundo de apuntarme. Marqué el número de mi oficina, y pregunté por Reagan.

—Sección de noticias —contestó la voz áspera que me era tan familiar.

—Hola, Reagan. Aquí Drayton —dije—. Oye, no te alarmes; no he matado a nadie.

—¿Dónde diablos estás metido, Ricky? ¿Qué nueva locura estás preparando? El diario está recibiendo una serie de palizas

mayúsculas por culpa de este lío. ¿Dónde está Vulcan? ¿Qué…?

Le interrumpí sin contemplaciones.

—Ahorra el aliento, amigo —le espeté—. A no tardar pondré todas las cosas en claro, y con ello recibirás el triunfo mayor del siglo. Dime ahora: ¿recibiste el sobre que te mandé?

—Claro que sí; llegó en el último correo. ¿Qué hay? ¿No lo puedo abrir todavía?

—De ningún modo. Fíjate en lo que te digo. En estos momentos me encuentro entre unos buenos amigos. Con ellos iremos a recoger ese sobre. Tú nos lo entregarás, y, por Dios, no hagas preguntas. Obedece todo lo que yo diga. ¿Querrás, Reagan? Tú me conoces desde hace bastante tiempo para poder creer que no he matado a esa dama. Ten confianza en mí y verás cómo la recompensa será buena al fin.

—Soy un primo al decírtelo, Ricky, pero sospecho que tendrás que salir de este jaleo por tu propia cuenta.

—De acuerdo, Reagan. Dentro de media hora estaremos en el bar de Joe. Espérenos allí con el sobre. Y no lo olvides: nada de preguntas.

Colgué el aparato, y al instante volvió a entrar Carlson en la habitación.

—Me parece bien eso —aprobó—. Vámonos.

Veintisiete minutos más tarde el coche de Carlson, conducido por Willy, paraba ante el bar de Joe, cerca del periódico. Carlson y Tiny entraron en el establecimiento, llevándome a mí en medio como un sandwich. Joe me echó una mirada de sorpresa en cuanto se fijó en mi cara, pero yo le hice una señal para que se callara. Los tres nos sentamos a una pequeña mesa situada en el fondo del bar. Joe vino y le encargamos sendos vasos de *rye*. Nos pusimos a beber mientras esperábamos a Reagan. A la hora exacta se presentó Reagan y se dirigió derechamente a nuestra mesa, sentándose al punto frente a nosotros.

—Ricky… —empezó.

—Nada de preguntas, Reagan —le recordé, alargando la mano para recoger el sobre.

De mala gana metió su mano en el bolsillo, y me entregó el documento. Mientras mis dedos se cerraban al cogerlo vi que mi jefe echaba una rápida mirada hacia la puerta. Seguí sus ojos.

Enmarcados en el umbral estaban dos policías, empuñando sus armas.

—¡Canalla! ¡Perro traidor! —increpé entre dientes a Reagan.

—Es por tu propio bien, Ricky —contestó él—. Huyendo no puedes demostrar nada.

Carlson y Tiny habían visto también a los policías. Ambos llevaron la mano a su revólver, mientras los dos hombres uniformados empezaron a avanzar hacia nosotros. Joe nos estaba mirando con ojos de gran preocupación e intriga. Como toda la ciudad, él sabía que yo estaba reclamado por la justicia. A una rápida señal mía, llevó la mano a un interruptor que tenía a su espalda. La sala quedó a oscuras. En el mismo instante yo cogí la mesita y la eché, con su carga de vasos y botellas, sobre el pecho de Reagan. A continuación me recliné en mi silla, y cogiendo a Carlson y a Tiny por el cogote, les hice chocar la cabeza entre sí encima de mi pecho. Cuando sonó el fuerte chasquido de sus cabezas, me dejé caer al suelo y cogí las patas traseras de las sillas de los dos, logrando derribarlos sobre el montón formado por la mesa y Reagan, que estaba pataleando debajo de ella. Palpé el precioso sobre en mi bolsillo, al tiempo que divisaba en la penumbra las siluetas de los dos policías. Se oyó un fuerte golpe, y ambos cayeron al suelo uno tras otro. Detrás de ellos pude ver la figura de Joe, que blandía una botella. Me agaché rápidamente, y cogí el revólver de uno de los guardias abatidos.

—Gracias, Joe —le dije—. Te recompensaré algún día, no lo dudes.

—No vale la pena, Ricky. Ya sabes que siempre estoy dispuesto para ayudar a un parroquiano. ¡Que té acompañe la suerte, amigo!

Eché a correr hacia la puerta; antes de llegar vi una alta figura en el umbral. Por la forma puntiaguda de la gorra comprendí que era el chófer del coche de la policía, que entraba para ver qué era tanto jaleo. Le di un trastazo en la cabeza con una silla, y salí. Lo primero que vi en la calle fué la luz piloto de un auto que marchaba a toda máquina. Por lo visto, Willy había sufrido un ataque de frío en los pies, y quería curárselo. El coche de la policía estaba aparcado frente a la puerta del bar. Volví hacia el chófer desvanecido, y rebusqué rápidamente en sus bolsillos, hasta que di con la llave de contacto.

Una sirena, a lo lejos, me anunció que venían más policías. No me entretuve un instante; subí, cogí el volante y arranqué siguiendo la misma dirección de Willy. Ante mí se extendía un largo y ancho *boulevard* flanqueado de altos edificios donde campeaban abundantes rótulos fluorescentes. El exceso de luz no ofrecía refugio alguno para un hombre perseguido. Llevaba poco trecho recorrido con el coche de la policía, cuando divisé otro «patrulla» en el espejo retrovisor. Observé que se paraba delante del bar de Joe, y que descargaba un puñado de guardias. Unos instantes después se lanzaba detrás de mí haciendo sonar la sirena como alma que lleva el diablo. Mi pie se apretaba tanto contra el acelerador, que tocaba en las tablas. Había cesado de llover, pero la calle estaba tan resbaladiza que cuando me acerqué al final de la avenida, apreté los dientes: me habían propuesto efectuar el viraje cerrado a la derecha, rozando el bordillo de la acera, y me preguntaba si lograría dominar aquel coche. Mis temores se vieron pronto desvanecidos: la dirección del automóvil y las ruedas traseras sincronizaron su acción de un modo tan suave, que pude hacer el viraje sin disminuir en lo más mínimo la velocidad. Me lancé entonces hacia una zona de calles angostas que formaba el barrio comercial de la ciudad, y que en aquella hora aparecía desierto. Pensé que era el lugar ideal para jugar al escondite con una serie de sabuesos uniformados. Di el contacto a la radio, y oí la voz nasal del algún policía que desde la Jefatura recitaba monótonamente:

—«Llamada a todos los coches, a todos los coches: Detengan a Ricky Drayton, reclamado por asesinato, que ha robado un coche de la policía matrícula "JFY 7973b", entre las calles Novena y Décimotercera. Al parecer marcha en dirección Oeste. Drayton va armado, y es un sujeto peligroso».

A continuación seguía una serie de detalles de mi persona, lo que, de paso sea dicho, no me pareció, muy halagador. Los policías no necesitaban mis señas personales. Era una gran desventaja para mí el hecho de que, por ser un reportero de crímenes, me conociese de nombre y personalmente hasta el último gato de la última comisaría de la ciudad. Muchos de ellos eran camaradas míos, aunque pensaba que la amistad de nada me serviría en aquellos momentos. Un policía es un policía en primer lugar y ante todo.

A pesar de los numerosos virajes y mantener en todo lo posible

la velocidad, pude observar que la distancia entre mis perseguidores se iba acortando. Seguramente que el otro coche de patrulla llevaba un chófer que sabía cómo ir pegado al individuo que tenía delante. De vez en cuando, por encima del rugido de mi tubo de escape, oía el tableteo de una pistola ametralladora y los chasquidos metálicos de alguna bala que hacía blanco en la carrocería. Antes de mucho rato, pensaba, una de ellas se alojaría en mis neumáticos o en mi cabeza.

Continuaba conduciendo temerariamente y sin demasiado sentido de la dirección, cuando vi extenderse delante de mí la ancha cinta de luz y movimiento que era la calle principal de la ciudad; una calle repleta de teatros, cines, clubs de noche y cafés, en la que durante toda la noche hormigueaba la gente: borrachos, gente distinguida, noctámbulos, policías y transeúntes en general. Los tranvías y autobuses se deslizaban pesadamente por ella bajo los parpadeantes rótulos de neón, y los automóviles y los *taxis* abundaban allí lo mismo a medianoche que a mediodía. Al otro lado de aquella arteria estaba el misterioso corazón de la ciudad, sólo a una pedrada de aquellas luces brillantes se encontraban los misteriosos barrios bajos, con su mescolanza de razas y de colores que constituía un mundo aparte: el mundo del vicio, de la intriga y del crimen.

Por el retrovisor vi entonces que el coche policía había logrado situarse a una distancia poco tranquilizadora. Apreté el botón de la sirena del mío, y saqué mayor velocidad al poderoso motor. Como una bala silbante atravesé aquella concurridísima calle. Los tranvías frenaron ruidosamente, los peatones se esparcieron a toda prisa, y un policía de tráfico tuvo que ponerse a salvo de un buen brinco. Las luces centellearen en mis ojos deslumbrados y, de pronto, la semioscuridad del otro lado de la calle me envolvió por completo. Dejé de tocar la sirena cuando mi coche rodaba por las sucias calles del inframundo.

El auto perseguidor tuvo que cruzar con más cautela la calle principal, con lo que me dió unas cuantas yardas más de ventaja. En la primera curva de una estrecha calle frené bruscamente, y salté al suelo, lanzándome por una angosta callejuela lateral que no era más que una grieta entre dos hileras de altos edificios. Los policías que quisieran seguirme tendrían que apearse igual, forzosamente.

Cuando llegaba a la otra esquina, vi que dos guardias iban tras de mí. Las callejuelas aquellas estaban pobladas de pequeños y misteriosos bares, tiendas que vendían productos chinos, franceses, italianos y alemanes: sucios cafés y decrépitos caserones que tenían la cara de viejas mujeres diabólicas. Por las aceras iba y venía también mucha gente. A paso ligero avancé entre la parte más densa de la calle.

De pronto, media docena de policías aparecieron por el otro extremo de la calle, frente a mí. Me volví, y observé que otros tantos eran los que venían por detrás. Al mismo tiempo salieron dos más, jadeantes, y se plantaron en la acera. Dejando una pareja en cada extremo, los policías empezaron a avanzar hacia el centro, escudriñando cada cara de los viandantes y husmeando tiendas, bares y cafés. Por lo visto me había metido en una trampa; una verdadera trampa con cebo de miel. Estaba al lado de una pastelería, cerrada ya a aquellas horas de la noche. La oscuridad de los escaparates ofrecía cierta protección. Me arrimé al umbral. Pero pronto comprendí que los policías me descubrirían allí; era cuestión de minutos. Un nuevo vistazo a la situación me indicó que los refuerzos de mis perseguidores eran considerables, y que la calle estaba más taponada que una botella de champaña.

En el mismo instante sonó una voz a mi lado, una voz femenina que decía:

—¿Una cerilla, por favor, caballero?

Me volví y descubrí una muchacha delgada, con un rostro de tipo italiano enmarcado en una larga y negra caballera. Los pómulos le sobresalían demasiado en la piel para reflejar salud, y tenían en su centro un rubor que más bien parecía producido por la tuberculosis que por el aire fresco y la comida sana. Vestía una fina blusa blanca y unas faldas negras, cortas; sus delgados hombros y su pecho se delineaban perfectamente bajo la vaporosa tela, y ofrecían un patético contraste con los relucientes zapatos de tacón alto que realzaban artificialmente su figura sustentada por unos pies diminutos. Llevaba un cigarrillo sin encender en sus labios pintarrajeados, y en sus ojos pardos, grandes, había una mezcla de esperanza y de súplica, como si quisiera obtener una respuesta temida al mismo tiempo. De pronto, cuando me hubo mirado fijamente, la expresión de su rostro cambió bruscamente. Dejó caer

el cigarrillo y musitó, faltándole el aliento:

—¡Tú eres Drayton! ¡El hombre reclamado por haber matado a aquella joven!

Metí mano al revólver en mi bolsillo, y la agarré con la otra por sus delgados hombros, mientras hincaba el cañón del arma en sus costillas.

—Así es —le dije al oído—. Yo soy Drayton. Y esta calle hormiguea de policías. Por un momento vamos a ser una pareja de enamorados, niña. Bésame. Pásame los brazos alrededor de mi cuello, y escóndeme la cara. Tal vez así me dejarán tranquilo. Es la única oportunidad que se me ofrece en estos momentos.

—Yo sé de otra oportunidad mejor —repuso la dama—. Puedes guardarte este revólver. Sé al dedillo toda tu historia.

Me miró a la cara, y entonces vi que el terror había huido de sus ojos, en los que brillaba ahora una luz tierna. Guiado por mi instinto, que sabe conocer las personas, me dejé llevar. La dama asomó la cabeza por el portal en donde me había refugiado, y echó una mirada arriba y abajo de la calle.

—Tenemos el tiempo justo —advirtió.

Y cogiéndome del brazo me arrastró más que acompañó, hacia una de las casas decrépitas del otro lado de la calle. Empujó una puerta, que se abrió con un chirrido, dejando salir el olor de humedad e impureza que se acumula en las casas viejas. El pasillo estaba oscuro, pero cogida de mi mano, la joven me llevó certeramente a la escalera.

Subimos tres tramos, siempre envueltos en aquella húmeda y maloliente oscuridad, y avanzamos luego por un largo corredor, también oscuro. Detrás de las puertas cerradas resonaban de vez en cuando gritos ahogados de alegría o de dolor. Alguien tosía con dolorosa y enloquecedora persistencia; más tarde oí las voces de un hombre y una mujer en plena disputa, que tuvo brusco fin tras el ruido de un golpe seguido por unos sollozos difícilmente contenidos. La muchacha abrió otra puerta, me empujó y cerró tras sí. Un momento después encendió una cerilla. A su vacilante llama y sobre el fondo de las densas sombras que producía pude ver más destacada aún la frágil delgadez de su rostro, las sombras profundas que se dibujaban alrededor de sus ojos y debajo de sus pómulos, y las finas rayas de su pálida frente.

—Creía que no tenías ninguna cerilla —le dije.

—No hagas caso —repuso ella.

Cruzó entonces la habitación, y encendió una lámpara de gas que se proyectaba en la otra pared. A la débil luz anaranjada de la lámpara pude apreciar con mayor detalle el astroso aspecto de la vivienda. Unas grandes manchas de humedad se extendían por las paredes y el techo; el piso estaba hecho de tablas mal unidas, sobre las que descansaban únicamente tres muebles: una cama de hierro sobre la que se veía arrugada ropa de abrigo, una desvencijada silla con el respaldo lleno de prendas de vestir, y un pequeño ropero pintado de verde descolorido, encima del cual se veía una jofaina de porcelana desconchada. Unas ventanas sin cortinas miraban a la obscura noche del exterior. La joven cogió una raída y agujerada manta de la cama, y la colgó de unos clavos en el marco de la ventana. Luego se volvió y me miró.

—Aquí estarás seguro por un rato al menos —me dijo.

—¿Quién eres? ¿Por qué me ayudas? —le pregunté.

—Si te digo mi nombre, quizá comprenderás —contestó—. Soy María Valencia, hermana de Johnny Vulcan.

CAPÍTULO VI

—Nuestros padres murieron, los dos, en un incendio cuando Johnny tenía trece años y yo seis —me explicó María—. Mamá murió cuando una viga encendida le cayó encima; papá me sacó fuera de la casa, y regresó luego a buscar a Johnny. Cuando le tuvo en sus manos se había hundido ya la escalera, de manera que tuvo que sacar a Johnny por una ventana y echarlo a la manta de los bomberos antes que él cayese asfixiado por el humo que le había llenado los pulmones. No encontraron su cuerpo, ni rastro siquiera. Esto ocurrió en Chicago, hace catorce años. Nos quisieron poner a Johnny y a mí en una casa, pero nos escapamos. Johnny era un buen muchacho, y cuidaba de mí. Compartíamos una habitación en el piso de un viejo que vendía periódicos. Johnny le ayudaba, y estaba fuera de casa continuamente en toda clase de tiempo; había que vivir, y él se despabilaba. La mayor parte de la comida que traía a casa para cocinar era de los cubos de basura o robado de los vendedores ambulantes. Puede suponer que los dos crecimos bastante deprisa; uno deja pronto de ser una criatura en tales circunstancias. Pero Johnny era inteligente. Poco a poco se hizo con un empleo de aprendiz en la oficina de un diario. Pronto se distinguió por llevar al periódico noticias que le encargaban recoger, tales como un accidente en las calles o un asalto a una tienda. De ello hacía una noticia que la publicaban en un rincón del papel. Muy pronto, alguien le dijo: «Johnny, eres un chico sagaz. Prueba de hacerte reportero». Le dieron oportunidad para hacerlo, y se convirtió en uno de los mejores periodistas de *Chi*. Pero le pagaban muy poco, y como siempre se esforzaba por traerme cosas bonitas, porque, según decía, yo no había tenido tiempo de ser una criatura, y era lógico que jugase un poco antes de ser mujer,

gastaba mucho dinero. Johnny me quiere mucho; me compra muchísimas cosas, y me lleva al baile y a divertirnos de vez en cuando. Luego, el periódico le encargó algo relacionado con un crimen sensacional que hubo entonces. Johnny siguió la pista de los criminales, y se enfrentó con Frascati. Frascati fué muy amable con Johnny, y le dijo que hacía el primo al trabajar para el diario por una miseria, y que tenía que trabajar para él. Johnny fué débil, y pensando que debía ganar dinero para mí, dejó el periódico y se fue con Frascati. Como es un chico que tiene tan buenas manos como buena cabeza, pronto aprendió a abrir arcas de caudales. Hizo muchos trabajos para Frascati, hasta que al fin cayó. Le mandaron a la cárcel, pero antes de entrar ayudó a los policías a cazar a algunos de la banda, aun cuando no pudieron comprometer a Frascati, que es demasiado listo. Pero entonces Frascati se enfadó contra Johnny porque había denunciado a los otros de la banda. ¡Imagínate que quiso vengarse en mi persona! Por eso tuve que escapar, de Chicago y venir hacia aquí. Busqué trabajo, pero no he podido encontrar nada. Se me terminó el dinero, aunque siempre escribía a Johnny diciéndole que me encontraba magníficamente bien. Al fin me convertí… en lo que soy. Me odiaba a mí misma, pero continuaba diciéndome: «Has de vivir, María. Cuando Johnny salga en libertad, las cosas cambiarán por completo». Al fin, Johnny salió. Vino aquí para estar a mi lado. Seguramente esperaba encontrarme feliz trabajando en un empleo digno. En lugar de esto me encuentra… así. Me dijo que él encontraría trabajo, y me ayudaría a llevar una vida decente otra vez. Cambió de nombre, y se colocó en vuestro periódico. A las dos semanas volvió aquí y me trajo dinero. Después dejó de venir. Descubrí el porqué: se había liado con una muchacha. Les vi juntos alguna vez: Johnny ha estado mucho tiempo en la cárcel; necesita una chica. Pero pronto volverá a acordarse de su hermanita. Sin embargo, no fué así. Supongo que la cárcel acaba con la decencia que tienen los muchachos excelentes como Johnny. Se olvidó por completo de María. El dinero se me terminó del todo. Después oí decir que Johnny había vuelto a caer. Me enteré de lo del juez Benson, su caja fuerte y su criado.

Cuando María hubo terminado su largo relato, no se me ocurrió otra cosa que preguntarle:

—¿Y por qué me has ayudado?

Ella se encogió de hombros.

—Johnny es malo —contestó al fin—. Debe de ser una mala persona. Pero es mi hermano. Le quiero. Y estoy pensando que se encontrará también en estos momentos huyendo de la Justicia, escondiéndose en los portales oscuros… igual que tú. Me entristece pensar en él. Le ayudaría si supiera dónde se encuentra, pero no lo sé. Por eso, al descubrirte a ti, he pensado que, ayudándote a ti, tal vez ayudaba a Johnny. Dicen que tú has matado una mujer. Yo no sé si es verdad; si lo es, pienso que tal vez me matarás a mí. Aunque, al fin y al cabo, esto me importaría poco. Antes de venir a Nueva Orleans, me hacía vivir la esperanza del día en que pudiera ver libre a Johnny. Ahora no tengo ningún aliciente para vivir; mi vida ya no tiene ningún objetivo; por eso me es indiferente morir.

—Escúchame, María —le dije—. Yo no maté a aquella mujer. Y Johnny tampoco mató aquel criado. Lo que él hacía en casa del juez formaba parte de un trabajo digno. Intentaba poner a Frascati donde debe estar. Se olvidó de ti mientras iba con esa dama, Francine. Pero Johnny es como debe ser. En cuanto se haya aclarado ese embrollo, lo volverás a tener aquí para cuidar otra vez de ti.

—¿De veras lo crees así?

Las lágrimas brotaron de sus negros ojos. En su patético rostro brillaba la esperanza.

—Tengo la completa seguridad de ello —afirmé con mayor confianza de la que realmente sentía.

La muchacha corrió hacia mí, y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Su frágil cuerpecito se agitaba con los sollozos.

—¡Pero le matarán! —exclamó—. ¡Le matarán antes que pueda probar que es inocente!

Rodeé su cuerpo con mis brazos y la acaricié tiernamente, tratando de acallar sus sollozos.

En aquel preciso instante la luz de gas fluctuó un poco, y se apagó.

—No me queda ni un céntimo —fué la simple explicación de María.

Busqué alguna moneda en los bolsillos, pero María me puso una mano sobre el brazo, diciéndome:

—Déjalo. Es mejor así a obscuras. Al menos, no se ve la suciedad

y la miseria.

Aparté la improvisada cortina y miré por la ventana.

—Johnny no puede estar lejos de aquí —opiné—. Ésta es la zona apropiada para esconderse.

—¿Por qué se esconde? —preguntó María—. Si es inocente como tú dices, ¿por qué no se presenta a la policía?

—Aquí está lo curioso del caso —expliqué—. Se esconde porque creé que así protege a Francine. Fue ella la que mató al criado y se llevó la pasta. Dondequiera que esté, supongo que no habrá leído la Prensa ni oído la radio. No debe de saber que Francine ha muerto y que, por tanto, no tiene por qué seguir escondiéndose.

—Si al menos pudiésemos avisarle… —susurró María—. Si pudiéramos hacérselo saber antes que los policías le encuentren y acaso le maten…

Dejé caer otra vez la manta sobre la ventana.

—Todos los policías de la ciudad que no van detrás de mí, le están buscando a él —dije—. Y si no pueden encontrarle ellos, ¿cómo quieres que le encontremos nosotros?

Me estuve preguntando entonces qué les habría ocurrido a Brad Carlson y a Tiny. Los policías no tenían nada de qué acusarles, aunque después de haberles sorprendido conmigo se los habrían llevado indudablemente para interrogarles. ¿Hasta qué punto habrían declarado, en tal caso? Brad sabía que Francine había matado al criado de Benson. Si había pasado esa información a la policía, tal vez ésta cesaría, en la persecución de Johnny; acaso anunciarían que dejaba de estar reclamado por asesinato y tratarían de persuadirle para que se presentase a las buenas. Todo dependía de lo que Carlson podía haber dicho. Ahora no me quedaba otro remedio que aguardar hasta la mañana, a fin de leer la Prensa. Le expliqué mi plan a María, y la muchacha se mostró de acuerdo.

—Acuéstate —me dijo—. Debes de estar muy cansado.

Me dejé caer en la dura cama. Me daba cuenta entonces, por primera vez, de que me dolían todos los huesos. Daba gusto descansar. Luego, mis pensamientos se centraron en María.

Al poco rato, el silencio de la noche fué roto por unas fuertes pisadas en la escalera, y las vivas protestas de hombres y mujeres, al mismo tiempo que se abrían algunas puertas a lo largo del corredor. María se deslizó hasta la puerta y la abrió lo suficiente

para asomarse. La volvió a cerrar con cautela y corrió hacia mí, diciendo:

—Son los policías. ¡Están registrando toda la casa! ¡Deprisa… a la ventana!

Cogí los zapatos y me los puse rápidamente. Aparté la manta de la ventana y miré cautelosamente al exterior. En la callejuela, divisé un policía que paseaba. Al otro lado de la angosta calle había una casa cuyo alero estaba al nivel de la ventana. La distancia que me separaba de ella era de unos seis pies. Decidí saltar hacia el tejado de enfrente. Subí al alféizar, y esperé a que el policía estuviese fuera de la vista. Volví la mirada hacia la habitación. María estaba de rodillas en la cama.

—¡Ten cuidado! —recomendó en voz baja—. ¡Y vuelve otro día!

El policía dobló la esquina de la callejuela en el mismo instante que unos puños llamaban a la puerta de la habitación de María.

—Aguarden un minuto —dijo ella—. No estoy vestida.

—Para nosotros es igual —gritó una voz de bruto—. ¡Abra enseguida!

No aguardé más. Me lancé al espacio. Por un segundo quedé colgado del canalón que corría a lo largo del alero fronterizo. Luego haciendo un doloroso esfuerzo, pude lentamente curvar los brazos hasta poner el pecho a nivel del borde del tejado ligeramente inclinado; a continuación pude subir un pie y después otro. Tenía ya el cuerpo entero sobre el borde del tejado cuando noté que el canalón cedía, separándose de la pared.

Mientras mis dedos se deslizaban impotentes sobre el mohoso tejado y mi cuerpo colgaba de nuevo, por unos instantes volví la cabeza y vi como la manta de la ventana de María se apartaba bruscamente y la lámpara eléctrica de un policía rasgaba la obscuridad. Debía de haber visto fugazmente mi rostro horrorizado en el instante de caer, puesto que sonó su revólver y la bala silbó encima mismo de mi cabeza.

—¡Vigilad el tejado de al lado! ¡Preparad los focos! —gritó el policía asomado a la callejuela.

La casualidad puso un balcón debajo de mis pies cuando ya creía aterrizar en la calle con la consiguiente rotura de huesos. Sin pérdida de un solo instante, exploré la situación. El edificio hacía esquina sobre un tejado más bajo. Por el tubo de desagüe lado de

otra, pero se elevaban a diferente nivel. El tejado donde me encontraba ahora estaba a unos ocho pies más alto que el siguiente. Bajé a éste y corrí hacia el contiguo, que era más alto. Trepé de nuevo pero me di cuenta que estaba otra vez a la vista de la ventana de María y, por tanto, del policía. Mientras subía por la pared, noté cómo las balas se clavaban cerca de mis piernas.

Había llegado hasta el final de la manzana de casas. La próxima daba a otra callejuela de unos dieciocho pies de anchura. Los guardias, tenían acordonada por completo la manzana. Los focos de los autos rebuscaban la obscuridad a mi alrededor. Un coche de bomberos entró en la calle, e inmediatamente los policías lo rodearon, mientras los bomberos montaban la escalera. Escudriñé le casa de enfrente. Delante de mí había una obscura ventana situada a unos diez pies por debajo de mí. La ventana estaba cerrada, pero era la única posibilidad que se me ofrecía. Retrocedí un poco para cobrar impulso hasta el borde del tejado y salté curvando las piernas como un atleta en una competición de saltos largos. Por un instante creí que no llegaría a mi objetivo. La ventana parecía alejarse de mí, debido a que yo iba perdiendo altura. Me parecía estar oyendo ya el ruido anticipado del chasquido de huesos en el empedrado de la calle. No obstante, cuando ya parecía que estaba por completo en manos de la ley… de la gravedad, el último gramo de impulso de mi salto me llevó sobre el alféizar de la ventana a la que había apuntado. Los vidrios se rompieron y me encontré aterrizando en el piso de la habitación. Me levanté con manos y cara ensangrentadas a causa del violento choque con los cristales. La habitación estaba obscura, aunque no por completo. Una pequeña lámpara de gas en un rincón, derramaba una luz pálida que me permitió ver un revólver que me apuntaba. Miré al rostro de encima del arma y quedé boquiabierto: era el de Johnny Vulcan.

—¡Ricky! —exclamó—. ¡Nunca habría esperado que vinieses por mí!

—Bueno, Johnny —le espeté—. De momento aparta ese cacharro. No vengo por ti; también yo soy un fugitivo.

Mi amigo bajó lentamente el arma.

—¿Dices la verdad? —preguntó.

—Seguro.

Johnny ayudó a levantarme y me restregó la cara con un

pañuelo. Entre tanto, tuve ocasión de examinar la suya. Parecía hambriento, demacrado, obsesionado por la persecución. Fué entonces cuando pude ver el notable parecido que tenía con María.

Me volví hacia la ventana y comenté:

—Me temo que, por el modo en que he entrado aquí, habré atraído la atención de la calle.

Por suerte, con el jaleo de los focos, los bomberos y los coches de la policía, mi salto pasó inadvertido. Me volví hacia Johnny, y le dije:

—De momento estamos perfectamente. Deben de seguir creyendo que estoy todavía en la otra manzana. ¿Quién más vive en esta casa, Johnny?

—Nadie; está vacía… y en venta. Vine directamente aquí desde casa del juez Benson. No he salido todavía.

—Oye, Johnny —le advertí—. Yo sé los motivos que te inducen a cargar con el muerto… Es porque Francine Lester fué la que tumbó al criado. ¿No es verdad?

Como Johnny no contestara, yo proseguí:

—Te reservo una gran sorpresa, Johnny; aguántate. Frankie estaba liada con la pandilla de Brad Carlson. Si se relacionaba contigo, era solamente por lo que pudiera sacarte sobre Benson y Frascati, a fin de que éstos fuesen arrojados de la ciudad y Carlson se apoderase de ella. Fué ella misma la que me lo confesó, Johnny —mentí—, y Carlson me contó el resto. Y ahora la sorpresa mayor: Frankie está muerta. Los esbirros de Frascati la asesinaron. Lo hicieron en mi piso, de modo que me cargaron a mí el asesinato. De todos modos, lo cierto es que ha muerto, así que no hay motivos para que sigas ocultándote.

—¿Muerta? —La cara de Johnny se convirtió en una máscara blanca—. ¿Frankie, muerta?

—Tómatelo con calma, Johnny —exhorté—. Ya vencerás la crisis. Entre tanto, no creo que haya necesidad alguna de que estés recluido aquí, expuesto a que los policías te agujereen el cuerpo. Sé juicioso, hermano y preséntate cuanto antes.

Johnny parecía un individuo hablando en pleno sueño.

—Sí —murmuró—; no tengo por qué seguir ocultándome, supongo. Será mejor presentarme.

Me fijé en el revólver que tenía en la mano: un pesado «Luger».

—Ésta es mi artillería —dijo. Y metiéndose la mano en el bolsillo sacó una pistola pequeña con culata perlada—. Ésta era la de Frankie: la que utilizó para matar al criado de Benson. Frankie se llevó el dinero del arca; si éste se pudiese encontrar, yo quedaría descartado por completo.

—Yo creo que el dinero estará en manos de Carlson a estas horas —repuse—. De todos modos, sigo creyendo que tienes mejores posibilidades presentándote ante un tribunal que continuando aquí. Ahora debes hacer que los policías se echen encima de Carlson para encontrar la pasta, Carlson está apoyando a Wesley Brannigan en las elecciones. Hay un falso policía llamado teniente Watkins, que está en la nómina de Frascati. Fué ese teniente de marras el que me colgó la muerte de Frankie. Esta fué realmente asesinada por «Knuckles» Marks, uno de los esbirros de Frascati. Si podemos desenmascarar a Watkins, entonces yo quedaré libre; mi testimonio en contra de Marks será efectivo, pero de momento no puedo utilizar este recurso, a causa de la hija de Benson.

—¿Y qué tiene que ver Julie Benson con todo esto? —preguntó Johnny, intrigado.

—Benson empezó a tener remordimientos de conciencia al percatarse de que Frascati se adueñaría de la ciudad —expliqué—. Llegó incluso a presentar la renuncia a la reelección para alcalde. Frascati entonces le raptó la hija, para obligarlo a cambiar de opinión. Cualquier noticia que trascienda acerca de que Frascati ha sobornado a Benson y, principalmente, sobre el hecho de haber metido en la policía a granujas de la ralea de Watkins, tendrá fatales consecuencias para Julie Benson.

—Comprendo —dijo Johnny—. En primer lugar, hemos de rescatar a Julie; luego, lanzar a la publicidad el feo asunto Benson-Frascati.

—Exacto —resumí yo—. Pero esto es cosa que me pertenece a mí soló. Tú ahora te presentas cuanto antes a la policía. Mira, dale esto a
O'Rourke
—indiqué, entregándole el sobre cerrado con la confesión de Benson—, pero hazle prometer que no abrirá el sobre que contiene hasta que Julie o yo estemos en situación normal, o hasta que exista una verdadera necesidad de ello. Los hombres de Frascati se

llevaron el estado de cuentas que tú sacaste del arca del juez Benson, pero esta confesión le pone el dedo encima a Frascati exactamente igual. Y procura alejarte de Watkins, Johnny. Él sabe que tú estás enterado de todo lo relacionado con Benson y Frascati, y ese policía canalla no se detendrá ante nada para evitar que tú puedas hablar.

—Perfectamente, Ricky —respondió Johnny—. Supongo que lo mejor que puedo hacer es salir de esta casa con las manos a la cabeza. En cuanto me haya entregado, como es natural, creerán que he sido yo el que ha saltado desde la otra manzana. ¡Buena suerte, Ricky!

—Lo mismo para ti, Johnny. Y… ¡ah, Johnny!

—¿Qué?

—Esa hermanita tuya, María, es una magnífica criatura. No te olvides de ella, ¿querrás?

—¿Has visto a María?

—Seguro. Gracias a ella he podido escapar de la ratonera en que me encontraba hace poco. La muchacha está muy bien.

Miré entonces por la ventana. Las escaleras de los bomberos alcanzaban la altura de los tejados de la manzana de enfrente, y los policías empezaban a subir. Todo el edificio estaba bañado en la luz de los focos y la calle hervía de policías armados de rifles, pistolas ametralladoras y revólveres. La voz grave de O'Rourke resonaba en un altavoz de un coche.

—Escúchame, Drayton. Soy el capitán O'Rourke. Sé que estás arriba en ese tejado. Acércate al borde, con las manos en alto, y te respetaremos la vida. Puedes tener la seguridad de que serás juzgado debidamente. Si no te entregas antes de que haya contado hasta diez, mis hombres irán por ti. ¡Y tienen orden de disparar en cuanto te vean! —Y a continuación empezó a contar lentamente—: Uno… dos… tres…

—Éste es el momento —me advirtió Johnny en voz baja. Y asomándose a la ventana, gritó—: ¡O Rourke! —El policía dejó de contar, y en la calle se hizo un profundo silencio—. ¡O'Rourke, está usted perdiendo el tiempo! —continuó diciendo Johnny—.

Drayton está a muchas millas de aquí. Yo soy Johnny Valencia. ¡Quiero entregarme!

—¿Dónde estás, Valencia? —tronó la voz.

—En el edificio de la otra manzana.

—No nos hagas ninguna jugarreta. Sal por la puerta principal con las manos en la cabeza. Si no estás aquí dentro de tres minutos, utilizaremos gas lacrimógeno.

—¡Guarde usted sus provisiones! —gritó Johnny—. ¡Enseguida estoy ahí!

Al separarse de la ventana y venir hacia mí, un rayo de luz de los focos iluminó la habitación. Me agaché instintivamente.

—Hasta la vista, Ricky —despidióse—. Y gracias por haberme quitado el paquete de encima.

Cuando se hubo apartado el foco de la ventana, volví a echar una ojeada a la calle.

O'Rourke

estaba plantado ante la puerta enfocada por uno de los reflectores, rodeado de media docena de policías armados hasta los dientes. Vi entonces detrás de él la figura del teniente Watkins, con la pistola en la mano. Horrorizado al pensar en lo que ello significaba, corrí hacia la puerta de la escalera por donde había desaparecido Johnny.

—¡Johnny, atrás!

Pero era demasiado tarde. Oí cómo chirriaban los goznes de la puerta de la calle, y me imaginé a Johnny con las manos en alto y cegado por la luz del foco. De pronto oí la voz de Watkins que gritaba:

—¡Atención! ¡Va a echar mano al revólver!

Una descarga rápida y, luego, el silencio.

Volví a mirar por la ventana, y vi a Johnny tendido en el suelo, cara arriba, al pie de la puerta. Watkins y un par de policías más estaban a su lado, con sus revólveres humeantes.

O'Rourke

se encaró airado hacia ellos.

—¿Qué habéis hecho canallas, mentecatos? —les gritó con voz de trueno—. El muchacho venía pacíficamente.

—Lo siento, mi capitán —repuso Watkins, fríamente—. Me ha parecido ver que iba a empuñar el arma.

Una delgada figurilla con corta falda negra y una blusa blanca, se abrió paso entre la gente y corrió hasta caer de rodillas al lado del cuerpo de Johnny. Le hizo volverse un poco y le rodeó la cabeza entre sus brazos, besándole desesperada. A la cruda luz del foco de la policía, pude observar que el pecho de mi amigo estaba agujereado como una criba.

CAPÍTULO VII

Ahora, Johnny estaba muerto, y la confesión del juez Benson, en manos de la policía. No tenía pues que perder tiempo para encontrar a Julie Benson si quería salvarla. Pero me di cuenta también con una mueca irónica, que Watkins se había puesto en evidencia al matar a Johnny de aquel modo. La confesión del juez sería encontrada en su cuerpo, y en ella se acusaba al emboscado bandido.

Mi tarea inmediata era echar mano a Frascati antes que se enterase de lo ocurrido. Cuando el coche ambulancia de la policía entraba en la calle, me dirigí corriendo a un cuarto de la parte trasera de la casa, y me asomé por una ventana. Me deslicé por una tubería de desagüe, y llegué a un pequeño patio, a la misma orilla del canal. Los focos iluminaban toda la casa de la que acababa de salir. Al parecer, los policías iban a registrarla para asegurarse de que yo no estaba allí. La manzana seguía acordonada, y me acordé que los policías me habían visto entrar en ella. A pesar de la captura de Johnny Valencia, no se olvidarían fácilmente de que no me habían visto salir. Corrí orilla arriba, en dirección a la parte alta de la ciudad, hasta que llegué frente a una pared lisa; en su centro se abría una obscura cavidad por la cual el agua se deslizaba. Era un túnel. Por allí el canal entraba en una zona subterránea que cruzaba las calles de la ciudad hasta salir al río por el otro lado. Mientras estaba apretado contra la pared, oí voces en la calle, encima de mi cabeza:

—El capitán dice que hemos de seguir patrullando esta zona hasta que encontremos a Drayton —comentó uno.

—¡Por Dios —contestó el otro— que yo llevo ya nueve horas de servicio! ¡Maldita la hora en que se me ocurrió ingresar en la

policía!

Lo que faltaba para decidirme. Me deslicé silenciosamente dentro del canal. El túnel era ancho y alto. Había sido construido para las pequeñas barcazas que iban desde las plantaciones de algodón, en las cercanías del lago, hasta los muelles del río donde los vaporcitos recibían la carga para su viaje río arriba hasta Memphis y San Luis, o hacia abajo, atravesando el delta y el golfo hacia Tampico. Veracruz y Puerto México.

La suerte hizo que pudiera a intervalos reposar en una especie de amarraderos que utilizaban las barcas en la intersección de dos calles. En tales sitios había escaleras para el ascenso. Así pude alejarme lo suficiente hasta que consideré que podía ya salir sin miedo a la superficie. Cuando puse los pies en la calle, vi que el lugar estaba totalmente desierto. Amanecía. En cuanto me hube orientado, comprobé que estaba en una calle apacible, no lejos del barrio de mi propio domicilio. Me fijé en mi ropa chorreante, y me di cuenta de que el frío me penetraba hasta la medula.

Me imaginaba que aun cuando
O'Rourke
difícilmente sospecharía que yo regresase a mi domicilio, habría destacado allí algún número. Por eso me acerqué con mucha cautela por la fachada posterior y subí por la escalera de escape de incendios que conducía hasta la cocina. Miré por la claraboya y pude ver que la pieza estaba vacía. Entré. De puntillas fui hasta la puerta, y apliqué el oído. Mi esfuerzo se vió recompensado por el ruido de un prolongado ronquido alcohólico. Abrí la puerta con una sonrisa de satisfacción. En el sofá estaba tendido un policía con el capote desabrochado y las botas abandonadas en el suelo, a su lado. Por lo visto, el hombre no había podido resistir el tedio horrible de la vigilancia en mi apartamento. Una buena dosis de *rye* se había encargado del resto. Después de asegurarme de que dormía profundamente, le quité el revólver del bolsillo.

Luego me despojé de la chorreante ropa, y me dirigí a la ducha. El agua caliente me pareció entonces una bendición. Volví luego a mi salita para ver si mi huésped había dejado algo de *rye* en mi copero. Una botella tenía aún unas cuatro pulgadas del precioso líquido. Me puse entonces ropa limpia y eché mano de una funda sobaquera para evitar que el revólver hiciese bulto. Hice provisión

de municiones con las que el policía llevaba en el cinto, y cuando hube rellenado mi petaca con cigarrillos secos, me dispuse a salir.

Cuando llegué al fondo de la escalera de incendios, no me dirigí hacia las callejuelas apartadas, sino que marché a buen paso hacia la próxima parada de tranvía. En aquel momento llegaba uno. Monté de un salto en él. El soñoliento cobrador apenas se molestó en mirarme cuando tomé el billete. El tranvía se puso en marcha en dirección a la calle donde se encontraba el *Golden Slipper*.

También allí me dirigí hacia la puerta trasera, donde un ayudante de cocina se disponía a entrar una canasta con provisiones. Entré detrás de él.

Como Pedro por su casa subí hasta un pasillo ricamente alfombrado con una hilera de puertas a cada lado. Cuando estaba pensando por cuál de las puertas me iba a meter, oí ruido de pisadas al otro lado de un recodo del corredor. Empujé la puerta que tenía delante, y entré. Estaba, en el lavabo para caballeros. Por suerte, aquél era un magnífico lugar para esconderse. El tirador de la puerta giró. Alguien venía, pues, al mismo departamento. Me deslicé detrás de la puerta en el último instante. Delante de mí se levantaba la corpulenta figura de Brennerman, el pistolero de Frascati. Empuñé mi cacharro, y le vi cruzar en dirección a los lavabos. Al llegar ante uno de ellos y dar la vuelta al grifo, miró al espejo y me vió en el preciso momento en que me disponía a dirigirle la palabra. El giró sobre los talones y llevó la mano a la cadera, pero yo le tenía ya encañonado.

—Arriba esas manos —conminé.

Poco a poco, de mala gana, me obedeció.

—Ahora vuélvete —le ordené.

El obedeció igualmente. Me acerqué entonces, y le quité el arma del bolsillo trasero del pantalón.

—Ahora puedes bajar las patas —le dijo, cuando tuve colocado el cacharro en mi bolsillo. Sosteniendo la puerta del lavabo con una mano, añadí—: Llévame a donde tenéis a Julie Benson. Y no hagas burradas. No sentiría ni el menor remordimiento en agujerearte, Brennerman.

Me echó una mirada siniestra, amenazadora y pasó al corredor. Yo le seguí de cerca. Cuando hubo andado unos pasos se detuvo ante una puerta con panales dorados.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Está aquí —contestó él.

—Muy bien —dije—. Abre la puerta lentamente y de par en par, para que pueda ver el interior antes que tú entres. Y si esto es una trampa, ya puedes despedirte de la pared trasera de tu cabeza, hermano.

Apuntándole con los dos revólveres desde el fondo de los bolsillos, aguardé a que el pistolero abriese la puerta. Lo hizo tal como le había ordenado. Nos encontrábamos ante uno de los salones de juego de la casa. Bastantes parroquianos de aspecto distinguido estaban apiñados alrededor de la mesa de pata de caballo, sobre la cuál refulgían las fichas de la ruleta que centelleaba deslumbradoramente haciendo oír el tintineo de la bola de plata al pasar alrededor de las ranuras. Un tipo de fisonomía difícil, con un refinado bigote, estaba en el centro, empuñando su raqueta para recoger el dinero de los papanatas.

Reconocí unos cuantos elementos destacados de la sociedad de Nueva Orleans, y observé que ninguno de ellos iba acompañado de su señora. Todas las damas allí presentes parecían especializadas en la exhibición del escote. Al fondo del salón, en lo alto, se veía una amplia galería a la que, se subía por una escalinata. Todo el edificio aparecía decorado con ricos cortinajes de terciopelo rojo y una gran profusión de dorados. Por el modo como corría y tintineaba aquella pequeña bola de plata, y por la gran actividad que desplegaba el *croupier*, era de presumir que el propietario del establecimiento podía muy bien permitirse semejante lujo.

Brennerman cruzó en dirección a la escalinata. Yo le seguí llevándome el pañuelo a la cara como para sonarme, a fin de evitar que me viera la facha alguno de los parroquianos que pudiese haberse fijado en mi retrato publicado por la Prensa. Por suerte, todos ellos estaban demasiado absortos derrochando su dinero para poner ninguna atención en mí. Subimos por la escalinata y avanzamos a lo largo de la galería. De pronto, Brennerman se detuvo ante una puerta.

—La dama está aquí dentro —indicó.

Así, pues, pensé yo que estarían allí también los demás miembros de la banda. Sin duda me había metido en la boca del lobo, pero pensaba que la situación era bastante nivelada; después

de todo, yo empuñaba dos cacharros, y tenía la ventaja de la iniciativa.

Cuando estuve de espaldas a la gente de la sala de abajo, saqué el otro revólver. El peso equilibrado en las dos manos, me producía una sensación de bienestar. Le dije a Brennerman que abriese la puerta. Le hice entrar y cerré la puerta de un taconazo detrás de mí. Frente a ella y en el extremo opuesto de la sala, había una mesa en la cual Frascati y Marks jugaban a cartas. Inmediatamente las soltaron, al tiempo que levantaban sus rostros atónitos ante mi inesperada aparición. Marks hizo ademán de meter la mano en el bolsillo. Mis dos revólveres dispararon al unísono. Da gusto hacer fuego con un revólver en cada mano; las dos armas brincaron como seres vivientes, y en el mismo instante dos agujeros aparecieron, uno al lado del otro, en la frente de Marks. El matón se retorció, y cayó de espaldas sobre la mesa.

—Que nadie más intente mover la mano para armar jaleo —advertí—. Vamos a ver: ¿dónde está Julie Benson?

—¿Qué te interesa a ti de Julie Benson? —preguntó Frascati, con mal talante.

—Quiero llevarla al lado de su papá que mañana va a largarse de aquí, si bien antes te pondrá un gordo dedo encima, Frascati —le dije.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Exactamente lo que digo. Las cosas que Johnny Vulcan y yo encontramos sobre el juez Benson, le obligarán a abandonar. Y en cuanto su hija esté libre, él no vacilará en poner al descubierto las maniobras que tú has hecho para dominar a esta ciudad.

—Eso en cuanto Julie esté libre, ¿no?

—Eso es lo que he dicho. Ahora, pues, vamos a ver dónde está la dama, si no quieres que te haga lo mismo que a «Knuckles».

Frascati miró con disgusto el cadáver de su adlátere cuya cabeza reposaba en un charco de sangre encima de la mesa, y cuyos brazos le colgaban por ambos lados.

—Trae a la dama, Brennerman —ordenó Frascati.

Brennerman salió por una puerta interior. Un minuto más tarde, Julie Benson entraba con paso vacilante en la sala. Todavía llevaba el vestido de noche con que la sorprendieron, y también como las damas del salón de abajo, lucía un escote magnífico. Su larga

cabellera dorada caía despeinada por encima de sus ojos azules, y en sus brazos desnudos se veían magulladuras y arañazos de las manos brutales que la habían apresado.

—¡Acércate con las manos arriba! —ordene a Brennerman.

El pistolero obedeció, y se colocó detrás de la dama. De pronto bajó las manos y rodeó la cintura de Julie con un brazo utilizándola a ella como escudo, mientras llevaba la otra mano como un rayo hacia el bolsillo.

Como no podía disparar contra él por miedo de tocar a Julie, me encaré con Frascati y le dije a Brennerman:

—Suelta la dama, Brennerman, o agujereo a tu jefe.

Pero la hora de las palabras había pasado. El revólver del rufián sonó secamente y sentí un fuerte dolor en la espalda que me hizo dar media vuelta. Dejé caer un revólver mientras trataba de apuntar todavía con el otro para hacer fuego, pero el puño de Brennerman cayó como un mazazo en mi cabeza. Di de cara sobre la alfombra y la obscuridad más completa se cerró a mi alrededor.

Cuando recobré el conocimiento me encontré en la misma habitación, con las manos y los pies atados a una silla. La herida en el hombro me palpitaba dolorosamente y la cabeza me dolía a consecuencia del golpe brutal que el rufián me había propinado. El hombro, cuya herida no habían intentado vendar siquiera, para detener la sangre, me dolía mucho más a causa de la postura en que me habían atado.

Frascati estaba en el teléfono en aquellos momentos. Cuando me vió abrir los ojos, sonrió, durándome de un modo maligno.

—Quiero que presencies un bonito espectáculo, Drayton —me dijo—. Será interesante para ti ver cómo opero. Luego nos desembarazaremos de ti… quizá el río se encargará de tus restos. Ahora estoy satisfecho de que Spike no haya terminado contigo de una vez.

Julie estaba sentada en una silla frente a mí. Sus grandes ojos miraban aterrorizados. Intenté sonreírle.

—Siento que haya caído usted en manos de estos criminales —me dijo—. La culpa es mía, al haberme dejado engañar por ese canalla.

—Mala suerte, niña —repuse—. Pero no estamos muertos todavía.

—No te apures, que no tardarás en estarlo, amigo —terció Frascati mientras marcaba un número. A continuación habló por el microteléfono—. Hola. ¿Es la residencia de Benson? Póngame, por favor, con el señor juez. Sí, sí, ya sé que es una hora intempestiva para hablarle, pero dígale que soy Fulton Perceval. No dirá que no, seguro. Mientras aguardaba el «gangster» habló a Julie. —He pensado que le gustaría a usted hablar con su papá… Dígale que está muy bien y que se encuentra animada, desde luego…— retiró la mano del micro y dijo. —¿Benson? Aquí Frascati. Tengo aquí a tu hija, que desea hablarte.

Alargó el teléfono hasta colocarlo ante la boca de la joven. Julie exclamó con temblorosa voz:

—¡Papá! Soy Julie. Estoy muy bien, papaíto. Tú no dejes de hacer lo que creas conveniente. No temas por mí…

Frascati le separó el aparato de los labios, y volvió a hablar él:

—Como puedes observar, Benson, no le he causado ningún daño… todavía. Ahora dime: ¿qué hay de eso de que quieres retirarte de las elecciones, y pretendes ponerme a mí en descubierto? Esto no lo puedes hacer, Benson; ¿no lo sabes? Si se lleva a cabo alguna investigación sobre el modo en que has estado operando, te conviene olvidarte por completo de la parte que yo he jugado en ello. ¿Está claro? ¿Es que te has vuelto loco al querer hundirte y arrastrarme a mí contigo? Estás loco de remate… Pero yo tengo un remedio que te hará cambiar de opinión. No te retires del aparato y escucha.

Frascati dejó el teléfono encima de la mesa, encendió un cigarrillo e hizo una seña con la cabeza a Brennerman. El corpulento matón se acercó y se plantó frente a Julie. Echó la mano hacia atrás, y propinó tres terribles bofetadas a la joven. No sé si debían de dolerle mucho a Julie, pero por lo menos hicieron un ruido del demonio, y obligaron a la muchacha a emitir un grito que muy bien podía oírlo el torturado padre, que estaba al otro extremo del hilo.

—Repite —ordenó Frascati.

Brennerman volvió a pegar con la mano abierta sobre las señales amoratadas de los golpes anteriores. Y de nuevo Julie trató de ahogar un grito de dolor, sin conseguirlo. Frascati cogió el aparato otra vez.

—Supongo habrás oído bien eso, Benson. Ahora dime: ¿vas a bailar al son que tocan, o quieres que me ponga más duro con la damita?

Me imaginaba que Benson debía de echar chispas por la boca al otro extremo del hilo. Julie, valiente, estiró el cuello para acercarse al teléfono y gritó:

—¡No hagas caso, papá! ¡No me han hecho ningún daño! ¡Sigue tu camino, y descubre a toda esta pandilla! No temas…

Una terrible bofetada de Brennerman, interrumpió a Julie. Y fué tal la violencia del golpe, que cayó juntó con la silla. El esbirro la levantó, y ella quedó un tanto abatida, sollozando.

Se oyeron bien entonces los gritos desesperados de Benson en el teléfono. Yo sufría por el pobre hombre martirizado tan cruelmente, aunque pensaba que no merecía seguramente una hija tan valerosa como Julie. Las bofetadas que Brennerman le había dado, me pusieron a mí al rojo vivo. Casi inconscientemente había ido haciendo una fuerte presión en las cuerdas que me agarrotaban a la silla. Ahora notaba cómo la sangre goleaba de mis muñecas laceradas.

—Mira, Benson, te voy a decir lo que tienes que hacer —habló de nuevo Frascati—. Lárgate de la ciudad, pero volando. Yo te esperaré en la frontera, donde no tendrás que contestar preguntas de nadie. Dentro de una hora nos encontraremos en la esquina de la calle Mayor y la 71. Yo iré con un «Chevrolet» negro. Y Julie estará a mi lado. Te conviene no faltar a la cita… y sólo además. Si piensas en buscar otra compañía… ¡puedes, despedirte de tu hija para siempre!

Colgó el aparato; en su saturnina cara brilló una sonrisa maligna.

—Bueno, jefe —dijo Brennerman, impaciente—, ¿qué esperamos para liquidar este microbio y allanar así el camino?

—Ten calma, Spike —replicó Frascati—. Antes hemos de darles una carrerita. Se despedirá del mundo al amanecer; es mucho más poético, desde luego. Les ataremos una piedra al cuello a los dos, y nosotros nos largaremos hacia *Chi* otra vez. Antes, sin embargo, he de hacer un par de cosas. No nos pondremos en marcha hasta dentro de media hora. Llévale la dama otra vez al cuarto, Spike.

Brennerman desató los brazos y las piernas de Julie, pero la

joven no se movió. El rodeó brutalmente su cuerpo con los brazos y se la llevó hacia la puerta.

Después de un lapso de tiempo que me pareció de muchas horas, tras mucho retorcer las manos y sudar copiosamente, logré coger con los dedos el encendedor que tenía en el bolsillo de atrás de los pantalones, y pude hacer, saltar al fin la chispa, que prendió en la cuerda de la muñeca. El fuego sin llama iba consumiendo mis amarras, aun a trueque de quemarme la piel, lo que me obligaba a apretar los dientes. Luego curvando los brazos y estirándolos hacia atrás, me dediqué a desatar el nudo que me agarrotaba las piernas.

Frascati había pasado de la mesa a una caja de caudales empotrada en la pared. Estaba llenando un maletín con fajos de billetes. Era la preparación de la fuga.

Silenciosamente me puse en pie avancé hacia la mesa, y cogí un recio pisapapeles de metal. Con todas mis fuerzas lo arrojé contra la cabeza de Frascati. Instantáneamente cayó de frente contra la puerta de la caja, y se desplomó luego al suelo sin emitir un solo quejido. Corrí entonces hacia la pieza contigua. Spike tenía acorralada a Julie, en un rincón, contra la pared, y la joven se estaba defendiendo, ahora débilmente, de las brutales acometidas del monstruo.

Spike giró sobre sus talones al entrar yo, y llevó la mano a su revólver, pero Julie, a pesar de su agotamiento, le cogió del brazo, reteniéndolo por un instante; lo suficiente para que yo tuviese tiempo de acercarme y propinarle un formidable directo en la mandíbula que le hizo caer sobre una rodilla. Pero, naturalmente, hacía falta más de un golpe para derribar a un gigante como Spike Brennerman. Cuando arremetí de nuevo se había levantado ya, y me dió un fuerte puñetazo al pecho que me echó a mí patas arriba. Fué cosa de segundos el incorporarme, y entonces por la forma en que mi adversario se movía, y por su modo de dirigir los puños hacia adelante, comprobé que no tenía nada de boxeador. Sabía luchar, sí, pero agarrándose, motivo por el cual intentaba caer encima de mí y estrujarme como en una prensa. La única probabilidad que se me ofrecía para batir aquel individuo, que debía de pesar muchísimo más que yo, era aguantarme en pie. Me desvié a un lado, y él se lanzó contra mí girándose un poco, lo que yo aproveché para descargarle un tremendo puñetazo a un lado de

la mandíbula que le hizo tambalearse. Él se arrojó otra vez hacia mí como un toro rabioso. Pude esquivarle y le propiné otro golpe; ahora un gancho en la base del cuello. Estaba viendo que aquélla tenía que ser una batalla en la que la fuerza bruta sería vencida por las reglas científicas del boxeo. Y era únicamente a base de la lucha científica como podía enfrentarme con un rival tan poderoso, con una sola mano. El brazo izquierdo me colgaba inerte a un costado a causa de la herida en el hombro.

Pero ahora él había aprendido su lección y aguardaba, jadeante, a que yo fuese por él. Por el rabillo del ojo veía a Julie que temblaba en el rincón, con los brazos cruzados sobre el pecho. La muchacha no me proporcionaría ninguna ayuda en aquella pelea desigual, pero yo no perdí la esperanza de que lo intentase. Un momento en que tuve a Spike de espaldas a ella, grité:

—¡Ahora, Julie!

Spike vaciló, se volvió un poco hacia la muchacha y yo aproveché el instante para hundir el puño en la zona de sus riñones que me dejaba al descubierto. Spike emitió un gruñido, y se volvió con tal furor que me dió un fuerte golpe con el codo en la mandíbula que me hizo tambalear. No se entretuvo y me dió dos veces más en la cara. Cuando me iba a descargar el tercero, logré situarme fuera de su alcance.

Había visto en sus ojos un aire de triunfo, como si dijera: «¡La que te voy a dar!». Pero yo no soy de los que se dejan impresionar por semejantes miradas de ogro, y a la próxima acometida le hundí con tal ferocidad el puño en el vientre, que me costó de sacarlo, aprisionado como estaba entre la grasa. Spike se dobló hasta qué la cabeza quedóle al nivel de mi rodilla. Entonces le di un terrible puntapié en plena boca. El cuerpo se le dobló de nuevo hacia atrás, y yo le ayudé a realizar la acción por medio de otro directo en la mandíbula. Vi como perdía fuerzas inmediatamente. Apoyado de espaldas a la pared, fueron doblándosele las rodillas. Para que se deslizase más aprisa, le cogí por los pies. Cuando estuvo tendido en el suelo, vi que no tenía por qué preocuparme más de Spike Brennerman. Ya me había dado demasiado quehacer, sin embargo. Le saqué el revólver del bolsillo y entré en la otra sala, en busca de Frascati.

Pero Frascati ya no estaba allí.

CAPÍTULO VIII

Julie entró detrás de mí, justamente a tiempo de poder oír una serie de palabrotas que solté después de haber exclamado:

—¡Frascati ha huido!

La joven parecía horrorizada.

—¿No se da usted cuenta de lo que esto significa? —preguntó—. ¡Ha acudido a la cita que tenía con papá!

Miré al reloj de pared. Faltaban exactamente veinte minutos para la hora fijada. «Knuckles» Marks estaba todavía tendido encima de la mesa. Le rebusqué los bolsillos y encontré la pistola que tan imprudentemente había querido utilizar contra mí.

—Toma este cacharro —le dije a Julie—. Vigila a ese chimpancé que ha quedado tendido en el otro cuarto, y métele una bala en la cabeza si le ves moverse. ¿Sabrás usar el arma? —le pregunté.

Julie movió la cabeza afirmativamente. Su rostro estaba pálido y tenso.

—Yo voy a por *Mr*. Frascati —le anuncié—. Entre tanto, llama a la policía, explícales lo que ha sucedido y diles que vengan a recoger a Brennerman. Si puede seguir en vida, tanto mejor. Él ha de ser quien me puede sacar a mí de un enredo de asesinato en que me han metido.

La joven se acercó a mí, con la mano tendida.

—He de darle las gracias, *Mr*. Drayton. Ha sido el suyo un gesto valeroso sin par, al meterse entre esas fieras para salvarme…

—¡Bah, olvídalo, niña! —le dije—. Tú sí que eres valiente. Tu padre debería estar más que orgulloso de poseer una hija como tú.

Le estreché la mano; luego, impulsivamente, la rodeé con mi brazo bueno, y la apreté contra mi pecho.

—¡Buena suerte, *Mr*. Drayton! —susurró ella, en mi mejilla.

—Llámame Ricky, niña —la corregí, al tiempo que me inclinaba para besarla.

Quedé un tanto sorprendido al ver que ella se agarraba fuertemente y correspondía a mi beso, y salí de la pieza.

Los jugadores del salón del piso inferior, no prestaron ninguna atención a mi persona cuando pasé por el lado de la ruleta.

Al llegar a la calle, llamé a un *taxi*.

—Cruce de la Mayor con la 71 —indiqué—. Y todo lo rápido que se pueda, que tengo prisa.

Como el hombre no parecía muy amante de la velocidad, tuve que achucharle:

—Oiga: estoy viendo que nos sigue una culebra sin cansarse mucho. Le daré un dólar por cada minuto que falte para llegar a los quince al final de este trayecto.

La respuesta fué inmediata; la brusca aceleración me echó de espaldas al respaldo del asiento. Pero a mí los minutos se me hacían siglos, y no dejaba de mirar continuamente ora las calles que atravesábamos, ora el reloj de mi muñeca como un novio en luna de miel que teme que le escape el tren.

La minutera marcaba la hora señalada por Frascati para su cita con el juez cuando yo me encontraba a tres manzanas de distancia del lugar de reunión. Si el «gangster» había sido puntual, el juez era hombre muerto. Miré por encima de los hombros del conductor, calle adelante. Si los ojos no me hacían una jugarreta con la luz del nuevo día, estaba viendo al juez Benson de pie sobre el bordillo de la acera. Frascati no había sido puntual.

Pero no nos iba a hacer esperar mucho; detrás de nosotros se oía el potente roncar de un motor a toda marcha. Me volví y observé que nos seguía un gran «Chevrolet» negro que tragaba las millas furiosamente. Pensé que Frascati debía de haber regresado a su guarida del *Golden Slipper* para recoger alguna cosa más, antes de partir para el lugar de la cita con Benson, lo cual me había permitido a mí ganarle la delantera. El taxista, se había fijado por el espejo retrovisor en el coche que nos alcanzaba, y automáticamente disminuyó la marcha, arrimándose al bordillo para dejar paso al veloz «gangster».

—Continúe pisando, compadre —le ordené—. Y no se mueva del centro de la calzada.

El conductor lanzó una vacía carcajada, y repuso:

—¡No, señor! ¡Por cincuenta pavos no me juego yo la cabeza impidiendo el pasa a ese loco que viene detrás! Lo que es por mí, puede pasar.

No malgasté palabras discutiendo con el fulano. Mi respuesta fué apretarle el cañón de mi revólver en el cogote.

—He dicho que continuara a la misma velocidad. El cliente tiene siempre razón. ¿Entendidos? —le dije.

Aún obedeciendo, el taxista dejó oír su protesta:

—¡Diablos, mister! Ese loco de ahí atrás nos matará si no nos apartamos.

—Y yo le mato a usted si se aparta, amigo mío. Conque, escoja, pero no se olvide de que a esta distancia mi tiro no puede fallar. No deje pasar a ese loco.

El potente «Chevrolet» estaba detrás mismo de nosotros, de modo que cuando me asomé por la ventanilla trasera, pude reconocer fácilmente a Frascati tras el volante. Pero no tuve mucho tiempo para admirar sus facciones. Una bala que atravesó el *taxi* desde la ventanilla trasera hasta el parabrisa, me hizo agachar… y deprisa. A continuación mandé una racha de plomo por la ventanilla rota, pero no pude exponerme a la vista lo suficiente para hacer buena puntería. Y a mi espalda, el conductor estaba orando a todos los santos del calendario y a algunos más, especialmente, inventados para la ocasión.

—¡Echa un poco más al centro, amigo! —Le tuve que recomendar—. Ese bruto intenta colocarse a nuestro lado.

El chofer obedeció, pero entonces vi cómo había caído en la trampa que Frascati me había tendido. Nuestro perseguidor dió un giro brusco al volante y se dispuso a pasar por el otro lado.

—¡Empújale hacia el bordillo! —ordené.

El *taxi* se desvió hacia la derecha otra vez. Se produjo un chasquido cuando los dos coches entraron en contacto, y entonces empezó una competición de empujes a gran velocidad. Como el «Chevrolet» era el más grande de los dos vehículos, llevaba las de ganar. Pulgada tras pulgada iba avanzándonos, pegado al bordillo de la carretera. Yo me había echado al suelo de la parte trasera del coche. Levanté la cabeza hasta el nivel de la ventanilla, y disparé de nuevo sobre el «Chevrolet», ahora de lado. Una granizada de

cristales voló alrededor de la cabeza de Frascati, y pude ver cómo se agachaba sobre el volante, mientras hacía apartar el coche todo lo que podía hacia la derecha.

Al mismo tiempo también el *taxi* parecía llenarse de trozos de plomo silbantes y pedazos de cristal. El conductor estaba agachado encima del volante, resoplando horrorizado. El «Chevrolet» de Frascati, ya sobre la acera, avanzó como una exhalación hacia Benson, que estaba arrimado a la pared. Cuando estuvo a pocos pasos del juez, éste se lanzó hacia el centro de la calle como un conejo asustado, precisamente delante de mi *taxi* que avanzaba ahora en un loco zig-zag, puesto que, por lo visto, una bala había alcanzado al chofer que se esforzaba por recobrar el control de la dirección.



He dicho que siga adelante. El cliente siempre tiene razón. ¿Entendido?

Me eché rápidamente sobre el asiento delantero a tiempo justo de coger el volante y evitar el certero atropello del pobre Benson, que había quedado como petrificado en el centro de la vía, con la cara pálida de terror. Pero el pie del taxista estaba todavía como clavado sobre el acelerador, y el coche continuó corriendo calle adelante por un trecho de unas doscientas yardas, zigzagueando, hasta que pude al fin apoderarme de los mandos apartando al

hombre, y cerrar el contado al tiempo que cogía el freno de mano.

Miré entonces hacia atrás. El juez Benson estaba todavía de pie en el centro de la calzada, como si estuviese preguntándose a sí mismo si estaba vivo o muerto. El coche de Frascati había quedado sobre la acera, con el morro metido en el escaparate de una tienda de tejidos. Entre las piezas de tela y la catarata de cristales que cubrían el «Chevrolet», vi cómo el «gangster» asomaba la facha y se abría paso para marchar luego en dirección al juez Benson con el revólver en la mano. Disparé entonces, y Frascati se volvió rápido, para replicar. Vi que el brazo izquierdo le colgaba fláccidamente a un costado, de lo que deduje que le había alcanzado uno de mis balazos anteriores. Estábamos, pues, entonces en igualdad de condiciones: los dos no teníamos más que un brazo útil. Cuando yo estaba a punto de disparar otra vez, él se colocó de un salto detrás del montón de chatarra que era el «Chevrolet». Grité a Benson para que se lanzase al suelo. El infeliz volvió la cara hacia mí como si acabase de salir de una pesadilla. Al repetirle mi orden, obedeció. Un instante después, una bala de Frascati le pasaba por encima de la cabeza. Eché a correr entonces hacia el «Chevrolet», y vi cómo Frascati, que ya no se consideraba seguro tras la carrocería, se deslizaba por la brecha del escaparate de la tienda, y desaparecía por ella.

—¿Está usted herido? —pregunté a Benson.

—Me parece que no —repuso el hombre, con voz débil.

—Vaya, pues, al *taxi*, y cuide del chofer; él sí está herido. Yo voy por Frascati. Por de pronto, Benson, puedo decirle que su hija se encuentra sana y salva…, aunque no se lo puede agradecer a usted.

—¡Gracias, Dios mío! —Oí cómo exclamaba el hombre, mientras corría a gatas hacia el *taxi*.

Me acerqué al escaparate, y traté de penetrar la obscuridad del interior de la tienda. Como me pareció oír algo que se movía, disparé al tiempo que me agachaba al suelo. Los tiros de respuesta que Frascati me mandó, le localizaron gracias a los fogonazos. Después del terrible zumbido de los motores, el chirrido de los frenos y los ladridos de los revólveres, me hacía el efecto que estaba rodeado de un silencio sepulcral. En el interior de la tienda no se oía ruido alguno. Aquel silencio y la obscuridad, me ponía a prueba los nervios.

Arrastrándome sobre la barriga avancé por él interior. De pronto vi perfilarse ante mí la figura de un hombre, sólo a unas pocas yardas de distancia. Levanté el revólver, y estaba a punto de hacer fuego contra él cuando me di cuenta de que se trataba de un maniquí.

Ahora había llegado ante un mostrador; pasé al otro lado, y avancé por el interior sintiendo una agradable sensación de defensa. Mis manos tropezaron con un jarro de cristal. Se me ocurrió la idea de lanzarlo a cierta distancia, de mí. El truco surtió el efecto deseado. Frascati disparó hacia el lugar donde se había producido el ruido. Por la detonación y el fogonazo pude descubrir que se encontraba a unas diez yardas de mí, un poco hacia mi derecha. Me pareció que estaba situado al otro lado del mostrador. Silenciosamente continué avanzando para saltar el mostrador al llegar a su altura.

Cuando me pareció que había recorrido la distancia exacta apoyándome sobre las rodillas y las manos, me levanté para dar el salto. Mi sorpresa fué profundamente desagradable al notar que mi cabeza tropezaba ruidosamente con un estante, del que cayeron varios cachivaches. Cuando me hube recobrado del susto oí las rápidas pisadas de Frascati, que se alejaba. Salté por encima del mostrador en su persecución.

Aquélla era una carrera de pesadilla. Floreros, lámparas, infinidad de maniquíes se abalanzaban a nuestro paso, derrumbándose estrepitosamente. Al fin Frascati me llevó a una pequeña habitación sin salida posible. Oí el golpe sordo de algo que caía en un rincón del fondo, y me arrastré hacia allí. Por un momento vi perfilarse en las tinieblas una maciza, máscara negra; comprendí que era mi hombre. Levanté el revólver, y, cuando el dedo apretaba el gatillo, sonó una detonación que no era la mía y oí una bala que silbaba y se clava en la alfombra, al tiempo que yo me lanzaba de cara al suelo.

Cuando me levanté, brillaba una luz frente a mis ojos, y en mis oídos resonaba una canción de notas agudas. Después de un par de segundos me di cuenta de que la canción no procedía del interior de mi dolorida cabeza: era el zumbido de la sirena de un coche de policía, afuera, en la calle. La persecución y los tiros había atraído su atención como era lógico.

Tras el foco deslumbrador, habló una voz. Comprobé que no era la de Frascati.

—Bien —dijo—, ahí viene la policía. Ellos se harán cargo de ti.

—¿Quién eres tú? —pregunté.

—El vigilante de noche. Yo te conozco; eres Drayton, el asesino. ¡Caramba! Ahora me arrepiento de no haberte dado un porrazo más fuerte. ¡Mira que matar de aquel modo a la dama…! ¡Tenía que haberte despellado vivo!

—Calma, calma, compadre —repliqué con voz cansina—. Dime: ¿qué le ha sucedido al otro sujeto? Ése a quien iba persiguiendo…

—¿De qué otro sujeto estás hablando? ¡No me vengas ahora con cuentos tártaros, Drayton! ¡Aquí no hay otros sujetos que tú y yo!

Respiré. Por lo visto, Frascati había escapado gracias a la bienintencionada intervención del vigilante nocturno. En aquel instante resonaron las pisadas de los policías, haciendo crujir los cristales rotos.

—¡Vengan hacia acá, amigos! —gritó el vigilante—. ¡Lo tengo aquí! ¡Aquí tengo a Drayton, el asesino!

Yo me dispuse a entrar en acción, pero el hombre me encaró un revólver; el mío. Lo tuvo apuntado a mi cara hasta que media docena de policías uniformados formaron un círculo a mi alrededor.

Uno de ellos se separó del grupo, vino hacia mí y me hundió la punta de las botas en las costillas.

—¡Levántate, Drayton! —rugió.

Cuando me incorporaba penosamente, me descargó un puñetazo en la mandíbula, y me tumbó sobre un costado.

—¡Hijo de perra! —Gruñó el policía—. Yo vi cómo dejaste el cuerpo de aquella dama. La silla eléctrica es demasiado buena para la escoria como tú.

A duras penas logré ponerme en pie, esforzándome al mismo tiempo para dominarme. Si contestaba al policía como merecía, uno de sus compañeros podía hacer jugar el gatillo. No me quedaba otro remedio que aguantar el tipo hasta llegar a la Jefatura y poner las cosas en claro. Otro de los policías se adelantó hacia mí, y me dió un formidable bofetón que me hizo ver las estrellas.

—¡Esto es por lo de la dama! —masculló.

Resistí impávidamente, sin moverme del sitio.

—No parece que seas tan valiente cuando se trata de pelear con

hombres, Drayton —se burló un tercero—. ¿Dónde llevas el «puño inglés» ahora, canalla?

Tragué saliva, y me limité a decir:

—Vámonos.

—Espero habrá una recompensa para mí… —insinuó el vigilante, mientras nos disponíamos a partir.

—Me temo que no, compadre —le contesté—. Has cogido el bueno en lugar del malo.

Un policía me dió un fuerte empujón en la espalda, y otro me aplicó la punta de su bota en la parte trasera, para hacerme marchar.

En la calle me encontré con un verdadero comité de recepción. Había tres coches de policía y un puñado de individuos uniformados, al mando de un sargento. Pronto descubrí al juez Benson pálido como una sábana y sentado entre dos guardias en el interior de uno de los coches. Un grupo de policías estaba inspeccionando el «Chevrolet» empotrado en el escaparate. Dos motoristas estaban sentados en su máquina, con los pies descansando en el suelo. El sargento llamó a los individuos que me escoltaban a mí. Era un tipo corpulento, con cara de idiota, al cual conocía muy bien. Se llamaba Tomelty.

—Al fin te hemos metido mano, ¿eh, Drayton? —me espetó a guisa de saludó.

—El tipo que iba con ese «Chevrolet» es el que debías haber cogido —respondí, señalando el coche estrellado—. Él es el que planeó el asesinato que me han echado encima de los hombros.

—Así que te lo echaron encima, ¿eh? —repuso el sargento, con hiriente sarcasmo—. Esto se lo explicarás al capitán cuando lleguemos a Jefatura, Drayton. Pero te advierto que si no tienes a mano una historia mejor que ésa, las palizas que has recibido quedarán como un juego de niños al lado de las que te vamos a dar. Sube al coche ahora.

Obedecí, pensativo. Cuanto antes llegásemos a Jefatura y se aclarase el asunto, tanto mejor, me dije.

Los dos motoristas abrieron la marcha, rompiendo de nuevo el silencio de la madrugada con el alarido estridente de sus sirenas. Era todo un desfile; algo así como una comitiva de forasteros importantes que fuesen a ver al alcalde. Pero el alcalde estaba en

uno de los coches de atrás, y yo pensaba que todo lo que el hombre iba a recibir, sería un escándalo que pasaría a la historia de la ciudad.

A la entrada del edificio de la Jefatura, el primero que me encontré fué Willy Jaffer, reportero gráfico de un periódico rival. Me enfocó su objetivo, mientras sonreía satisfecho.

—¡Al fin vas a ocupar toda la página frontal, Drayton! —me espetó.

Me prometí aplastarle la nariz de un buen puñetazo cuando el asunto hubiese terminado.

Me llevaron directamente a los calabozos, y me echaron en una celda vacía.

—Aguardarás aquí hasta que llegue el capitán —anuncióme un malcarado policía, mientras cerraba la puerta con llave.

Unos minutos después llegaba el juez Benson, temblándole las piernas, acompañado del sargento Tomelty.

—Repito que Drayton es inocente —iba diciendo Benson al policía—. Se lo aseguro. No deben encarcelarle. El hombre que él estaba persiguiendo, era el que trataba de matarme y raptó a mi hija.

—¿Sí? —preguntó Tomelty, impasible.

—No pierda usted el tiempo ni la saliva, Benson —le aconsejé—. Este sujeto es demasiado estúpido para que le comprenda. Aguarde a que llegue O'Rourke.

Benson quedó encerrado en mi celda.

—¿Qué le ha ocurrido a Julie? —me preguntó, cogiéndose con nerviosas manos en la tranca de la puerta.

—No se preocupe por ella; está perfectamente —le tranquilicé—. En estos momentos, me imagino que O'Rourke debe cuidar de ella. Recibió algún golpe, pero ahora está muy bien. He de decirle que tiene usted una hija valiente, señor juez.

—Lo sé, lo sé —repuso el hombre, entre sollozos—. ¡Sí, merecería tener un padre mejor!

—Tal vez tenga usted ocasión de justificarse —sugerí para animarle.

En aquel preciso instante se abrió la puerta que daba al

corredor, y en el umbral apareció
O'Rourke.
Detrás de él, envuelta con un capote de policía, asomaba Julie Benson. Mientras padre e hija se fundían en un abrazo,
O'Rourke
se dirigió a Tomelty.

—¡Saque a Drayton de aquí! —le ordenó con voz de trueno—. ¿Por qué diablos se les ha ocurrido encerrarle?

—Está reclamado por asesinato, mi capitán —defendióse el sargento.

—Lo fué; ahora está libre de tal acusación. Suéltelo enseguida —y dirigiéndose a mí, manifestó—: Estuviste en un tris de matar a aquel chimpancé endemoniado de Brennerman. Es probable que muera en el hospital. Pero estuvo en sus sentidos durante unos minutos; lo suficiente para confesar sobre el asesinato de Francine Lester. Ha jurado que «Knuckles» Marks mató a la joven mientras Frascati te tenía encañonado.

—Desde luego, me quitas un gran peso de encima —le dije, mientras me disponía a salir de la celda—. Ya empezaba a cansarme eso de estar reclamado por la justicia.

—También yo estoy satisfecho, Ricky —declaró
O'Rourke,
tendiéndome la mano—. Prefiero que estés de mi lado, indudablemente.

—Lo mismo digo —contesté, estrechándole la mano.
O'Rourke
se fijó entonces en mi lastimado y magullado rostro, y en mi chaqueta ensangrentada y me preguntó:

—¿Cómo ha sido esto? ¿Te ha puesto la mano encima algunos de esos canallas policías…?

—No tiene importancia —repliqué—. Al fin y al cabo, no ha sido más que un exceso de celo; nada más.

—Lo acepto así, puesto que tú lo dices —asintió
O'Rourke,
sin demasiado convencimiento—. Bueno, ahora creo que podrías subir a mi despacho con el juez y *Miss* Julie, y acabaríamos de arreglar la cuestión. Todavía quedan unos puntos por aclarar.

Seguimos entonces al jefe de la Brigada Criminal hacia su

austero despacho presidido por una hilera de fotografías de sus antecesores en el cargo. Nos hizo sentar en las sillas de frío y gris cuero, y nos ofreció una caja de cigarrillos. Cuando hubimos encendido, yo le interrogué:

—¿Qué ha sido del teniente Watkins?

—Está en situación de licencia indefinida, mientras se hace una investigación a fondo, a base del documento que se encontró en el bolsillo de Johnny Valencia —contestóme
O'Rourke.

—¿Quieres decir que está en su domicilio?

—Exactamente. Pero con órdenes rigurosas de no salir de la ciudad. Con las acusaciones contenidas en aquella declaración, no basta para poner en el calabozo a un teniente de policía.

—¡Por Dios, vigílale! —Le advertí—. Puedes estar seguro de que es un malvado,
O'Rourke.
Se proponía matarme en mi domicilio cuando me encontró allí con esa dama, Lester; por eso tuve que derribarle de un porrazo. Fué él quien avisó a Brennerman y a Marks para que fuesen a mi apartamento a matar a la dama antes que él llegase con una patrulla. Y fué él quien asesinó a Johnny Valencia… Sí, asesinó; ésta es la palabra. Claro que ahora no importa mucho ya; únicamente para que quede constancia de ello. Pero Johnny no mató al criado de Benson. Esto fué obra de Francine Lester. Ella me lo confesó pocos momentos antes de que yo llamase a Jefatura, donde hablé con Watkins.

—*Miss* Benson me acaba de explicar que tú estabas persiguiendo a Frascati; que los dos habíais oído cómo el «gangster» planeaba apoderarse del juez, y que Frascati no es otro que ese fulano llamado Fulton Perceval. ¿Es vendad esto? —preguntó
O'Rourke.

—Claro que lo es. Y si coges las huellas digitales de Perceval y las mandas a *Chi* para confrontarlas con las de Frascati, tendrás todas las pruebas que te hacen falta para cerrar el caso. Y dime ahora: ¿qué ha sucedido en el *Golden Slipper*?

Fué Julie quien se explicó ahora:

—El capitán y sus hombres llegaron muy a tiempo. Brennerman estaba gimiendo y volviendo en sí, y yo me preguntaba dónde debía

apuntar para matarlo en el acto. Pero como tú, Ricky, dijiste que su declaración te podía librar de la acusación sobre Lester, me resistía a matarle. Estaba a punto de dispararle a las piernas, cuando entró el capitán. ¡En mi vida acogí la visión de un policía con mayor alegría!

—La señorita se ha portado magníficamente —explicó O'Rourke, con una sonrisa—. Ha estado a la altura de la situación. No se ha desmayado hasta que hemos sacado de allí a Brennerman. Cuando nos disponíamos a meter mano al dueño del *Golden Slipper*, nos encontramos con que Fulton Perceval, o sea Frascati, se había largado, llevándose hasta el último centavo de la caja. El *croupier* y el resto de la pandilla se han puesto furiosos al enterarse: les queda a deber el sueldo de la semana. Me he llevado a unos cuantos de los fulanos esos, para interrogarles. A juzgar por el humor que gastaban, creo que cantarán de plano sobre el sucio negocio del establecimiento y sus directores. Pero, claro está, aquí la policía siempre ha tenido órdenes de la alcaldía para dejar tranquilo al *Golden Slipper* —aquí O'Rourke miró significativamente al juez Benson y prosiguió—: Y esto nos lleva a la declaración firmada por usted, Benson. El documento que fué encontrado en el cadáver de John Valencia.

—¿Y esa declaración la tiene usted? —inquirió el juez, resoplando.

—Claro que la tiene —tercié yo—. Y, además. Brad Carlson, que está apoyando al rival político de usted, posee el documento del Banco sacado de su caja de caudales, Benson. Las cartas están boca arriba, pues.

—Así lo creo —repuso el juez, con voz temblorosa—. ¿Qué piensa usted hacer, capitán? —terminó preguntando.

El irlandés se rascó su melenuda cabeza antes de contestar:

—Hasta ahora no he tomado ninguna medida todavía. Creo que mi obligación es pasar el caso a la Superioridad. Tendré que hacerlo esta misma mañana.

—¡No lo haga, por favor! —suplicó Benson—. No podría soportar verme ante los tribunales… Verme rodeado de policías como un malhechor. Permítame que solucione este asunto por mi

propia cuenta. Déjeme ponerlas cosas en su sitio… como un caballero. Puede usted guardar mi confesión y utilizarla más adelante, si cree que tal es su deber. ¡Pero concédame al menos el día de mañana, para que pueda intentar redimirme!

Miré al viejo individuo a quien solían llamar «El Honesto Juez Benson» y, creyendo de buena fe que el hombre decía lo que sentía, propuse a
O'Rourke:

—Concédele una oportunidad, ¿quieres?

El capitán se rascó otra vez la cabeza.

—No debería hacerlo —contestó—, pero le doy todo el día de mañana. Si a medianoche no ha aclarado usted todas las cosas, la confesión irá a la capital del Estado.

—Gracias, capitán —respondió el juez, con fervor—. ¡No le haré quedar mal! —Y dirigiéndose a su hija, añadió—: Procuraré hacer de manera que te sientas un poco menos avergonzada de llevar mi nombre, Julie.
O'Rourke
se puso en pie.

—Creo que, de momento, la cosa queda zanjada —dijo—. Me imagino que quien más quien menos, todos necesitamos dormir un rato.

—De acuerdo —repuse—. Y, a propósito: ¿me podrías hacer un favor,
O'Rourke?

—¿Que?

—Llevarme a casa en uno de tus coches y recoger al mismo tiempo al policía que mandaste allí. El hombre no se encuentra en estado de venir hacia aquí por sus propias piernas; se atracó de mi *rye*… y tuve que darle un porrazo.
O'Rourke
soltó una carcajada.

—¡Tienes suerte de encontrarte otra vez del lado de acá de la Ley, Drayton! —exclamó—. ¡Eres más mareador que una ola de crímenes!

Me levanté para salir. Al hacer el pequeño esfuerzo sentí una fuerte punzada en el hombro. El dolor se extendió por todo mi cuerpo.

O’Rourke
observó cómo hacía una mueca, aunque procuré disimular.

—¡Estás mal herido! —exclamó. A continuación me examinó y dijo—: ¡Pero si te han atravesado el hombro! ¿Por qué no lo has dicho antes?

—No es nada de importancia —respondí—. Ha sido una caricia de Brennerman.

O’Rourke
llamó al médico de la policía, que acudió enseguida y me echó un vistazo a la herida. Según él, la bala había traspasado el hombro sin hacer otra cosa que rozar el hueso. Limpióme los dos agujeros, y me puso el brazo en cabestrillo temporal. ¡Al regresar a mi domicilio en el coche oficial, me sentía una especie de héroe que vuelve a casa después de haber librado una batalla victoriosa!

CAPÍTULO IX

No llevaba mucho rato en casa después que los policías se habían llevado a su colega que estaba todavía emitiendo ronquidos de borracho, cuando mi teléfono sonó. Cogí el auricular, y oí al otro extremo del hilo la voz temblorosa del juez Benson.

—Estaba tan desconcertado en la Jefatura de Policía —dijo— que no sé realmente cómo mostrarle a usted mi agradecimiento por el modo en que actuó para rescatar a mi hija.

—¡Bah, no vale la pena! —repuse.

—No, *Mr*. Drayton. Ahora me doy cuenta de que de no ser por usted, a estas horas Julie y yo estaríamos muertos. Y hay otra cosa de que me acordé: los cincuenta mil dólares que se llevaron de mi arca. Si puede usted descubrir dónde para ese dinero, Drayton, es para usted. Y quizá hay otra cosa que le gustará saber: Mi hija le está muy reconocida; reconocidísima verdaderamente. Si alguna cosa me ocurriese, *Mr*. Drayton, la chica quedará regularmente bien dotada. Y creo que usted es la clase de joven que sabría cuidar de ella debidamente.

¡Diablos! El juez me estaba ofreciendo su hija como recompensa a los servicios prestados. Bonita recompensa, desde luego. La lástima es que al decir el juez que yo podía cuidar de Julie, quería decir para siempre, y yo no soy esa clase de joven precisamente. A mí me gustan las damas, desde luego, pero no a base de un compromiso demasiado largo. En cambio, en lo tocante a la pasta, eso ya era harina de otro costal. En este aspecto el juez me tocó una fibra sensible, por lo que tomé nota mentalmente para hacer una visita a Brad Carlson más tarde, aquel mismo día.

—A propósito, señor juez —le dije— ¿qué piensa usted hacer en cuanto a dejar los papeles en regla hoy mismo?

El juez meditó unos instantes; luego manifestó:

—No puedo ahora contestarle concretamente. Pero procure asistir a la reunión de mi elección esta noche, y lo verá usted. Hasta la vista, joven. Adiós.

Y colgó el aparato.

Abajo la ciudad despertaba a la vida del nuevo día. Chirriaban los primeros tranvías, y se oían las pisadas apresuradas de los peatones. La gran orquesta de la ciudad afinaba los instrumentos para ejecutar otra función. Era demasiado tarde para que pudiese entregar material para el diario, pero me imaginaba que el día naciente traería demasiadas revelaciones para que no se viese en peligro mi paquete de noticias, si quería guardarlo hasta la mañana siguiente. Así, pues, marqué el número de nuestro compañero nocturno y me puse al habla con Jake Rubens, el director de la sección de noticias.

—¡Hola, Jake! —le dije—. ¿Sabes la buena noticia?

—¿Que te han soltado? ¿Esto es una buena noticia?

—Claro que lo es, Jake. Vamos a ver, escúchame; tengo una magnífica bomba para ti. No puedo guardarla hasta mañana, de modo que he preferido hacerla estallar cuanto antes. ¿Qué te parece?

—De acuerdo, Ricky. ¡Desembucha!

Solté, pues, la historia a continuación. Y no me dolieron prendas para ello. Expliqué a la gente cómo la ciudad había estado dirigida por un malhechor de envergadura; cómo la hija del alcalde había sido raptada para hacerle bailar a él al son que el verdadero dueño tocaba; cómo Johnny Vulcan había encontrado pruebas valiosas, pero se había declarado a sí mismo autor del asesinato del criado para salvar a una dama, y cómo había sido tumbado a tiros por un policía vendido, cuando ya se había demostrado que él era inocente. Cité una serie de detalles y me callé únicamente la parte que el juez Benson había jugado. Esto lo hice para no quitar ningún efecto fulminante a la declaración pública que él se proponía hacer aquella misma noche.

A continuación preparé otro suelto, con todos los detalles, que se publicaría en mi diario después del discurso que el juez pronunciaría por la noche. Y luego esbocé un vigoroso artículo de fondo para la cadena de periódicos «de costa a costa». (Las

cuestiones políticas siempre son grandes noticias, y yo me proponía sacar el mejor partido de la oportunidad).

Después me tendí en el sofá y cerré los ojos. Yo soy uno de esos felices individuos que se duermen en cualquier sitio y al instante que lo desean. Es cosa propia del oficio; como otras veces, puse el despertador mental para dentro de una hora, y me acomodé en los cojines durmiéndome al instante.

Una hora después, minuto más, minuto menos, estaba despierto y en pie, revigorizado por el sueñecito. Me afeité, tomé una ducha y me puse ropa limpia. A continuación pensé que me haría falta desayunar, y así lo hice.

Me detuve en un kiosco, y compré el diario de la casa. Reagan había ocupado la primera página con el relato de que yo había quedado libre de la acusación de asesinato. Había un comentario editorial poniendo de relieve la razón que le asistía al periódico al confiar en mí desde el primer instante. Recordé entonces, con amargura, que el propio Reagan había intentado entregarme a la policía. Es verdad que dijo que lo hacía por mi propio bien, y no dudo que hablaba con sinceridad. No obstante, yo soy un tipo que gusta que las cosas sigan su propio camino. Yo pensaba presentarme a la policía, sí, pero cuando la cosa estuviese aclarada, y yo dispuesto. Reagan estuvo a punto de liarme de verdad con sus buenas intenciones, por lo que me prometía ahora sostener una extensa charla de tú a tú con el personaje. Llamé un «taxi» y me dirigí a la oficina. Todos los muchachos de la casa se apiñaron a mi alrededor y me estrecharon la mano dándome palmaditas a la espalda, pero les aparté a un lado y fui derechamente a mi mesa de trabajo.

—Hola, Ricky —me saludó Reagan, levantándose.

—¡Qué hola ni qué ocho cuartos! —le espeté—. Me interesa que me digas qué te proponías al entregarme a los perros policías, Reagan…

—Creí que era por tu propio bien, Ricky. Me imaginé que no lograrías más que hacerte matar, tal como se habían puesto las cosas en contra de ti.

—Muy amable, Reagan. ¿Y no se te ocurrió pensar que yo tenía previstos todos los peligros y que sabía lo que estaba haciendo? Soy un reportero de crímenes con cierta experiencia, Reagan. Sabía, por

tanto, a lo que me exponía. Y no me habría expuesto de no tener una buena razón para ello. Por una parte resultaba que había un falso policía y por otra, que la hija del juez Benson estaba en manos de la pandilla de Frascati. Si los policías me hubiesen metido mano en el bar de Joe, a estas horas Julie Benson estaría hecha papilla.

—Hombre, Ricky… sí que lo siento… Precisamente pensaba…

—No pensabas nada. Éste es el mal principal que te aqueja, Reagan. Nunca haces trabajar el cerebro. Estás aquí todo el día sacando brillo a ese sillón con los fondillos de tus pantalones, mientras los fulanos como yo te escribimos el diario. Bueno, pues, yo, por lo menos, he terminado ya aquí.

—No sabes cuánto siento oírte hablar de este modo, Ricky —repuso Reagan—. Precisamente has de saber que he hablado con la dirección y he conseguido que te aumenten el sueldo después de este asunto. Ya ves si es una lástima que nos dejes ahora.

—¿Cuánto? —pregunte.

—Veinte pavos más a la semana.

—¡Veinte! ¡A mí no se me compra, Reagan! Cuando me pongo furioso en algo, no vuelvo fácilmente atrás. Lo repito: aquí he terminado.

—Veintisiete, pues…

Me senté en mi mesa, sonriendo. Le eché a Reagan un cigarrillo y comenté:

—Cada hombre tiene su precio —y luego se me ocurrió pensar en lo sucedido en el bar, y le pregunté—: ¿Qué le pasó a Joe, el camarero, después de la zapatiesta que se armó en el establecimiento?

—Los policías se lo llevaron a Jefatura —replicó Reagan—. Pero no te preocupes; le he puesto ya en libertad bajo fianza.

—Gracias —dije, pensando que el hombre era humano, después de todo.

Pensé entonces que era obligado visitar a Joe para agradecer su ayuda en un momento tan crítico para mí. Con tal propósito salí con Reagan y algunos muchachos, dejando la redacción sola por un rato.

Mientras estábamos alineados ante el mostrador, les expliqué:

—Escuchadme, amigos: Debéis saber que ese Johnny Vulcan o sea, John Valencia, era todo un hombre. Es verdad que estuvo a las

órdenes de Frascati en otro tiempo y que había cumplido una condena, pero ésta pasó a la historia. Quizá os interese saber que el motivo que le llevó a liarse con esa escoria fue el llevar algo de dinero a su hermanita. Se trata de una tierna criatura y ha sufrido horrores para poder vivir. Así, pues, ¿qué os parece si reuniésemos fondos para la pobre chica, dándole oportunidad para situarse honestamente en la vida? Creo que es lo menos que podemos hacer a la memoria de Johnny…

Los periodistas parecen duros y cínicos por fuera, pero interiormente son un hatajo de tipo sentimentales. Por eso todos metieron mano en el bolsillo… y muy hondo, verdaderamente. Reagan dió el ejemplo; a los pocos minutos teníamos un sombrero lleno de pasta. Cuando hubimos hecho el recuento, pregunté:

—¿Quién es el que quiere hacer la entrega?

—Tú debes hacerlo —respondieron todos, al unísono.

—Muy bien. ¿Quién me acompaña?

Se acordó que Reagan era el más indicado, así que cogimos un «taxi» y nos dirigimos al cuartucho de María. Reagan había envuelto el dinero en una hoja de periódico, y lo llevaba orgullosamente debajo del brazo. Cuando el «taxi» paró delante del caserón donde vivía María, el hombre hizo una mueca.

—Ya te dije que la muchacha necesitaba ayuda… y cuanto antes —le recordé—. Las damas que necesitan ayuda no suelen frecuentar el «Waldorf Astoria».

Empujamos la puerta y sentimos inmediatamente el húmedo hedor del pasillo. Subimos por la crujiente escalera, y nos dirigimos hacia el cuarto de María. Llamé con los nudillos en la puerta. No hubo respuesta. Llamé otra vez, y apliqué el oído a una rendija de la puerta. Tampoco se oyó ninguna respuesta. Abrí entonces la puerta. El pequeño, y mísero cuarto, estaba vacío.

—¿Qué haremos ahora, cerebro privilegiado? —preguntó Reagan.

—Tal vez esté por la calle, cerca —sugerí.

Una voz nos hizo volver la cabeza:

—¿Están ustedes buscando a María?

En el umbral había una dama de pelo rubio oxigenado, negro en la raíz, rudamente atado con un pañuelo.

—Así es —repuse—. Somos amigos de la joven.

—¿Ah, sí? Pues he de decirles que María no está ahora aquí.

—Es que nosotros somos amigos de ella —le expliqué—. Traemos algo para ella… un regalo. ¿Sabe usted dónde se encuentra ahora?

La curiosa mujer me miró entonces más detenidamente.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿No es usted aquel fulano de los diarios, Drayton? ¿El que se suponía había liquidado a aquella chica?

—El mismo —contesté.

—Siendo así, supongo debía de conocer al hermano de María, el que mataron a tiros abajo en la calle, la noche pasada, ¿no?

—Le conocía, desde luego.

—Así es distinto. Creí que lo sabían ustedes… María salió hace diez minutos. Estaba furiosa. Y llevaba un cuchillo. Iba diciendo que quería matar a alguien… Oigan: ¿no pueden aguardar un momento?

Pero yo estaba ya a punto de salir del cuartucho, y llamaba a Reagan para que me siguiera.

Bajamos apresuradamente la escalera y yo me dirigí al teléfono que había en la planta baja. Marqué el número de Jefatura de Policía y llamé a
O'Rourke.

—¿Dónde está Watkins? —le pregunté.

—En su domicilio —repuso el policía—. Tengo dos números de paisano que vigilan la casa. Desde anoche que no se ha movido. ¿Qué pasa?

—María Valencia, hermana de Johnny, se dirige hacia allí con un cuchillo. ¡Procura, por Dios, evitar que la muchacha se exponga a perder la vida! Es una chica muy buena, pero enloqueció al ver cómo Watkins derribó a su hermano. Y, francamente, creo que una criatura como ésa no debe ir a presidio por un canalla como Watkins. Hazme, pues, el favor de recogerla antes que la joven cometa un disparate. ¿Lo harás así,
O'Rourke?

—Enseguida, Ricky. Voy a ver si se puede hacer algo.

—Gracias. Y, oye: ¿dónde vive ese Watkins?
O'Rourke
me dió la dirección. Una casa como hay un millar de ellas, en una calle de los suburbios. Me apunté el número en la mente, y sacando

a Reagan de la maloliente casa, di las señas al taxista.

—¿Sería preguntar demasiado, cerebro luminoso —me dijo Reagan cuando estuvimos en marcha— si quisiera saber qué diablos ocurre con esa muchacha?

—Te diré —respondí yo—. Anoche, María presenció cómo Watkins disparaba contra su hermano a sangre fría. Yo vi la mirada que le echó en aquellos momentos. Si hoy ha salido de aquí diciendo que iba a «matar a alguien», ese alguien no puede ser otro que Watkins. Ya conoces a esos italianos, Reagan. En cuanto se les mete en la cabeza que han de realizar una *vendetta* familiar, no hay nadie capaz de detenerles.

El «taxi» atravesó a regular velocidad algunos barrios exteriores, hasta llegar al fin a una larga calle de casitas aisladas, rodeadas de un jardinillo donde Watkins tenía su residencia. Frente a nosotros se levantaba la mole de un enorme camión de mudanzas de muebles, que ocupaba la mayor parte de la calle y nos privaba el paso. Precisamente al llegar ante el número que
O'Rourke
me había indicado, el camión paró, y una joven saltó desde la cabina del conductor a la acera. Levantó la mano para saludar al del camión que se puso en marcha otra vez. La joven era María.

Dos policías de paisano que estaban al otro lado de la calle se acercaron en cuanto yo salté del «taxi» y llamé a María. Pero antes que pudiese llegar a ella, vi cómo pulsaba el botón del timbre de la puerta. Ésta se abrió inmediatamente y María habló un instante con una mujer joven, de carne delgada y pálida y entró en la casa. La puerta se cerró otra vez. Todo esto ocurrió en cosa de segundos. Los policías llamaron a la puerta, y yo eché a correr hacia un lado de la casita pasando por encima del césped, en dirección a la puerta de la cocina. Entré de estampida, atravesé la cocina, y me encontré en el pasillo. La joven de la cara pálida y delgada volvía hacia la puerta delantera para ver qué era tanto golpear. Avancé por el pasillo, y entré en la pieza de donde ella había salido. María estaba de espaldas a la puerta abierta, frente a Watkins que, vestido en traje de paisano, se había levantado a medias de su sillón.

—¡Tú mataste a mi hermano, a mi Johnny! —Le iba diciendo en tono cortante al tiempo que ponía la mano en el bolso que llevaba.

Watkins se enderezó en el instante en que la muchacha sacaba

un reluciente cuchillo de cocina. Inmediatamente retrocedió, parapetándose en su sillón.

—¡Calma, calma, mujer! —exclamó, horrorizado—. ¡Está usted en una confusión! ¡Puedo explicar lo ocurrido con todos los detalles!

—¿Puedes hacer que Johnny vuelva a la vida? —preguntóle María, con los dientes cerrados.

Levantó el brazo por encima de hombro para lanzarlo encima del miserable, pero yo llegué a tiempo de cogerle la muñeca y arrancarle el cuchillo de los dedos.

—Vale más que le dejes para el verdugo del Estado, nena —sugerí—. Al verdugo le pagan para hacer esas faenas.

Los policías acababan de entrar en aquellos instantes, siguiendo a la mujer que yo pensaba debía de ser la señora Watkins.

—Ha sonado tu hora, Watkins —le anuncié—. Estos señores vienen por ti —arrojé el cuchillo, que se clavó en el respaldo de una silla, y, rodeando los hombros de María con un brazo, la saqué de la habitación, diciéndole—: No te preocupes por tu amigo Watkins, niña; a estas horas ya deben de estar quitando el polvo de la silla eléctrica para que se pueda sentar él.

Estábamos en el camino de grava que cruzaba el jardincillo, dirigiéndonos hacia el «taxi», cuando nos volvimos rápidamente al oír un fuerte alarido en el interior de la casa. La puerta se abrió y la mujer, con la cara blanca como la nieve y la boca desencajada se asomó al umbral, sin voz para continuar gritando. Entramos corriendo en la pieza. Watkins estaba tendido en el suelo, oprimiendo en una mano el cuchillo de cocina de María, chorreando sangre. Un horrible tajo le atravesaba el cuello de parte a parte.

Capítulo X

El espacioso salón del Ayuntamiento donde se celebraba la elección del juez Benson estaba lleno hasta los topes. El artículo que publiqué en la edición de la noche en el que insinué que en la tal asamblea podía descorrerse el velo de algo sensacional, contribuyó bastante a ello. Yo dejé el banco de la Prensa para los periodistas de pacotilla, los reyes de la taquigrafía cuya labor cotidiana es asistir a reuniones de esta clase, y me mezclé entre los personajes influyentes en la política que ocupaban el extremo de la sala. La tribuna estaba vacía, excepto el alto pupitre de lectura. No había en ella la acostumbrada hilera de sillones ocupados por los diversos dignatarios de la ciudad y del partido. La babel de conversaciones y especulaciones se desvaneció hasta convertirse en un susurro, cuando apareció el juez Benson, solo y sin llevar consigo ningún fajo de papeles, se dirigió hacia la tribuna. El hombre se sentó ante el alto pupitre, carraspeó un poco y empezó a hablar.

Estaba muy pálido y entrelazaba los dedos ante sí, como para atenuar el temblor que le agitaba. En la primera fila de butacas estaba sentada su hija, Julie, mirándole con ojos de ansiedad y cariño.

«Señoras y caballeros —empezó diciendo Benson—. Quizá alguno de ustedes pensará que esta noche he venido aquí para pedir que me voten en las próximas elecciones. No es esto lo que me propongo hacer. He convocado esta reunión para declarar a la ciudad que no pienso presentar mi candidatura para el alto cargo de alcalde».

Un murmullo de sorpresa corrió de un lado a otro de la sala como una ola en la superficie de un lago.

—No podría continuar en el desempeño del cargo —prosiguió

diciendo Benson— aun cuando lo deseara. Porque mañana, sin duda, estaré en manos de la policía. El castigo que eventualmente merezco está en la conciencia de aquellos que tendrán que juzgarme; pero sea cual sea el castigo, lo recibiré sin ninguna queja. Porque han de saber ustedes que me reconozco culpable de haber abusado de la confianza que en mí depositaron los ciudadanos de esta población. Soy culpable de haber recibido dinero en soborno de manos de un «gangster» que se proponía convertir esta ciudad en un infierno de juego ilegal y de toda clase de vicios. Permítanme ustedes que me convierta en un ejemplo para todos, y, especialmente para aquellos que aspiren a ocupar cargos públicos. Hay que montar una vigilancia continua sobre las instituciones de una nación libre. Los periódicos de Norteamérica son los mastines vigilantes de vuestra libertad.

Aquí hizo una pausa para enjugarse el sudor de la frente, y luego continuó:

—Ahora les diré a ustedes los nombres de los demás culpables. Los empleados públicos y consejeros que voy a nombrar, sabían lo que sucedía, y recibían también dinero en concepto de soborno para conceder favores a la gente de mal vivir.

Sacó un papel del bolsillo y leyó una lista de nombres que hasta a mí me dejó atónito. En ella figuraban casi todos los altos empleados de la administración municipal. La podredumbre había penetrado más hondo de lo que yo sospechaba.

En la sala se oyó alguna voz airada. El juez levantó una mano, recomendando silencio. Tras el murmullo que se produjo, prosiguió:

—Detrás de esa máquina de sucio engaño y de crímenes, hay el cerebro de un hombre. Un hombre que ha actuado entre nosotros con un nombre que no era el suyo. Bajo su falso nombre es conocido y respetado por todos ustedes. Pero su nombre verdadero es también perfectamente conocido de la policía. Este hombre es…

El juez Benson no pudo terminar su discurso. Desde un punto detrás de mí, en los alrededores de la puerta de entrada al salón, sonó un tiro. Benson vaciló sobre sus pies y se llevó las manos al vientre al tiempo que se inclinaba hacia adelante. De sus manos goteaba sangre abundantemente. Tosió, y un chorro de sangre se derramó por su barbilla. Salió de detrás del pupitre y se tambaleó hacia el borde de la plataforma, yendo a desplomarse a los pies de

Julie. La joven se inclinó llorando para recogerle, pero Benson ya estaba muerto.

Yo me volví a tiempo justo de ver una obscura figura que desaparecía a brincos por la escalera del Ayuntamiento, seguido de cerca por algunos enfurecidos asistentes a la reunión que, no obstante, no corrían con demasiado entusiasmo, debido seguramente a la presencia de aquel revólver que había hablado una vez de un modo tan dramático y contundente. El agresor saltó al interior de un automóvil que le estaba aguardando, y que arrancó con formidable aceleración. Sus perseguidores subieron a otro coche, y se lanzaron tras él. Yo llegué a tiempo de saltar al estribo. Empuñé el revólver y quité el seguro. El coche adquirió velocidad a medida que avanzaba por la avenida desierta. El conductor del automóvil perseguido se volvió para mirar. Reconocí en él a Frascati, al mismo tiempo que le mandaba la primera bala. Vi cómo se hacía añicos el cristal de la ventanilla trasera, y observé cómo Frascati se levantaba en el asiento, con una brecha sangrienta en la nuca. Su coche, fuera de control, subió a la acera y chocó contra un farol, viéndose engullido inmediatamente por voraces llamas. Aquél era el fin de Frascati.

Una mano salió del automóvil en que yo viajaba y me agarró el puño con que sujetaba el revólver. Miré entonces por primera vez a mis compañeros de viaje y vi el rostro negro y reluciente de Tiny con su fea sonrisa, que era el que me sujetaba la mano obligándome a soltar el arma. A su lado, tras el volante, se encontraba Brad Carlson. En lugar de parar, apretó más el acelerador y pasamos como una exhalación ante la antorcha llameante en que se había convertido Frascati con su coche.

El revólver cayó a la calzada, deslizándose por entre mis pies. El otro brazo de Tiny abrió la portezuela posterior de aquel lado del coche. De un fuerte tirón me hizo entrar, al tiempo que me apuntaba su cacharro entre los ojos.

—Has sido muy amable al subir a mi automóvil, Drayton —dijo Carlson—. Nos has ahorrado una gran cantidad de trabajo. Ahora que Benson ha dejado en paños menores a nuestros enemigos, el camino está expedito para nuestro hombre, Brannigan. Y, claro está, yo no estoy dispuesto a que ande suelto por ahí un periodista que sabe que Brannigan está protegido por Brad Carlson, el rey del

juego. Así, pues, vas a acompañarnos a un pequeño paseo, amigo Drayton.

Atravesamos la ciudad en dirección al muelle. Cuando llegamos a un trecho desierto, al pie de un malecón situado frente a unos almacenes cerrados, el vehículo se detuvo y Carlson ordenó:

—¡A tierra!

Brad saltó a un lado, y el negro le siguió, abriendo la portezuela trasera. Los dos estaban de pie en la parte derecha del coche, entre éste y el río. Yo había abierto el pestillo de la portezuela opuesta y me lancé al suelo. Me puse en pie inmediatamente, y eché a correr como un rayo hacia la pequeña abertura que quedaba entre los edificios del almacén. Las balas hacían saltar la grava bajo mis pies, en el instante en que alcanzaba la acogedora sombra del callejón. Redoblé la velocidad, callejón arriba. De momento estaba libre, aunque desarmado y seguido por dos pistoleros sedientos de sangre. Mi única esperanza de salvación residía en la velocidad.

Una tentadora puerta estaba abierta en uno de los lados del almacén. Me metí por ella. El edificio estaba desierto; era una sala enorme, que olía a moho. Pronto viré hacia un lado y encaminé mis pasos a través de la sala, hacia el río. Oí las pisadas de mis perseguidores, que vacilaban antes de entrar.

—Tú sigue por la callejuela —ordenó Brad luego—. Yo entraré aquí.

Estaba ahora en la entrada principal del almacén, que daba al muelle. Una pesada tranca cerraba las dos hojas de la puerta. La levanté y me volví para arrojarla en la dirección por donde Carlson venía a tientas, en la obscuridad. Por suerte le di en el pecho y le derribé. Su revólver sonó al tiempo que él caía. Un ardiente dolor me quemó una mejilla. No obstante, abrí la puerta y salí al muelle otra vez. A unos pasos estaba el coche de Brad. Me arrojé tras el volante. Apreté el botón de arranque y el motor dejó oír el zumbido. Carlson apareció en aquel momento por la puerta del almacén y me salió al paso con el revólver en alto. Me agaché en el asiento todo lo posible, mientras apretaba enérgicamente el acelerador. El coche salió disparado hacia adelante. Sonó una detonación, dos, tres… El parabrisas del coche estaba hecho trizas.

Una fuerte sacudida me indicó que había tropezado con un obstáculo blando, pero voluminoso. Frené y me apeé. Detrás de mí

yacía el cuerpo de Brad Carlson. Las dos ruedas le habían pasado por encima del vientre. El aspecto que ofrecía, en medio del charco de sangre era algo repulsivo. No obstante, me incliné sobre él y registré los bolsillos. En uno de ellos encontré un fajo de billetes de Banco, rodeado con un aro de goma. Lo guardé en mi bolsillo y recogí a continuación el revólver de Brad, que yacía en el suelo, cerca de su mano. Volví al coche, pero apenas había arrancado nuevamente cuando sonó otra detonación y una bala pasó silbando y rozándome una oreja. Tiny había vuelto a bajar por el angosto callejón y estaba plantado en su embocadura. Otro disparo fué seguido de una explosión y un silbido que me indicó que había reventado un neumático. Paré otra vez y me parapeté tras la ventanilla apoyando en su borde el cañón del revólver. Débilmente divisaba la figura del corpulento negro en la abertura qué formaba los dos edificios. Hice fuego contra él, y vi que daba un salto atrás. El disparó a continuación, y su bala me hizo la raya en el cabello.

El hombro herido me dolía de un modo infernal y la sangre se me deslizaba cuello abajo, procedente de la mejilla herida. Disparé otra vez y quedé desagradablemente sorprendido al oír sólo un débil y seco chasquido. No me quedaban balas en el cargador. El negro salió del callejón. Se sujetaba un hombro sanguinolento con una mano; con la otra seguía empuñando el arma. Pero, avanzaba paso a paso hacia mí, levantando poco a poco el revólver para apuntar. Abrí la portezuela bruscamente y salté a la calzada arrojándole mi revólver vacío a la cara. Lentamente y, por lo visto, con doloroso esfuerzo, el negro levantó el brazo derecho y disparó. Pero yo estaba ya a su lado. Mi revólver le había dado en la frente, haciéndole tambalearse. Tan cerca me encontraba ya de él, que pude darle un puntapié en la muñeca: su arma describió una parábola en el aire y cayó al suelo. El miserable vacilaba sobre sus pies, debido a la gran cantidad de sangre que perdía. Le compadecí por el desgraciado fin que le aguardaba, mientras medía la distancia que me separaba de él y descargaba a continuación un directo en su mandíbula que le tumbó netamente de patas arriba. De un puntapié arrojé su revólver al río, y dejé al negro tendido sobre la basura del suelo.

Emprendí a pie el regreso al centro de la población; por suerte, al poco rato encontré un «taxi». Me dirigí a mi apartamento, donde

me lavé la herida de la cara. Acababa de ponerme un batín, cuando una llamada a la puerta me detuvo con un vaso de *rye* a mitad de camino de los labios. Abrí la puerta. En su marco apareció Julie.

—Estoy contento de que hayas venido —le dije—. Tengo cincuenta mil dólares para ti.

—¿Los has encontrado? —me preguntó ella, entrando—. Papá dijo que eran para ti…

—Sí, pero me imagino que esa oferta estaba condicionada a alguna cosa de mi parte.

—¿Te refieres a mí? Por eso no te preocupes, Ricky. No tengo intención de establecer ningún compromiso por ahora, y tanto…

La contemplé con una sensación de alivio. Así, pues, la muchacha no iba a la caza de marido.

—Bebe algo —le ofrecí.

—Gracias. *Rye*.

Estuvimos sorbiendo nuestros vasos en silencio. Julie iba vestida de negro, riguroso luto, pero la severidad del vestido no era obstáculo para resaltar su elegancia y la fuerte atracción que ejercían las líneas de su cuerpo.

—Estarás abatida por la pérdida de tu papá… —comenté.

—En realidad, no —contestó—. Solía ser un hombre excelente, pero después del fallecimiento de mamá, empezó a cometer desatinos. Supongo que ha muerto de la mejor manera que podía ocurrir. Si hubiese vivido, todo habrían sido comisiones de investigación, interrogatorios, tribunales y, al fin, probablemente la cárcel. Tal como ha ocurrido ahora, ha logrado al menos recuperar algo del honor perdido. Supongo que debe de haber muerto feliz. —Julie se aproximó a mí, y acercando sus labios a los míos, declaró —: Yo estoy más interesada en continuar viviendo —y pasando sus largos dedos por mi cabello deslizó el brazo alrededor de mi cuello, y, antes de que yo uniese mis labios a los suyos, añadió—: Los tipos como yo y como tú, Ricky, prefieren vivir.

El timbre del teléfono cortó el idilio.

—Déjalo sonar —musitó Julie, apretando más aun sus labios contra mi boca.

Separándola dulcemente, acudí al teléfono. Cogí el auricular y oí la voz de María.

—Ricky —me dijo—. Sólo quiero agradecerte el regalo que me

habéis hecho tú y los muchachos, y que me acaba de entregar *Mr*. Reagan. Habéis sido muy buenos.

—Olvídalo —repuse—. Aquí te guardo un poco más. —Hablé así por puro impulso, pero pensé que, después de todo, María podía muy bien obtener una parte de los cincuenta mil pavos.

—Desde luego, quiero marchar de esta horrible casa —manifestó a continuación la muchacha—. Dime: ¿no podría estar contigo unos días, mientras procuro encontrar alguna otra habitación?

Sonreí pensando en lo buenos amigos que nos habíamos hecho.

—Magnífica idea, niña —le contesté—. Puedes venir dentro de un par de horas. En estos momentos he de atender a otra visita.

FIN

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 324 - M.ª Adela Durango.
LA SOMBRA DE LORD AMBROSE
Núm. 325 - Carlos de Santander.
FALSO TRIUNFO
Núm. 326 - Amparo Lara.
¡QUE SABES TÚ!
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 220 - María Teresa Sesé.
CUANDO MENOS SE PIENSA
Núm. 221 - Matilde Redón Chirona.
MAGNOLIA
Núm. 222 - Sergio Duval.
EL BESO FATÍDICO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 164 - Nylhama.
PALCO NÚMERO SIETE
Núm. 165 - L. Masota.
ABNEGACIÓN
Núm. 166 - M.ª del Pilar Carré.
DIARIO DE UN HOMBRE SOLTERO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 50 - Barbara Sanromán.
AMARGA EXPERIENCIA
Núm. 51 - Trini de Figueroa.
DÍA DE EXÁMENES
Núm. 52 - M.ª Adela Durango.
EL ESPEJO HABLÓ
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 265 - John F. Abbot.
LOS VENCEDORES DE LA PRADERA
Núm. 266 - Mark Lugger.
BELLEZA MALDITA
Núm. 267 - Kent Wilson.
LA HORA DE LA VENGANZA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 8 - Victor Peterson.
EL CASO DEL PREMIO DE BELLEZA
Núm. 9 - Ricky Drayton.
PAPELETAS SANGRIENTAS
Núm. 10 - Arnold Briggs.
EL ÍNDICE ASESINO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 129 - Al Masson.
GUANTES DE GOMA
Núm. 130 - Jim Toll.
LOS MUERTOS NO HABLAN
Núm. 131 - Tony M. Tower.
MISIÓN EN CASABLANCA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 3 - Vic Martin.
HORAS OLVIDADAS
Núm. 4 - Lia Ramos.
EL SECRETARIO DE LORD HEISLER
Núm. 5 - Marilyn.
UN CORAZÓN DE HIELO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.

Michael Lethbridge Gorell Barnes, usó el seudónimo de Ricky Drayton.

Notas

[1] Chicago. < <

[2] San Francisco. < <

[3] *whisky* de centeno. <<

[4] Pardo rojizo. < <

[5] Frank y Johnny estaban enamorados:

¡Dios mío, cuánto se querían!

Jurándose fidelidad uno al otro…

< <

[6] Juguete de Pasión. < <

[7] …«fieles como las estrellas del cielo.

Él era su hombre… ¡Ella le causó daño!».

< <

[8] «Brass knuckles». Literalmente, «nudillos de bronce». Se trata, del instrumento denominado «puño inglés», que presta a los golpes mortal contundencia. < <